



*Una Beldad
indomable*

LAURA A. LÓPEZ

Una beldad indomable

Las Elegidas N°3

Laura A. López

Derechos de autor © 2020 Laura A. López

Titulo: Una beldad indomable
©Laura A. López, 2020
©Diseño de la portada de: Dayah Araujo.
ISBN:
Safe Creative: 2004243757842

Primera Edición
Asunción-Paraguay, 2020

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

*A los grandes amores de mi vida, mi esposo, que me hace crecer cada día y me apoya en mis emprendimientos; y mi
hija, que es mi aliento de vida.*

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota del autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del autor](#)

[Las Elegidas](#)

[Libros de este autor](#)

Nota del autor

Es posible que se encuentren terminos o expresiones que puedan resultar desconocidos para el mercado español. Ante la duda, el diccionario de la Real Academia Española está disponible para consultas.

Capítulo 1

Miembro de una familia burguesa en pleno apogeo, Agatha Millford se congració con la sociedad y las matronas que regentaban *Almack's*. Se desenvolvía con gran notoriedad y seguridad, augurando para ella un excelente porvenir.

En su primera temporada tomó las riendas de *Almack's*, apoyada por sus padres que la consentían en exceso y por las matronas que estaban encantadas con su belleza.

—¿Este año no vendrá el esperpento de la señorita Ross? —bufó, abanicándose, mientras observaba a los asistentes al club. Le parecía extraño no avizorar siquiera a la hermana de Melissa Ross.

—¿No te han contado, querida? La señorita Ross, la mayor, se casará después de la menor.

—Lo había olvidado. Es que no me interesa —sonrió, acomodándose los guantes después de cerrar su abanico—. Entonces, este año nos libraremos de ellas. Es emocionante...

—La competencia en *Almack's* ya no existe. Morgana Ross era una muchacha preciosa —alegó la matrona—. Ahora tienes todo este lugar para ti. Es una pena que la señorita Melissa Ross se haya comprometido con tan buen candidato.

—El marqués de Dorset era un buen candidato, pero no el mejor. Yo quiero cazar a un duque. Escuché de buena fuente que el duque de Sutherland estará pronto en Londres. No lo conozco, más me han hablado de su atractivo y su riqueza y, concluí que es lo que me merezco —aseguró Agatha.

La matrona que la acompañaba asintió con vehemencia a sus palabras. Agatha era rubia, de ojos verdes y de una piel tersa y delicada. Su astucia y su inteligencia eran innegables, pero era en ocasiones frívola y despreciable.

Morgana Ross había sido una competencia terrible, pues tenía una belleza incomparable y, deseaba que pronto se fuera para poder estar con tranquilidad. Sabía que ella cayó en un mal matrimonio con un conde arruinado y se alegró por su pésima suerte.

Agatha bailaba con quienes ella escogía y no con los que la seleccionaban. Su padre recibió varias propuestas de matrimonio a las que quiso acceder para que ella fuera casada, sin embargo, no eran de lo que deseaba. No quería ser una señora burguesa como su madre. Aspiraba a pertenecer a la nobleza. Ellos no tenían nada que envidiar a los nobles, no obstante, estaba confiada de que tenía el porte para llevar un título y un gran apellido.

Recorrió el salón de *Almack's* criticando la vestimenta de algunas asistentes. Para Agatha parecían desde pasteles hasta naranjas aplanadas. Si por ella fuera les prohibiría la entrada a las poco agraciadas y agraciados.

Una vez que se cansó, fue junto a sus padres y se sentó para beber una copa.

—Si de mí dependiera, este lugar tendría menos personas —comentó a su madre.

—¿Por qué lo dices, Agatha?

—Hay una diferencia entre poco agraciadas y desgraciadas. Aquí hay catástrofes para los ojos, madre. ¿Ya vio el vestido de lady Katherine? Creo que intenta ocultar algo con aquella falda tan extendida. ¿También vio a la señorita Gertrude? Se va a asfixiar con sus senos tan arriba.

—Enloquecerás si sigues buscando defectos en las personas. Tú debes casarte y más nada. Llevamos una segunda temporada por tu capricho, Agatha —reclamó su padre—. Todos estos

afanes tuyos nos están costando demasiadas guineas...

—Basta, John. Tu hija se casará con quien quiera.

—¿No he conservado suficiente contigo? Gasta demasiado —se molestó el señor Millford al ser desprestigiado por su esposa frente a aquella niña caprichosa.

La señora Millford conocía la situación económica de la familia, pero hacía oídos sordos a lo que le decía por no ofuscarse.

—No escucharé como discuten —dijo Agatha, alejándose de ellos.

Sus padres reñían con frecuencia desde la temporada anterior. Recordó que le quisieron restringir sus compras de vestidos nuevos, más ella se había negado y continuaba como si nada.

Se acercó a las demás damas que estaban muy entretenidas mirando a la entrada.

—¿No te parece interesante el caballero? Me han contado que *Almack's* tiene un nuevo integrante —contó Mary Anne a Lady Louisa Blackbourne.

—Es el conde de Sussex. —indicó lady Louisa—. Oí hablar de él hace poco. Es un heredero muy reciente.

—Y joven —indicó jovial Mary Anne.

—¿De qué están conversando?

—Agatha, le estaba diciendo a lady Louisa sobre el nuevo conde de Sussex.

—Oh sí ¿El que aún huele a estiércol de las caballerizas del marqués? —se burló moviendo las manos de manera desinteresada.

—Creo que sí. Es aquel —señaló lady Louisa con discreción.

Ella miró al esbelto caballero que estaba acompañado de una mujer de mucha edad. Su melena castaña estaba un poco sobre su hombro. De costado podía ver su nariz puntiaguda y sus labios ni tan finos ni tan gruesos, pero no llegaba a ver el color de sus ojos.

A primera vista era un caballero con un gran atractivo por el que cualquier dama quizás arriesgara su buen nombre, pero no para Agatha. Era un simple beneficiario de un parentesco, no era alguien que tuviera sangre noble. No había atractivo que compensara sus objetivos.

—Mi mente me hace jugadas sucias. —profirió—. Puedo verlo como si estuviera vestido a modo de un mugriento mozo de cuadra con hedor a estiércol de caballo. Mi recomendación, damas, es que solo una mujer desesperada se casaría con un hombre sin una gota de estirpe en su sangre. Es mejor acabar solterona.

—A mí no me parece despreciable —contradijo Louisa.

—Querida, a ti cualquier mosca te resultaría agradable. Deberías elegir mejor o cambiar de gustos y hábitos.

Louisa rodó los ojos al igual que Mary Anne. Ambas estaban deseosas de que Agatha dejara que *Almack's* fuera un lugar más sociable. Ella intentaba que todos tuvieran conflictos entre ellos, murmurando sus intrigas y opiniones como si fueran una verdad absoluta.

Duncan no estaba en el lugar que deseaba. Preferiría estar en el campo adiestrando caballos para su antiguo patrón. Aquel título lo había hecho cambiar en todo.

—¿Ya vas a dejar de rascarte la cabellera como si fuera que tienes liendres, muchacho? —gruñó la dama de edad, golpeándolo en el brazo para llamar su atención.

—Lady Sophia, no me siento cómodo.

—¿Quieres una esposa para perpetuar el título? Es tu obligación. Aquí es donde están las muchachas más bonitas, de buena familia e inteligentes, aunque, no en todos los casos se da la agudeza. Como sucesor de mi esposo, la única condición que tienes es casarte y dar herederos. Era su último deseo, puesto que, no pude cumplir con darle hijos.

—Lo comprendo. ¿Pero no podríamos buscar en otro lado? Quizás algún pueblo...

—¡No! Muchacho testarudo y salvaje. ¿Qué haré con dos bárbaros? Es difícil darte clases a ti y, me imagino que será mucho más difícil impartírselas a una muchacha pueblerina que igual que tú no sepa leer.

Duncan se sonrojó, avergonzado. Él fue criado lejos y sin privilegios. Estaba aprendiendo a leer y a escribir. Aquella amable dama viuda que era su tutora y Thomas que desde un primer momento lo acogió como su par, lo ayudaban a intentar introducirse en la sociedad. Era ignorante en lo referente a la administración del dinero de las tierras y del resto, él solo sabía de caballos, de cotizaciones de los mismos, de su procedencia y rendimiento. Esa era su vida o al menos, lo fue.

—Observa ¿Qué no hay alguna que te resulte bonita?

Él observó alrededor y sabía que podía quedar ciego. Nunca había visto tantas mujeres juntas y por sobre todo muy agraciadas.

—Todas son preciosas, tanto que no se me da la elección...

—Eres un mamarracho, Duncan —lo volvió a golpear—. Presta atención...

Obligado por la dulce lady Sophia, se decidió a mirar un poco mejor y no pudo pasar por alto a la belleza rubia que sostenía su abanico, mientras estaba acompañada de dos damas.

—Esa es hermosa —señaló indiscreto y lady Sophia lo volvió a golpear para que recordara no hacer aquello.

—¡Es adorable! ¡Qué niña tan bonita! Te dije que observarás mejor. No hay amor a primera vista, sino a una segunda —mencionó la dama.

—¿Qué debo hacer con ella?

—A Dios le aviso que perderé la paciencia contigo. Buscaremos a alguien que nos presentará a la muchacha y, después, tú la invitarás a bailar y el resto será historia, una esposa e hijos.

—¿No es un poco pronto para hablar de hijos con una desconocida?

—Pero será tu conocida en unos instantes más. Vaya perezoso resultaste —recriminó abriendo su abanico.

Lady Sophia suponía que había tenido encuentros con muchachas del pueblo o alguna criada por su atractivo. Era muy parecido a su esposo en sus épocas de juventud.

Aquel Duncan Noland podía sacarle más canas a los pocos cabellos negros que le quedaban con aquella actitud tímida y reservada que mostraba con la gente de su propia clase. Pese a haber crecido en las caballerizas del marqués de Dorset, por sus venas corría la sangre de un aristócrata rebelde pariente del conde de Sussex, quien odiaba todo lo que era los convencionalismos y se abocó al entrenamiento de caballos para mantener a la familia que había formado con la hija de humilde panadero de Bath. Después de que sus padres murieran, Duncan se quedó para continuar con el trabajo de su padre en las caballerizas.

Ella le había caído del cielo al joven en una tarde de verano. Pisó el estiércol de las cuerdas cuando Duncan estaba hablando con Thomas. Recordó que ambos desconocían a la elegante dama que vestía de luto por la muerte de su esposo.

Desde aquel momento, la tranquila vida de ese primo de su esposo cambió para siempre. Lo veía por las noches intentando comprender números que le eran difíciles de entender, tanto que, lo oyó gritar por la frustración. Le daba pena en ocasiones, pero lo tenía que presionar para conseguir que el dinero y las propiedades quedaran a buen resguardo. Si bien comprendía que Duncan era un hombre de campo, lo veía con el ánimo suficiente de cumplir con lo estipulado con el apoyo del marqués lo iba consiguiendo con lentitud.

Lady Sophia se acercó a una dama elegante que observó a Duncan con curiosidad y admiración.

—Mi querido Duncan está interesado en conocer a aquella muchacha... A la rubia —indicó refiriéndose a Agatha.

—Bonita y seductora como una serpiente. ¿Por qué mejor no baila con lady Louisa? Ella es carismática e inteligente.

—Él eligió a la serpiente. Démosle lo que desea —indicó sonriente.

Capítulo 2

La matrona querida disuadir a la condesa viuda de que escogieran a Agatha Millford. Cuando le contaron que tenían un nuevo miembro en Almack's y, que era un humilde domador de caballos en su pasado, ella se había quebrado de la risa por lo ridículo que le resultaba aquello.

—Está bien, pero un joven tan buen mozo debería apelar a algo más agradable —insistió la mujer.

Duncan bajó la cabeza al escuchar aquellos comentarios de la elegante dama que los guiaba hacia las damas de la tertulia.

—Lady Sophia, tantos anuncios sobre la muchacha no terminan de convencerme. Que se refieran a alguien de serpiente y que quiera que apele a algo mejor, no es nada alentador.

—Si te dejas convencer por todas las opiniones, nunca tendrás una propia. Es mejor que uno afronte su elección —replicó con decisión.

Mary Anne y Louisa sonreían porque se acercaría el atractivo joven de facciones tímidas y ojos avellana. En cambio, Agatha no podía evitar que su rostro retratara la poca gracia que le producía conocer a un hombre que no le traería un solo beneficio o ventaja en su vida.

—Aquí están las más preciosas joyas de *Almack's*. Quiero presentarles a estas personas. — señaló, refiriéndose a Duncan y a su tutora—. La dama es lady Sophia, condesa viuda y, él es Lord Duncan conde de Sussex.

Él fijó sus ojos en la desafiante rubia que lo miraba de manera despectiva. Miraba sus zapatos y prendas haciendo un gesto de molestia con los labios y otros de hartazgo con los ojos, mientras la matrona hacía la presentación de las otras muchachas que reían ansiosas.

—Es un placer conocerla, Lady Louisa, también a usted, señorita Mary Anne...—dijo besando las manos de cada una de ellas antes de llegar a la más alejada de la tertulia—. Es un gust...

—No me bese la mano. Se lo agradecería —lo interrumpió presta al sentir el contacto de su mano con la de ella.

La dama y lady Sophia no podían asimilar aquella grosería hacia Duncan, que asintió. Louisa y Mary Anne desaparecieron sus sonrisas al escuchar la insolencia de Agatha.

—Disculpe si no es asidua a esos contactos. Estoy aprendiendo y le ruego me perdone si he sido grosero, grotesco y descortés...

Agatha no se dejaba convencer por las disculpas de Duncan, pero por su propia reputación hizo una venia para aceptarlo. Tuvo un pequeño desliz entre sus pensamientos y su lengua.

—Señorita, el joven conde desea bailar con usted una pieza —anunció la mujer dejando de lado aquel momento incomodo que los conmocionó.

Mary Anne codeó a Louisa que sonrió cómplice al ver que Agatha iba a refutar aquello de manera tajante, sin embargo, ellas dos querían que aquella altanera y frívola muchacha recibiera un escarmiento. Siempre había salido impune de todos sus malos emprendimientos para dejar mal a los demás. Llego el momento de que se le devolviera un poco de su pésima estima por el resto.

—Yo...

—¡Agatha lo hará! —interrumpió Mary Anne.

Ella palideció al escuchar aquello. De ninguna manera ella caería en tal miseria para bailar con el menos sofisticado de los caballeros.

—¡No, no puedo! —se negó mirando a Mary Anne.

—Sabemos que estás cansada por haber bailado tanto. Milord, solo debe esperarla un momento... —continuó la joven ante la impertérrita mirada de Agatha que amenazaba con desmayarse por las palabras de Mary Anne.

—Creo que, entonces, mi querido Duncan vendrá por usted en un momento más. Esperará a que descanse ¿No es así, Duncan? —inquirió lady Sophia.

Dudaba en responder porque estaba seguro de que el color del rostro de la joven no decía que estaba cansada, sino que iba a morir ahí.

—Sí, usted descanse y otra vez, perdóneme...

Louisa le hizo un guiño a la mujer que acompañó a Duncan y lady Sophia para que conocieran a más gente, mientras que aquellas muchachas estaban al borde de conocer la furia de Agatha.

—¡Mary Anne, cómo pudiste hacer eso! —reclamó Agatha, golpeando su falda con las palmas abiertas—. ¡No pienso bailar con ese...mozo de cuadra!

—Deberías practicar ser tolerante eres hosca, Agatha. ¿No es suficiente para ti que alguien con su atractivo te haya escogido para bailar? Tiene fortuna y un título... —razonó Mary Anne para que ella se diera cuenta, pero el rostro gruñón y hostil de Agatha decía que muy poco le importaba.

—No necesito de amigas como ustedes... —espetó. Se retiró altiva y petulante como era su costumbre.

A aquellas muchachas no les causó afectación las palabras de resentimiento de Agatha, pues ella no era una persona asocial con quienes deseaba estar, sino con quienes por algún motivo estaban alejados de sus objetivos de ser noble. Sus relacionamientos debían ser con un propósito útil, el resto era solo desperdicio de tiempo y saliva.

Agatha suspiró cansina por lo que le dijo su amiga. No la perdonaría por haberla comprometido con alguien que no lo le hacía mucha gracia. Si bien era buen mozo, no era un caballero para ella o al menos para lo que apelaba en la sociedad.

Se le olvidó ser educada para rechazar la propuesta. Sus prejuicios sobre el origen del joven eran demasiados para que su mente lo aceptara.

Mientras estaba sola, pensaba en las formas más amenas de negarse a un baile con el caballero en cuestión. El tiempo se le agotaba y no se le ocurría nada que no fuese drástico. Hacer que se torció el pie era una solución que la salvaría de bailar.

Sacó el pecho y espabiló su cuerpo con soltura, decidida a cumplir con su cometido de no danzar.

Negarse de la forma que fuera la dejaría mal parada, en cambio, que ella tuviera un percance, sería vista como la víctima de la situación.

Duncan esperó con tranquilidad a que Agatha Millford apareciera para pedirle el baile. No la había visto entusiasmada y él tampoco estaba muy fervoroso por la compañía. Se percibía en ella aquel ser arisco y ponzoñoso que era. Miraba a lady Sophia golpeando su abanico contra su mano, esperando a la muchacha que debía danzar con él.

—Vaya grosera... —gruñó la dama.

—¿Qué me decía sobre la segunda vista? —se chasqueó de la mujer que fijó sus ojos en él y luego desvió la mirada.

—Eres pésimo hasta para la segunda vista. Es porque no pones de tu parte.

—¿Poner de mi parte? Estar aquí al borde de que este pañuelo me mate es suficiente para poner de mi parte, milady. Elegí a la moza bajo presión suya. He ido a fiestas varias desde que

estoy como conde y, no he visto mujer más reacia a mí que esa tal señorita Millford.

—¡Oh mira, se encuentra allá! Ve a pedirle que cumpla con el baile —señaló lady Sophia, que le tomó del brazo y lo empujó hacia una de las puertas donde ella se encontraba.

Colocó sus prendas correctamente y exhaló. Tendría que hacer lo que lady Sophia le pidió. Aquella era la última vez que iba a *Almack's*.

Duncan se acercó a Agatha que levantó su mirada hacia el rostro de él. Su expresión se había suavizado un poco en aquella media hora que había pasado de la conservación que tuvieron.

—He venido por el baile... —murmuró un tanto avergonzado ante la mirada segura de la muchacha.

—Sí, por supuesto, milord. Estaba esperándolo...

—Disculpe por la tardanza, debí estar muy distraído.

Ella tomó la mano que él le extendió. Su extremidad luchaba porque no la tocara, pero debía mantenerse firme porque sería tan solo por un momento.

Mientras iba caminando de su mano calculó si aquella escena la hacía de manera muy dramática o simplemente fingía doblarse el pie. Pensó en la simpleza en un primer momento, sin embargo, ella era exagerada, entonces, era mejor el drama.

Se reverenciaron antes de iniciar el minué. Duncan le había cogido gusto a la danza. Era lo único que en realidad le alentaba para ir a los salones.

—Disculpe si tengo inconsistencias en el baile...

—Sería algo habitual de alguien que apenas abandonó las caballerizas... —musitó petulante hacia Duncan, que no le prestó mucha atención a sus palabras.

Dieron unos pasos y Agatha creyó conveniente hacer lo suyo. Llevó su cuerpo hacia el lado derecho, casi haciendo que Duncan cayera sobre ella, pero en lugar de eso, él la sostuvo de la cintura para que no tocara el suelo.

—¡Ay! ¡El tobillo! —expresó fingiendo dolor.

Él intentó ponerla en pie, pero ella hacía muecas de dolor y gemía.

Alrededor de ellos se amontonaron unas personas que danzaban, aunque al darse cuenta de que solo era el tobillo, se fueron abriendo paso a las actividades que estaban haciendo antes. La danza no paró por aquello y para no estorbar, Duncan tomó a Agatha en brazos para llevarla a una silla.

—¿¡Qué hace!?! —lo increpó vehemente. Ella se sentía morir de la vergüenza al estar en brazos de aquel salvaje.

—Usted no puede caminar, la llevaré a una silla...

—¡Suélteme, sucio peón! —exclamó con enojo, haciendo que Duncan se detuviera mientras la llevaba.

Ambos sostuvieron la mirada con fuerza, cada uno con un sentimiento diferente. Duncan no ocultaba su pasado y no estaba avergonzado de su origen humilde, pero llegaba a comprender las razones que impulsaban a esa joven de la alta sociedad a despreciarlo. Comprendió que mordió más de lo que podía masticar para bailar con ella.

No se definía como sucio, nunca lo había sido. Tampoco se consideraba mal partido, ni siquiera cuando fue un adiestrador. Era tosco, pero a su manera había conquistado a muchas damas y fue bien atendido por ellas en su momento. Agatha Millford era justo el tipo de mujer con el que no quería encontrarse, no obstante, era el tipo de mujer por la que se sentía atraído, porque deseaba que conociera que no había diferencias entre ambos y que de la cadera para abajo, tanto ricos como pobres se relacionaban igual.

Capítulo 3

Agatha no había resistido la tentación de decirle sus más íntimos pensamientos al conde, que la miraba sin perder un detalle de su rostro. Ella estaba escandalizada por la pena que le hacía pasar llevándola en brazos. La furia y su prejuicio eran muy fuertes.

—No me da vergüenza mi origen, señorita Millford, y también he cuidado mis hábitos de limpieza.

—¿Es usted un...salvaje para tratar de esta manera a una dama! —se quejó removiéndose en sus brazos.

A él le estaba comenzando a parecer muy simpática con aquellos gestos tan efusivos que se veía en sus maneras poco ortodoxas de quejarse.

—¿Puede acaso caminar? Mire, señorita, usted está pasando más vergüenza al gritarme que al yo llevarla en mis brazos como; sin querer alabarme, desearía cualquier muchacha...

Ella cruzó los brazos bajo el pecho y dejó de quejarse. No quería darle la razón a un mozo de cuadra, pero en sí estaba haciendo el ridículo por varios motivos y todo por no querer dar un baile. Se le había puesto de cabeza la inofensiva hazaña que pensaba hacer para dejar al caballero con la mayor educación.

Estaba segura de que en cualquier otro baile próximo, ella estaría en boca de todos. ¿Cómo podía la consentida de *Almack's* acabar de esa forma, en brazos de un adiestrador de caballos?

Duncan la bajó en una silla que estaba alejada de la mayor cantidad de curiosos posibles.

—Espero que se recupere pronto. Quizás dejemos el baile para otra ocasión —provocó con un movimiento de cabeza para despedirse de ella.

Agatha solo desvió el rostro para evitar aquella despedida. Para ella esas palabras significaban una insolencia. Esperaba no cruzarse con él en todo el tiempo que quedaba de su segunda temporada. Debería estar festejando la desgracia de Morgana Ross y planear en cómo conquistar a un duque próximo a arribar a Londres.

Lady Sophia observó con molestia el bochorno de Agatha Millford y estaba en desacuerdo con que la siguiera viendo.

—¿Qué le ocurrió a la serpiente? —indagó la fina dama con rostro incrédulo y burlón.

Aquellas arrugas eran solo la fachada de una mujer hilarante y divertida, Duncan había aprendido a tratar con el genio de su prima.

—Se torció el pie, lady Sophia.

—¿Sí? Las serpientes no tienen pies, hubieras dejado que se arrastre. Mira que llamarte sucio peón... ¡Ella debería lavarse la boca para hablar de ti, querido! —espetó—. Pero lo bueno, es que hay damas que gustosas quieren saber de ti. Lady Louisa es una belleza, un tanto irreverente, pero mucho mejor que la serpiente...

El problema era que a él lo estaba mordiendo la curiosidad por Agatha Millford y su desprecio hacia quien no perteneciera a su categoría.

Podía sentirse humillado y decir que nunca la volvería a ver, sin embargo, aquella expresión tan molesta de su rostro, le sacaba una sonrisa. Era hermosa hasta cuando se enojaba.

Si bien, lady Sophia tenía razón sobre lady Louisa y quizás también sobre Mary Anne, que eras damas muy educadas y excelentes bailarinas. Las vio danzar con otros caballeros y parecían

animadas y divertidas, tanto como no podía hacerlo Agatha.

Se decidió a bailar con unas cuatro damas que tuvieron con él la paciencia suficiente para enseñarle lo que hacía mal. Su sonrisa cautivadora era la llave para alzarse con el corazón de cualquiera de esas damas.

No solo su sonrisa, sus ojos brillantes y su figura maciza y proporcionada de buena altura, hacían el resto. Él no sabía de telas, si escuchaba a una dama mencionar aquello, simplemente se congraciaba con unos halagos aprendidos y condescendientes. Lady Sophia solía aplaudirle en sus lecciones para conversar. Le decía que era torpe, pero muy adorable.

Agatha debía mantenerse en su mentira del pie torcido. Su madre y su padre la encontraron sentada y le hicieron compañía. Eran un decadente trío que estaba mirando a los danzantes. Con aquel aburrimiento y con los terribles ánimos de juzgar los pasos de los danzantes, se levantó de golpe de la silla.

—Estoy cansada de fingir que no puedo caminar y todo por no utilizar mi derecho de negarme a bailar... Oh, pero Mary Anne se arrepentirá...

—Siéntate, Agatha —exigió su madre con los dientes apretados, mientras le sonreía a otras damas.

—Ese hombre tiene fortuna. Estuve hablando con la condesa viuda y me ha contado sobre las extensiones de tierra en el condado de Kent y muchos otros. Ese domador de caballos tiene en donde caerse muerto, Agatha. —recomendó su padre—. Es un excelente partido y se ha fijado en ti por sobre el resto.

Ella giró la cabeza con altanería hacia su padre y arrugó la boca para replicar con mucho ahínco.

—Pues que se ahogue entre sus guineas. Puede tener lo que quiera, pero no a mí. Yo sé lo que deseo y a lo que aspiro, si no es así, prefiero la perpetua soltería.

—Tu padre tiene razón, Agatha. Piensa bien. Un hombre adinerado es lo que te conviene y, más con un prestigioso título —instó su madre para que entrara en razón.

—Cuando Ava cumpla sus diecisiete años, hagan lo que quieran con ella, yo sé a quién deseo...

—¡A ese duque ni lo conoces! —replicó su padre.

—Tiene un linaje de los mejores y muchas guineas que lo respalden. Solo le falta la beldad de Londres para que su vida sea perfecta.

—Si vamos a seguir aquí peleando entre nosotros, es mejor que nos vayamos. Agatha no baila y nosotros hacemos de estatuas fastidiosas aquí. Vamos, Harold —exigió la señora Millford a su esposo.

Agatha siguió a su madre que se adelantó y no tuvo el recato de al menos fingir una cojera. Pasó muy cerca de Duncan que reparó en su ida.

Era un hombre del campo, pero para nada tonto. Agatha Millford había fingido su torcedura para evitar bailar con él. ¿Tan grandes eran sus prejuicios hacia alguien que había abandonado su campo, su vida y lo que amaba hacer?

Agatha era de las damas a quienes poco le importaban los sentimientos de un caballero con tal de que sus caprichos fueran cumplidos sin dilación.

Esperaba no ser rencoroso con aquella dama, porque no sería generoso con su reclamo. También como era un hombre de campo, estaba acostumbrado a conseguir algunas cosas con rudeza y si se proponía tener a la arisca señorita Millford, la tendría aunque fuese por insistencia, solo tenía que doblegar su orgullo.

Al llegar a su casa, Agatha se sentó frente al espejo y se observó mientras la doncella enredaba sus cabellos en las telas para mantener sus bonitos rulos.

Ella se había fijado en su alhajero que estaba abierto.

—¿Quién tocó mis joyas, Bea? —preguntó buscando algún faltante dentro.

—¡Yo no fui, señorita!

—¿Quién más estuvo en mi habitación?

—Su hermana...

Agatha alejó a la doncella para ir a la habitación de su hermana menor. Cuando ella entró, Ava estaba bailando frente a su espejo con la joya que le faltaba en su alhajero.

—¡Ava! —llamó a su hermana causándole un susto a esta.

—¡Agatha!

—¿Por qué tienes mis perlas?

—Yo estaba practicando para bailar...

—¿Bailar tú? Ava, eres optimista. ¿Quién crees que bailará con la hija rara de un comerciante?

Su hermana derramó un par de lágrimas y acarició sus largos cabellos casi blancos. Sus pestañas y cejas apenas se veían por aquel defecto en su piel. Era demasiado blanca y rubia. No tenía aquella belleza de Agatha. Sus padres la mantenían escondida para que no la vieran muchas personas. Les daba vergüenza tener a una niña distinta.

—Lo siento, Agatha...

—¿Ese es mi vestido?

—Sí...

—¿¡A esto te dedicas siempre!?

La niña asintió y le devolvió el collar y rápidamente se sacó el vestido antes de que Agatha enfureciera más.

—Quería ser como tú, hermana. Tan hermosa, con una piel bonita y colorida.

No debió decir aquello frente a Ava que era muy sensible. Toda la agresividad de los salones había pasado a tomar venganza de su pequeña hermana que vivía encerrada.

—Solo no arrugues mis prendas, Ava, buenas noches... —se despidió a las prisas cerrando la puerta con fuerza.

La niña esperó a calmar su llanto y salió de su habitación para dirigirse a la habitación de su padre.

—¿Padre? —habló Ava esperando a que su padre dirigiera sus ojos a ella.

El señor Millford tenía la vista puesta en un libro. La esposa de aquel hombre dormía en la habitación contigua desde que nació Ava. Ambos se echaban la culpa de la particularidad de su hija.

—He fallado. No pude robarle las perlas a Agatha —confesó sollozando con fuerza.

—No te preocupes, Ava. Tal vez tu madre quiera cooperar para tener un poco de dinero para los caprichos de tu hermana. No veo la hora de que se case —dijo suspirando el preocupado señor Millford que había hecho una jugada muy arriesgada para salvar la poca fortuna que les quedaba.

—Tengo unos chelines. Mi madre dijo que era probable que un matrimonio ventajoso de mi hermana abriría las puertas para mí. Si tan solo pudiera ayudar...

—Haces suficiente, querida. Descansa, no te preocupes, pronto tu hermana se casará. Tú mientras sé una buena niña como siempre.

Ava asintió y dejó sus monedas sobre el pequeño escritorio de la habitación.

Capítulo 4

Después de aplacar sus frustraciones contra su inocente hermana, regresó a su habitación. Si algo podía hacerla sentir culpable de algo, esos debían ser los ojos cristalinos de su hermana menor. Recordaba muy poco de Ava cuando era más pequeña, solo le venía a la mente que no tenía cejas y pestañas, o al menos eso era lo que le parecía a ella.

Con el correr de los años su cabello no era del mismo rubio que el suyo. Seguía sin cejas y sin pestañas y con el tiempo comprendió que ella tenía algún problema.

Su madre volcó todos sus deseos y ambiciones en ella. La consentía mucho más que a Ava y le prestaba mayor atención. Le enseñó cómo debía ser, le dijo que no tenía que importarle el resto y que la vida era una competencia donde ganaba la mejor.

Ella estaba preparada para ser superior. No era de sangre noble, solo la hija de unos señores muy ricos que invirtieron en ella. No sabía si en algún momento debía retribuir alguna cosa.

A la edad de Ava, estaba siendo adiestrada para ser despiadada cuando llegara el momento. La señorita Hale era una exigente institutriz. En ocasiones la golpeaba para que tuviera mayor carácter, y su madre la aprobaba con la complicidad de su padre, hasta que se convirtió en aquel ser frívolo y ambicioso que la caracterizaba.

Sentía envidia de la suerte de Ava. Aquella no tenía a la señorita Hale. Sus padres la despidieron hacía tiempo y contrataron a otra institutriz mucho más dulce para su hermana, pero también la echaron en la temporada pasada, aunque desconocía los motivos de su salida. Ava estaba sin ser educada para convertirse en una señorita. Quedaba libre como un pajarillo del cielo.

Toda esa libertad de no sufrir por los estudios tenía su contraparte en la profunda soledad de Ava. No conocía a otras niñas de su edad, ni salía más allá de los jardines de la casa. Su madre la había hecho sentir vergüenza de lo que era, por ser extraña.

Para el desayuno la esperaba toda su familia. Su padre tenía el periódico en la mano, su madre estaba esperando a que ella llegara a la mesa y Ava jugaba con una cuchara dentro de su taza de té.

—Buenos días, Agatha. El saludo es primordial si quieres conseguir un esposo —mencionó su padre bajando un poco el periódico.

—Ahora veo sus ojos, padre y me complazco en saludarle... —aludió, tomando la servilleta que estaba sobre la mesa para colocarla sobre su regazo.

—¿Tenemos que hacer esto todos los días? —se quejó su madre.

—Sí, hasta que Agatha por fin se case, como usted dice, madre —expuso Ava con una sonrisa hacia su hermana.

Con una mirada cálida aceptó la defensa de su hermana menor.

—¡Ava! —gruñó la señora Millford.

—Debe ser porque le falta una institutriz que esta niña se desboca...

—Quisiera ponerle una institutriz a Ava, pero quizás tus vestidos y joyas llevan mucho dinero —recriminó el señor de la casa.

—Son las peripecias que hay que pagar para tener una hija bien casada. —dijo ella sirviéndose el té—. Anoche descubrí a Ava con mi vestido y un collar de perlas. Si algo se pierde es su culpa y no mía. He cuidado todo con el debido recelo.

La señora Millford miró a su esposo y supo que estaban atravesando una crisis y que debían cubrir gastos. Usaban a Ava como una pequeña comadreja para que las cosas desaparecieran y tuvieran alguna excusa para despedir a alguien sin levantar sospechas. Solo su esposo y ella sabían que debían recortar algunos gastos por las últimas pérdidas que afrontaron por el hundimiento de uno de los barcos en el que habían invertido. Era una situación un tanto infortunada para ellos, pues con dos hijas sería difícil la vida si una de ellas no iba bien casada y aquella que debía ir en esas condiciones era Agatha.

En ocasiones la señora Millford, deseaba que Agatha se casara con alguien que tuviese un buen pasar y un futuro prometedor. Sin embargo, su ser egoísta y clasista se escudaba en que ella era muy bonita para ser solo una simple señora. Quería lo mejor para Agatha. Sobre Ava no hacía muchas conjeturas, se conformaba con que se casara alguna vez y no fuera una carga para ellos.



Duncan había recibido la apremiante visita de Thomas. Aquel hombre estaba enloquecido con la idea de comprarle un caballo a la señorita Melissa Ross y hacerla ver como una tonta. Quería el más bravo y desobediente de todos.

—¿Cuándo estará aquí mi caballo? —preguntó Thomas viendo a Duncan subir al lomo de uno de los caballos que había adquirido días atrás. Quería probar qué tan dócil era para domarlo si hacía falta.

—¿No te gusta este caballo? Es muy bonito y dócil, especial para tu linda prometida.

—La idea es que la señorita Ross dejé la obstinación de lado. Quiero que tenga un caballo que la haga ver las estrellas y no uno al que trate como a su perro mimado.

—Me comentaron sobre uno que viene del medio oriente. Veré si puedo conseguirlo para ti. Dicen que son los mejores, aunque un tanto orgullosos.

—¡Es lo que necesito! —exclamó, sobándose la mano como una mosca.

—Es una mala idea, te lo puedo asegurar...

—¡Duncan, baja de ahí! ¡Tienes pendientes aquí! —gruñó lady Sophia—. Desprecio buscarte en el estiércol.

—Lady Sophia, agradezca que no está bebiéndose unas copas con alguna mujerzuela.

—¡Para más defectos eres asiduo a suripantas!

Duncan miró a Thomas reprochando aquello que dijo. No era asiduo a mujerzuelas, pero solía desperdiciar un poco de dinero en un poco de alcohol. No podía negar que sí solía frecuentar tabernas y tomar los servicios de alguna cariñosa señorita.

Thomas como su patrón nunca le había hecho caso a sus salidas, pero reprochaba que llegara tarde a cumplir con sus deberes.

—No le haga caso, lady Sophia. Prefiero los caballos a los números...

—¡Pues entonces pide a los caballos que mantengan tus propiedades! —expuso molesta.

Lady Sophia sabía sin lugar a dudas cuánto Duncan odiaba aquellos números que le daban ese estatus de conde. Le había dicho a ella que contrataran un administrador, pero su vieja prima y Thomas se opusieron con la explicación de que él debía conocer el origen de su dinero y cómo se manejaba. Dejarlo a ciegas en manos de un administrador por el solo hecho de que le desagradaban los números, no era una idea muy inteligente. Añadieron que podían estafarlo si él desconocía muchas cosas de sus propios intereses.

Tuvo que admitir pese a su ignorancia, que aquello tenía mucho sentido. De cuidar caballos en un establo, pasó a estar detrás de un escritorio.

Todo le resultaba monótono en esa biblioteca. No sabía leer bien y la mayoría de los libros eran soporíferos a su poco entendimiento sobre la literatura.

Tuvo que bajar de aquella diversión que tenía solo para cumplir con sus obligaciones.

—Vamos, Duncan, no pongas esa cara de entierro. Te ocuparás de lo tuyo. Te ayudaré si hace falta... —lo animó Thomas, aunque no parecía dar el resultado esperado.

La condesa viuda asentía conforme con lo que hizo. Duncan debía comprender que su vida como empleado había terminado, él era en ese momento un patrón con muchos empleados en cada una de sus fincas productivas.

Durante el resto de la tarde, él tenía la vista perdida en un cristal de la biblioteca. Estaba aburrido y somnoliento por lo que Thomas intentaba que él comprendiera. Mientras el otro hablaba como cotorra, Duncan estaba disperso recordando a su esquiwa acompañante de la noche anterior.

No había visto belleza como la de Agatha Millford en toda su vida. Ni en sus más recónditos sueños hubiese creído que estaría en tan elegante lugar con una mujer esplendorosa. Aunque de todos los sueños debía despertar, no quería hacerlo después de fijar a aquella dama en su mente.

Su actual posición de conde le daba cierta ventaja para encontrar a una mujer. El inconveniente era que a esa mujer al parecer él no le agradaba. Tenía en cuenta su vida anterior como un simple criado del marqués de Dorset.

—Duncan... —dijo Thomas golpeando a Duncan en un brazo para que dejara de tener pensamientos vagos—. ¿Escuchaste lo de las acres?

—Oh, Thomas, lo siento. Tengo la mente en otro sitio.

—Sí, tienes tus lecciones del té con lady Sophia. Yo me iré antes de caer en ese juego también. Quizás haga caso a alguna invitación para ver a la señorita Ross —mencionó Thomas levantando el cuerpo de la silla.

—Siento haberte hecho perder el tiempo. Prometo poner más atención para la próxima vez.

—Mientras más rápido comprendas cómo funciona, tendrás al administrador que tanto deseas. Abandona las nubes y piensa en los negocios y, por supuesto, en mi caballo... —rió abandonando la biblioteca.

Resignado a su suerte junto a lady Sophia, continuó con su letargo y se quemaba el dedo con el té. Sus dedillos casi eran incapaces de sostener la diminuta taza y su cabeza era necia al escuchar a todo lo que se refería su acompañante cuando le contaba sobre su brillante época de juventud.

Él seguía disipado en el aturdimiento de Agatha Millford. Sentía la necesidad de enseñarle que no debía despreciarlo por lo que fue. Tenía la oportunidad de cortejar a una dama e iba a hacer su primer intento con la susodicha.

Capítulo 5

En Londres no era difícil coincidir en una velada con la misma persona en una temporada completa. Duncan estaba listo para probar suerte con la criatura más ingrata y hermosa de Inglaterra.

Recordaba que maldijo el dinero que había dejado su primo, pero comenzaba a tomarle el gusto a lo que se refería a mujeres. En ese momento, tenía más atractivo que solo su bonita y maciza figura, que se la debía a su ardua vida con los caballos. Las monedas brillaban en su bolsillo y las damas iban atraídas como a la miel hasta él. La contrariedad era solo lady Sophia, que le había prohibido tomarse libertades con cualquier muchacha y más si era la hija de algún noble que ella conocía. Moría de desesperación con solo pensarlo.

Le contaba anécdotas de jovencitas que habían caído en los influjos de algunos rufianes y terminaron de la peor manera, desde el repudio de la sociedad hasta el suicidio.

El mundo de la gente adinerada era muy diferente al de la pobreza, donde por lo general primaba el sentimiento por sobre la razón. Londres era lo contrario. Debían observar el bolsillo y luego el resto era solo un detalle insignificante.

Podía asociar lo bueno de la sociedad por aquel perfume que desprendían varias damas. Era tan diferente a lo que estaba acostumbrado.

Agatha llegó a aquel baile ataviada de finas sedas y muselina rosa. Parecía una dulce muchacha incapaz de siquiera hablar en un tono mayor que el aleteo de un colibrí. Tan engañoso era aquel disfraz que Duncan no podría quedar más que impresionado.

«La serpiente» como la había llamado lady Sophia era la carnada ideal para llevar a cualquier caballero a una ceguera absoluta, empezando por la suya. Sabía que tenía desventajas, no obstante, para él eran mínimas. Estaba confiado en su atractivo y el dinero que lo respaldaba.

Él iba a ir para abordarla sin dilación, pero hizo énfasis en las palabras de su tutora como si ella se lo estuviese diciendo en el oído: «Nunca oses en invitar a una dama sin antes pedir el consentimiento de sus padres o tutores. No seas un animal ordinario, Duncan».

Maldijo por lo bajo al protervo protocolo que él quería saltar como un pequeño muro. No era fácil intentar obtener las atenciones de las damas en Londres como lo era en el campo. En el pueblo si deseaba flirtear con alguna fémina, iba y se colocaba frente a ella con actitud segura y gran espíritu de ser un hombre práctico y muy adepto a consentir a una muchacha.

Buscó con la mirada interesada hacia donde deberían estar los padres de la muchacha. Pudo reconocerlos porque Agatha Millford era muy parecida a su madre. Mientras iba, escudriñó con la uña entre sus dientes algo que pudiera no agrandar a aquellas personas. Acostumbraba a comer antes de cada velada para que su estómago estuviera satisfecho y los demás dijeran que era el más fino de los caballeros por comer tan poco como un pajarillo. Aquello estaba muy lejos de la realidad. Él podía comerse a un cervatillo solo.

—Buenas noches. Me presentaré a ustedes... —mencionó Duncan antes de hacer una reverencia—. Soy Duncan Noland conde de Sussex...

La señora Millford sonrió de oreja a oreja al ver al joven y fornido conde. Si tuviera menos años y las mismas oportunidades que su hija, no lo hubiese dudado un segundo para arrojarse a sus brazos.

—Buenas noches, milord —correspondió el señor con una inclinación de cabeza—. Ella la señora Millford y yo el señor Millford...

—Es un placer conocerlos... —dijo antes de sentir un poco de vergüenza por lo que iba a decir—. Es una hermosa velada...

—Sí, es hermosa... —apoyó la madre de Agatha.

Él seguía sin encontrar el valor suficiente para superar su vergüenza con los padres.

—También el jardín es muy bonito —volvió a comentar, mientras hamacaba su figura desde adelante hacia atrás por los nervios.

El señor Millford miró a su esposa esperando una explicación por la que el caballero estaba frente a ellos, pero su esposa solo encogió los hombros.

—¿Qué desea, milord? —preguntó Harold para evitar aquel silencio incómodo del modesto muchacho frente a ellos.

Carraspeó su garganta e hizo que su cuerpo dejara de hamacarse por la indecisión.

—He... Venido a solicitar un baile con su hija, la señorita Millford. He quedado impresionado con su belleza... —contó avergonzado.

La madre de Agatha se regodeó con aquellas palabras expuestas por Duncan. Un caballero cegado por la hermosura de su hija era la forma de solucionar los problemas de la familia. Si se casaba con aquel hombre rico, no tendrían más preocupaciones, pues Agatha no los dejaría desamparados. La única inquietud sería Ava y su peculiar forma de verse.

El señor Millford casi estaba leyendo la mente de su esposa lo peor era que, al parecer, ella había calcado sus pensamientos. Aquel era un incauto de buen ver y rico.

—Por supuesto, milord. Solo le ruego que tenga paciencia con la muchacha, es un poco impaciente y un tanto...

—Grosera... —culminó Duncan dejando al padre de Agatha con la boca cerrada.

—Quise decir especial... —aclaró el señor Millford.

—Sí, es eso —aceptó después de haber casi insultado a la dama ausente frente a sus padres.

Agatha miró a Mary Anne con gran ansiedad por acercarse, sin embargo, su orgullo no se lo permitió. Aquella humillación de haberla comprometido en un baile con el empleado del marqués de Dorset nunca la olvidaría.

A Louisa no pensaba tampoco dirigirle la palabra, puesto que era la íntima confidente de Mary Anne. Para su pena, ese lugar no era *Almack's* para regentarlo. Estaba en igual de condiciones con otras muchachas, con la diferencia de que la discriminaban por excluir a muchas de aquellas damas.

Su soledad era algo que no la ponía cómoda, porque se encontraba a merced de cualquiera que quisiera acercarse a ella con alguna conversación soporífera o con una inadecuada invitación. Ella estaría mejor cerca de sus padres.

Cuando decidió volver junto a ellos, los observó charlando con el conde de Sussex. Agatha ahogó un chillido y fue a esconderse detrás de una pilastra.

Advirtió que su madre removía sus manos como una mosca sobre un cubo de azúcar. Aquel era un mal augurio para ella. Desconocía qué interés podría tener ese hombre con sus padres, salvo algo que sospechaba: un baile.

Agatha no se había dado cuenta de que Duncan ya había abandonado a sus padres y fue hasta donde la vio esconderse. Se colocó detrás del lugar en que ella se encontraba y decidió darle un pequeño susto.

—¿Cómo va ese pie, señorita Millford? —pronunció haciendo que el contenido de su copa de

Agatha saliera disparado.

Ella se había llevado un gran susto mientras cavilaba lo que hacía Duncan con sus padres.

—¡Vaya, grosero! —exclamó con la mano en el pecho—. Ha tirado mi bebida.

—Puedo conseguirle otra si es muy asidua a beber. Aunque, creo que, usted no debería tomar si quiere caminar sin que el pie se le doble —musitó con una sonrisa burlesca.

—¿Mi pie? —increpó olvidando su mentira de la última vez.

—Su mentira del pie.

—¡Por supuesto que se me torció el pie! —defendió vehemente al recordar. Su rostro estaba pálido. No era que le importara lo que decía ese hombre, sin embargo, la dejaba en evidencia de una mentira.

—La vi caminando sin inconvenientes para retirarse esa noche. Ahora supongo que no tendrá excusa alguna para danzar junto a mí —asumió fingiendo indiferencia hacia ella.

Ella tenía tres formas de librarse en aquel momento de la vergüenza. La primera era negarse a cualquier baile; la segunda podía ser que le diera otra excusa y la tercera, era la opción impensada: aceptar bailar.

Las maneras de rechazarlo debían ser las más adecuadas. Una falta de consentimiento por parte de su familia podría ser algo que la autorizara a quedar en libertad de aquel hostigamiento de ese caballero.

—Mis padres no me han dado permiso para bailar esta noche...

—¿En verdad? —inquirió con una ceja levantada—. Señorita Millford, usted está complicando un pequeño baile con otra mentira. Sus padres me han aprobado un baile con usted y, le comento que lo hicieron de muy buen ánimo.

Chirrió los dientes por la rabia. No quería creerlo. Él podía mentir al igual que ella. El ladrón juzgaba por su condición y, sin dudas era una patrañera.

—Podemos hablarlo con sus padres si gusta acompañarme —dijo Duncan enseñándole el brazo para que lo tomara.

La mirada verde de Agatha pudo cocinarlo con aquel vistazo. Estaba muy molesta y se negaba a tomar lo que le ofrecía. Ignorando aquel antebrazo, ella caminó hacia sus padres. Duncan la seguía unos pasos más atrás queriendo reír.

No había conocido criatura más orgullosa que aquella. No podría olvidar aquella mirada que le dio unos momentos antes, eran puro fuego del averno.

—¿Te ha invitado el conde, Agatha? —Curioseó su madre—. Puedes ir a cumplir con la pieza, tu padre y yo estamos de acuerdo. El caballero ha sido muy amable y atento con nosotros...

De nada le serviría patear ni golpear su vestido con violencia a causa de la arrebató. Estaba comprometida por la palabra de sus padres. Sin embargo, se encargaría de que a aquel hombre le quedaran muy pocas ganas de buscarla en una próxima ocasión.

Capítulo 6

El dulce sabor de una pequeña maldad era bien recibido por Duncan. Era un hombre de principios que Agatha amenazaba con su férreo y acentuado rechazo hacia su persona. Agatha Millford era el claro ejemplo de que muchos no juzgaban a alguien por tener o no dinero, aunque sí lo hacían por su origen.

No era un miserable. Conocía sus raíces muy bien y, pese a que sus padres escogieron una vida sencilla y de trabajo, aquello no lo hacía menos respetable.

Él sería la generación de su familia que volvería a vivir en los laureles. Esperaba no defraudar a su fallecido primo y a su estricta viuda. Claramente estaba siendo desobediente al insistir con Agatha. De no querer estar cerca de ella, pasó a agradarle su apariencia, no así su forma de dirigirse a él.

—Entonces... milord —añadió despectiva, con una postura altanera para mirarlo por sobre el hombro—. Vayamos a bailar.

—Gracias —aceptó sonriente, sabiendo cuánto la molestaba.

El chirriar de los dientes de Agatha parecía un violín poco afinado. Con lo caprichosa y consentida que era, eso que haría se convertiría en un insulto a sus aspiraciones.

Se colocaron frente a frente para iniciar la danza. Ambos lanzándose miradas con distintos significados.

—Ese pie nunca estuvo mejor, supongo, señorita Millford —musitó girando con sus manos en la espalda.

—Sé bailar —manifestó moviéndose al compás de la música. Estaba un tanto sorprendida por la habilidad del antiguo empleado. No por eso le iba a caer mejor, no obstante, no era el peor con el que había bailado.

—Y mucho. No comprendo la razón de su rechazo hacia mí.

—Su dinero no es incentivo para mí.

—Pero sí mi linaje, supongo...

—En efecto. Hay cosas que no se pueden mezclar, como la sangre...

—¿La sangre de quiénes? —inquirió con curiosidad.

—No irá a mezclar un burro con un caballo, ¿No es así? La pureza de la raza es importante —replicó aguijoneando a Duncan con aquellas palabras.

—Déjeme ver si comprendí...

—Lo dudo... —interrumpió desafiante—, es un campesino.

Él le entregó una flamante sonrisa. Tamaña aseveración requería de una réplica impecable y él la tenía en la punta de la lengua.

—Sé más de razas, de lo que llega a saber usted. Es inquietante encontrar una similitud tan gran entre su paradigma y la realidad. Usted es el burro buscando un caballo para cruzarse...

El rostro de Agatha estaba incrédulo. Aquellos rasgos desafiantes habían quedado en nada.

—¿Cómo me ha llamado? —increpó enojada.

—Yo soy un caballo y usted el burro. Seré campesino, sucio capataz o... Como quiera llamarme, pero soy de sangre noble, no como usted. ¿Quiénes son sus padres?

Ella quería reaccionar ante aquella grosería y no dudaría en hacerlo.

—¡Váyase al demonio! —renegó empujándolo.

Olvidó sus cuidados modales frente a la gente. Era la segunda vez que propiciaba un espectáculo para varios de los asistentes. Suponía que terminaría convirtiéndose en la comidilla social. Tuvo que ceder ante su instinto. Estaba ofendida por las palabras de aquel que ella pensaba ignorante. Le dolía que tuviese razón en que ella se quería mezclar con un aristócrata. Su idea era ir para arriba y lo conseguiría de una vez con el duque de Sutherland.

Duncan se quedó en medio del salón, solo. Su compañera toscamente lo había dejado. A él no le quedaba más opción que mirar a los curiosos y hacerles una venia antes de retirarse.

Podía criticar con malicia a su acompañante que lo dejó, pero más deseaba aplaudir su valor. Si no quería escuchar, sencillamente cerraba sus oídos y su mente a lo que amenazaba sus ideales. Era una mujer segura, aunque, un tanto intransigente e impetuosa. Aquellos eran los rasgos más notables en un caballo arisco que se creía indomable.

Sabía que fue avergonzado, si bien, no le importaba demasiado. Era un hombre que podía vivir sin respetar algunas ridículas reglas aristocráticas. Si lady Sophia se encontraba ese día con él, en ese momento debería estar preparando su velatorio.

Lady Sophia era una dama que en su tiempo fue las más hermosa, inteligente y adinerada de la sociedad. No obstante, escogió a uno de los partidos menos merecedor de alguien con su estirpe, nunca se arrepintió de su decisión de aceptarlo porque había conquistado su corazón. No había conocido al conde, pero sí le hablaron de él. Sentía empatía por los recuerdos de lady Sophia sobre su fallecido esposo y estaba comprometido con la idea de continuar con el nombre del título.

La condición de casarse que había impuesto su difunto primo era incuestionable y, la de dar un heredero en el plazo de dos años como mucho no le daba tiempo para demasiados pensamientos. O se casaba o se casaba, con amor o sin amor, por conveniencia o sin ella. La condesa viuda, de ninguna manera dejaría que él se casara con una muchacha de pueblo, ella deseaba a una joven de *Almack's* y tenía que aceptar su pedido.

Él había escogido hasta el momento a su difícil dama: Agatha Millford.

Por esa noche no la perseguiría. La imaginaba echando espuma por la boca a causa de sus palabras, pero solo respondió a su insolencia. No era un campesino mentecato. Convivir mucho tiempo con Thomas Sackville le había dado valor para conocer la valía de la ironía y el sarcasmo. Si podía tolerar a su antiguo patrón, el resto era como comerse un dulce.

Ninguna palabra que saliera de la boca de aquella mujer podía lastimarlo. Que lo llamara sucio era ofensivo, pero una gran mentira. Alguien tan seguro de sí mismo, no creería en semejante tontería. Las personas eran capaces de decir cosas tan solo con el objetivo de menospreciar y humillar a los demás. Agatha estaba acostumbrada a hacer y deshacer a su voluntad y, él tenía una idea muy diferente, la de hacerla despertar de sus tiránicos sueños.

Agatha, luego de calmar su ardiente espíritu, volvió al salón y vio a su antiguo acompañante bailando gracioso con Mary Anne.

En su mente había dicho: «Tal para cual» aún estaba resentida con su amiga y no volvería a dirigirle la palabra.

—Buenas noches, Agatha. ¿No te han contado la primicia de la noche? —indagó Louisa colocándose al lado de ella—. Imagino que no. Por eso, te lo contaré...

—Si tu cotilleo me favorecerá lo escucharé, de lo contrario, puedes guardarlo en lo profundo de tu boca —gruñó con molestia.

—Es sobre el duque de Sutherland. Escuché que está en camino y que pisará *Almack's* en al

menos una semana.

Ella sintió el cosquilleo de interés hacia la información que le proporcionó Louisa.

—En *Almack's* tendré ventaja.

—Por supuesto, aunque lo dudo después de haber dejado a semejante partido en medio del salón. ¿Qué noble querrá arriesgarse a ser abandonado en un baile?

—Oh, no lo veo llorando en un rincón. Es un individuo grosero, debería ser expulsado de la sociedad a la que no pertenece. ¿Por su título y su dinero es que tanto respetan a ese mozo?

—¿Y tú no buscas dinero y un título?

—No debería estar hablando contigo, Louisa. Agradezco la información, me pondré mi mejor vestido y las más bellas joyas para recibir a ese duque. Estará en mi territorio y eso me cierta ventaja...

Louisa asintió para darle el gusto a la altanera Agatha. Discutir con ella solo era gastar saliva en nada. Era caprichosa y estaba encerrada en sus ideas.

Unos días después en su casa, Agatha no encontró aquellos aretes de berilos que quería usar en su primer encuentro con el duque.

—¡Ava! —rezongó para llamar a su hermana—. ¡Sé que fuiste tú, deja de jugar con mis cosas! Ava apareció con la mirada gacha hasta donde estaba su hermana.

—¿Qué hice esta vez?

—¿Dónde están mis aretes de berilos?

—No he tocado nada desde la última vez que me descubriste.

—Se lo diré a nuestra madre. ¡Madre! —llamó a su progenitora, muy molesta.

Su madre suspiró al escuchar el grito de Agatha, pero no pudo hacer más que presentarse frente a ella.

—¿Qué ocurre, Agatha? —preguntó.

—Ava ha perdido mis berilos.

—¿Qué no he sido yo! —se defendió vehemente.

—Agatha, tus perlas van mejor con el vestido que escogiste en la modista y que le quitó un ojo a tu padre. Es momento que dejes de hacer estas tonterías...

—¡Pero desaparecieron! —se quejó.

—Deben estar bajo la cama. Eres muy desordenada —acusó su madre tomando a Ava de un brazo para llevarla hacia otro sitio.

Agatha se arrodilló para buscar debajo de la cama, pero todo estaba muy limpio.

Alzó su mirada hacia su doncella.

—¡No he sido yo, señorita Millford! —se defendió antes de la acusación.

—¿Qué ocurre en esta casa? Primero la platería y luego mis joyas... ¡Ya se ha ido casi todo el personal de servicio!

—No lo sé, señorita, pero no he sido yo, lo juro.

Maldijo entre dientes. Hacía casi un año que no usaba sus berilos. Eran preciosos, aunque no los más ostentosos que tenía, solo lo habían visto los demás en una sola ocasión.

Estaba cargada de desazón por aquella pérdida, pero pescaría a la rata en cualquier momento y sabía que quien caería era su hermana Ava.

Ava y su madre bajaron al salón, se miraron con sospecha antes de sentarse.

—Le dije a tu padre que los berilos eran lo mejor, pero...

—No contaba con que los quisiera usar —mencionó Ava.

—Era el vestido o los berilos. Es la última oportunidad de que tu hermana consiga un buen

matrimonio, Ava. Si ella lo logra con ese duque del que tanto habla, tú serás muy beneficiada...

Ava tenía la esperanza de que sus pequeños hurtos la ayudaran a través de un matrimonio para su hermana mayor, a conseguir un lugar en la sociedad cuando llegara su momento de debutar. Sus padres con la pésima situación que ignoraba Agatha, no podrían solventar a otra casadera.

Capítulo 7

Para su desacuerdo e infortunio, Agatha se colocó el vestido blanco con listones damasco y sus perlas.

Estaba enfadada porque había sido robada en su propia casa. Comenzaba a ver a su hermana con ojos distintos, más críticos y hostigadores.

Tan inocente, pequeña y curiosa, puedo haber perdido sus berilos quizás sin intención, pero eso no reducía en nada sus ánimos de buscar escraches.

Esa noche se suponía que el duque de Sutherland estaría en *Almack's* y ella deseaba toda su atención. No se veía desventurada con las perlas, aunque ella estaba disconforme.

Siempre había destacado por sobre las demás en su belleza y sus vestidos. Las hermanas Ross tenían muchos vestidos y una gran variedad de finas terminaciones muy exclusivas. No fue difícil alzarse con algunas cosas que la modista le cedió por insistencia.

Desde que subió al carruaje con sus progenitores, no había dado una sola sonrisa, ni un suspiro y menos una palabra. Estaba molesta por lo que había ocurrido con sus joyas y esas personas que la acompañaban, al menos presentía cuánta molestia sentía.

—Deja la amargura, Agatha. El dichoso duque te pasará encima con esa cara —mandó su madre, bajo la mirada furibunda de la muchacha a la que hacía mención.

—¿Por qué mejor no le dicen a Ava que deje de entrar a mi habitación y robarse mis cosas? Alguien debería ver lo que hace esa niña rara...

—No llares rara a tu hermana —resolvió la señora Millford con acritud—. Ella no ha sido favorecida como tú. Deberías pensar más en ella que en ti.

—Calma, querida, quizás hoy sea el día en que Agatha devuelva un poco de lo que se ha hecho por ella. Está confiada en lograrlo. Los berilos no harán que se sienta atraído por ti, sino será tu propia actitud la que haga el milagro de que te cases con él. No entiendo tanto empeño por un caballero que no conoces, al que no has visto y del que solo oíste hablar. Hay hombres ricos y...

—Es un hombre rico y poderoso. Es suficiente —respondió con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Eres testaruda, grosera y prepotente. Serías una pésima duquesa si ese hombre te escogiera —musitó su padre.

—¿Y tú querías calmarme, querido? —increpó sarcástica su esposa.

El señor Millford se colocó en la misma posición que su hija Agatha. Ella tenía mucho más parecido con él de lo que imaginaba. Creía merecerlo todo.

Durante mucho tiempo se pensó que su esposa era quien llevaba las riendas de la maldad en su casa, sin embargo, era él quien debía llevar aquel título. Si bien, era una esposa un tanto exigente, él era alguien un poco egoísta y prepotente. Estaba muy lejos de ser el buen esposo y ella muy lejos de ser la mejor esposa.

La tensión familiar era casi insostenible. Los padres de Agatha estaban muy irritados por el comportamiento de su hija. La paciencia del señor Millford se agotaba, al igual que las esperanzas de la señora Millford.

La residencia en la cual vivían Duncan y lady Sophia había sido invadida por su amiga lady Beatrice y su séquito de caballeros, Winston Egerton y al que él llamaba aprendiz de duque,

Frances Percy duque de Northumberland que acompañaba a su abuela en su paseo por Londres.

—¡Y no saben el susto que me llevé al ver a aquel forajido! —exclamó lady Beatrice, contando sobre su terrible regreso a Londres—. Estaba tan preocupada por mi pequeño Frances, era en todo lo que podía pensar. Si algo le ocurriera...

—Me está avergonzando, abuela —reclamó Frances—. Ya tengo veintidós.

—Con veintidós aún no sabes nada de la vida, Frances. Un... Hombre... o lo que fuese que haya sido, con un arma, amenazándonos no es la mejor experiencia para el último de su estirpe —añadió Winston.

—¡No digas nada, Winston, eres un provocador de delincuentes! —se quejó la anciana lady Beatrice.

Winston hizo un movimiento de hombros y se alejó despacio.

—¿Les han robado mucho? —preguntó curioso Duncan.

—¡Mi valioso broche de diamante azul! —contó la dama—. Era un regalo de mi difunto esposo cuando era una debutante.

—Sin dudas el delincuente querrá venderlo y se encontrará —intentó reconfortarla lady Sophia.

—Se lo hemos dicho a la abuela, pero ella no quiere entender —expuso Frances ante el gesto gruñón de su anciana pariente.

—Si no fueras mi nieto te hubiese entregado a aquel bandido para que te vendiera...

—Beatrice querida, no te aflijas. Disponemos de recursos para buscar ese prendedor, ahora, lo que nos ocupa: *Almack's* —aludió lady Sophia para que pudieran ir saliendo de la casa. Conocía lo lenta que podía ser su buena amiga Beatrice.

Todos asintieron y se dispusieron a ir. Winston esperó a que todos salieran para cerrar la puerta, pero Duncan le indicó que caminara con los demás.

Aquel era el primer encuentro que ambos tenían en su vida. Comenzaba a conocer el círculo de personas que rodeaba a su tutora. No parecían ser personas que gustaran de la opulencia, aunque eran bastante ricos para no darse aquellos lujos a los que debían estar acostumbrados.

—¿Le ha gustado *Almack's*, milord? —preguntó el duque para iniciar una conversación con él.

—Sí. Hay damas muy bonitas, tanto, que nunca soñé con eso.

—Lady Beatrice y lady Sophia escriben bastante. Entre carta y carta, a la dulce abuela de mi pupilo le comentó sobre que era o es domador de caballos.

—Era el domador de caballos del marqués de Dorset con quien tengo una buena relación de amistad.

—Una relación que nunca pude establecer con él. Su carácter es insufrible. Qué irritante haberlo golpeado por una mujerzuela años atrás. Quizás si hubiere estado consciente me ganara la puja, pero mucha bebida en su sangre no era buena señal.

—Thomas tiene peculiaridades. Dígame ¿Por qué ha mencionado mi pasado? ¿Le molesta tratar con un antiguo empleado?

—No, no, no. No me lo tome a mal. Quería saber cómo seguían sus habilidades para domar, porque las necesitará en aquel lugar. Muchos peces, pero pocos son capaces de comer la carnada.

—¿Usted ha regresado porque busca esposa?

—No. Regresé porque Frances es joven e inmaduro para ser un duque. Mi buen nombre ha sido un aliciente para que lady Beatrice pidiera mi guía y consejo para su nieto. Lo malo de la cuestión es que no soy tan intachable, como cualquier caballero, tengo...mis desaciertos...

Duncan vio la picardía en las patas de gallo de Winston Egerton. Podía notarse por él aquel

aire libertino y relajado. Se lo veía moverse con soltura y conversar sin prejuicio alguno.

—Yo creo estar en condiciones de domar a una muchacha de aquel lugar. Le ayudaré dándole una pista de a quién quiero domar.

—¿Tan pronto e interesado en una dama? Oh, mi buen conde, ha caído en viejo truco del capricho. ¡Siento que voy a divertirme más de lo planeado! —expresó, frotándose las manos con ansiedad.

—No. Dudo que sea capricho. Más creo, es atracción, una muy peligrosa. Agatha Millford es una beldad.

—Una beldad. —repitió con la mano en el mentón viendo cómo el carruaje los esperaba para subir—. Prometo no acercarse a su dama, no obstante, no me privaré de un buen baile por esconderme. A esa clase de mujeres les encanta la atención, viven para ella.

—Son un poco preferentes con respecto al caballero al que le entregarán su atención. La señorita Millford me ignora...

—¡Bien! Es un buen camino. Subamos al carruaje para partir. Quiero conocer a la mujer...

Lady Beatrice continuó aburriendo a todos con sus anécdotas del robo. Esperaban que pronto tuviese otro acontecimiento que contar para que este último pasara al rincón del olvido.

Al llegar hasta el lugar, bajaron como una gran familia. Winston robaba miradas por donde iba. Era grácil, elegante y muy atractivo.

Algunos cuchicheos del salón se trataban sobre los recién llegados y su relación con el nuevo aristócrata.

—Esto debe ser ensañamiento —dijo Agatha mirando a Duncan desde un lugar del salón.

—El conde es un hombre agradable... —comentó su madre.

Agatha iba a replicar, sin embargo, sintió que alguien la jaló del brazo. Era una matrona ansiosa de comunicar algo.

—Ese de levita verde es el duque de Sutherland —anunció con una sonrisa.

La molestia que tenía Agatha de ser interrumpida de esa forma, se le había ido. Colocó una flamante sonrisa en su rostro y buscó con su mirada a sus antiguas amigas.

—Gracias. Estaré a disposición del duque...

La matrona asintió y se retiró, a la vez que ella caminó, perezosa, aunque también engreída hacia Mary Anne y Louisa.

—Ha llegado el día en que Mary Anne se tragará sus malas obras —sentenció Agatha.

Las tres estaban en una situación incómoda. De ser un trío, pasaron a la enemistad a causa de Mary Anne y sus antojos para volverla una joven humilde.

Aquellas damas, ignoraban que eran observadas por Duncan y Winston.

—¿La rubia? Es hermosa, sin dudas... —comentó gratamente sorprendido.

Duncan alzó una ceja y quiso decir algo, pero su compañero estaba mirando perdido en dirección a Agatha.

—Esos ojos yo los conozco, juro haberlos visto alguna vez —mencionó el duque sin perder de vista al trío de mujeres—. La de cabello negro es...

—Lady Louisa. Es también muy bonita...

La sonrisa pícaro del duque volvió a aparecer para luego dirigirse a él.

—Iremos por su dama, sígame, milord, no vaya a quedarse retrasado...

Capítulo 8

Winston Egerton era de los caballeros que perseguían sus ideales. Tenía un brillo extraño en su mirada. Duncan podía pensar que había quedado impresionado por la belleza de Agatha, pues iban en su dirección sin siquiera detenerse. El duque parecía poseído en su caminata pesada y alargada.

Él solo lo seguía para no quedar rezagado. Su acompañante tenía muy decidido qué hacer.

En la tertulia de damas. Louisa comenzó a ponerse un tanto agitada y deseaba dar una buena excusa para irse de aquella velada.

—Yo, yo... Me tengo que ir, he dejado mi abanico en el carruaje —dijo Louisa a Mary Anne, que frunció el ceño.

—¿Tu abanico, Louisa? ¿No es acaso el que tienes en la mano? —increpó Agatha, mordaz.

—Oh sí, es cierto... —musitó nerviosa frente a la mirada segura de Agatha.

—El duque viene hasta aquí y, no parece frenar el paso —comentó Mary Anne.

—Observa, Mary Anne, como le he agradado al duque. Viene junto a nosotras. Lo vi de reojo cuando miraba hacia aquí —expresó con altanería.

Mary Anne no quería creer en las palabras de Agatha, pero todo parecía indicar que así era.

En un momento, Winston se paró frente a las tres damas que hicieron una reverencia, aunque Louisa se retrasó un poco con la suya.

—Buenas noches —saludó con voz ronca y gruesa, de un gran formalismo, que casi hizo tambalear a las muchachas.

Agatha sonrió complacida hasta que vio que desde atrás del duque surgía la figura de Duncan Nolam. No descompuso su practicada expresión por su causa. Quería promover la mejor impresión en uno de los hombres más ricos en influyentes de Inglaterra.

—Buenas noches... —musitó Duncan con más suavidad que Winston.

Las muchachas, incluyendo a Agatha lo reverenciaron de igual manera.

Winston dio un paso al costado para que pasara Duncan y le presentara a las damas, pero él no se había dado cuenta de aquello y se quedó mirando a las mujeres de manera intercalada, hamacando su figura un poco nervioso. No fue hasta que recibió una dura caricia del duque y una expresión de apuro para que hablara.

Carraspeó su garganta antes de comenzar su presentación.

—El duque de Sutherland deseaba conocerlas, distinguidas damas —anunció sonriente, presionado por la atisbo divertido de su acompañante.

Presentó primero a Mary Anne, después a Agatha y por último a una escurridiza y —al parecer — enferma Louisa.

Duncan pudo notar que el duque, no hizo diferencias entre el saludo hacia las damas, pero que sentía un peculiar interés por lady Louisa Blackbourne.

—Hemos escuchado por mucho tiempo que estaba en camino, comenzábamos a creer que usted era un mito —comentó Mary Anne, interesada en conocer sobre el hombre que era muy educado.

—He tenido retrasos inesperados. Mis disculpas a quienes me esperaban con anterioridad. —replicó con un toque de humor—. Los salones de París no querían dejarme ir a los brazos de la bella Londres.

—¿No baila, excelencia? —preguntó Agatha con el marcado propósito de acapararlo. El duque dirigió su mirada hasta ella y asintió.

—Sí bailo, señorita Millford. Es la razón por la que estoy aquí conversando con ustedes.

Agatha parecía sentir la tersura de una nube al escuchar aquello. Era la más bella del trío de damas. Mary Anne era menos bonita que Louisa y, Agatha era más agraciada que la última. Podía estar segura, por la mirada que le dirigía el duque de Sutherland, de que ella sería la escogida para un baile. Ese era el primer paso hacia la consecución de sus objetivos.

Duncan recordó que Winston le había mencionado que no se privaría de un baile. Y aunque le dijo que no le prestaría atención a Agatha, se la estaba brindando en demasía. Quizás fueran figuraciones suyas. El duque era un tanto intimidante con aquel porte señorial y la voz gruesa que cargaba, por supuesto, sin desmeritar sus atractivas facciones y, a su benevolente bolsillo.

—Esa pieza me encanta. —dijo Winston al escuchar la primera nota de la orquesta—. Estoy deseoso de bailar...

Al acabar esas palabras, extendió su mano hacia la dirección de Agatha y Louisa, parecía que su pedido había quedado entre las dos. Agatha no dudó en extender un poco la mano para que se tomarán, sin embargo, aquello no ocurrió.

—Lady Louisa ¿Me concede el honor de este baile? —pidió, haciendo que la escogida abriera los ojos con sorpresa.

Mary Anne dirigió su mirada burlona hacia el rostro pétreo de Agatha que guardó su mano enguantada y apretó el chal a su espalda.

—¿¡Yo!? —profirió Louisa, estupefacta.

—¿Qué otra Louisa ves? —recriminó Mary Anne para que su amiga accediera a aquel partido.

Los demás vieron como Louisa tragó saliva y dio un sonoro suspiro antes de tomar la mano de Winston y cruzar el brazo de ambos.

La humillación que Agatha sentía no tenía precedentes. Había sido avergonzada frente a Mary Anne cuya mirada era de suficiencia y triunfo, y también, con el hombre a quien ella despreciaba. No podía poner a llorar ahí como una niña caprichosa. Lo dejaría para cuando estuviera sola en su habitación, por mientras, debía mantener lo que quedaba de su dignidad y fingir que nada había ocurrido, era eso lo que a una verdadera dama correspondía hacer.

—¿Y usted no baila, milord? —imitó Mary Anne a Agatha con aquella pregunta dirigida a Duncan, que estaba observando a quien se había topado con un gran muro.

Duncan sopesaba que esa podría ser un desaliento terrible para una dama y, la que estaba frente a él, se mantenía firme después de pretender que la invitación fuera para ella.

—Sí. La señorita Millford sabe que lo hago muy bien ¿No lo cree? —Inquirió a Agatha con el mismo sentido burlesco que Mary Anne—. ¿Quiere usted probar mis buenas dotes, señorita?

La mano de Duncan se dirigió a Mary Anne y, la muchacha aceptó gustosa aquella invitación. Agatha giró su rostro hacia su derecha de manera grosera para evitar verlos partir.

Se había quedado sola y desolada. Fue rechazada en un baile por el duque y, pensó que incluso el capataz no le ofreció su mano para bailar.

Repentinamente, sintió que dejó de apretar sus puntos. Sus ojos le picaban por el líquido salado que amenazaba con aumentar su vergüenza. Aflojó sus manos y se dirigió a un pasadizo un poco alejado del resto. Recostó su cabeza en la pared y sollozó caprichosa.

Deliberaba en lo humillante de la situación. Ella era una beldad ¿Cómo pudo el duque de Sutherland bailar con alguien de menor belleza que ella?

Su ego no podía con tanto pesar. Su frívola personalidad estaba ofendida en su máxima

expresión. No hubo para ella frustraciones en la temporada, no obstante, esa que estaba atravesando era una mala señal de su ciclo actual.

Invirtió en aquel caro vestido para causar la mejor impresión. Su mente se preparó durante meses para meterse a un duque en el ridículo.

Nada podía ser peor que aquello para una muchacha que esperaba tanto de ese encuentro. Estaba segura de que no podría soportar las burlas que le harían sus antiguas amigas y más Louisa, que sin dudas se jactaría y bailarían en su tumba por tan solo restregarle la danza que tuvo con el duque.

Cuánta vergüenza se avecinaba. Y no estaba demás hacer mención de que su perseguidor la había ignorado completamente. Sería la comidilla de Mary Anne, pues aquella siempre decía: «Mejor uno que ninguno»

Duncan disfrutó de la selecta compañía de Mary Anne. Tan graciosa y simpática, que no comprendía su falta de interés hacia ella.

—Agatha nunca me ha tratado como a su igual, solo ha tratado bien a Louisa.

—¿Y cuál sería el motivo? —indagó curioso durante la danza.

—Soy hija adoptiva de unos burgueses... Nadie conoce mi verdadero origen —dijo sonriente—. Agatha dice que me sacaron de una coladera y que sin dudas soy hija de una mujer de la mala vida.

—La señorita Millford es capaz de decir muchas necesidades.

—Creo que se debe a que es lo único que conoce. No es una mala persona, sin embargo, se toma esto muy en serio. Yo no tengo apuro alguno. Sé que hay mucha gente que piensa sobre mí lo mismo que Agatha ¿Y quién puede culparlos?

—Me siento identificado con usted. Soy solo un empleado.

—Era. No deje que las palabras de Agatha hagan mella en su interior. Tendrá momentos en que lo hará ver las estrellas si continúa demostrándole su interés.

—Agradezco su consejo, señorita. Espero seguirlo.

Mary Anne le sonrió y le hizo una reverencia antes de retirarse.

Charlar con aquella joven hizo que su primitivo cerebro, la asociara con el duque y su forma de ver las cosas. Para él, la gente adinerada era un tanto excéntrica. No había nada de aquella recíproca sinceridad que existía entre los pobres.

Daniel era el hombre más francamente tonto que conoció y, estaba a punto de contraer matrimonio con la más terrible e inteligente criatura, descrita por lady Sophia como: «De tonta solo tenía la sonrisa»

Su viejo conocido y amigo del marqués de Dorset, pensó que había hecho la cacería de su vida, pero él había caído preso en el juego de la caprichosa y jovial Morgana Ross.

Sabía que Thomas por más desconfiado que fuese, se derrumbaría rendido ante Melissa Ross. Aquellas damas solo parecían tontas, a pesar de que estaban muy lejos de serlo.

Después de beberse una copa se acercó a lady Sophia y a lady Beatrice, quienes no dejaban de comparar los tiempos en los que estaban viviendo.

Aburrido de la cháchara interminable sobre sus defectos y también los de Frances y Winston, se escurrió hacia otro sitio, donde escuchó un par de zapatazos que venían de un aislado pasillo. Asomó la cabeza y, para su asombro, distinguió a Agatha Millford en un probable ataque de histeria.

Su mente estaba presa en la idea de lanzar más leña al fuego si se acercaba hasta ella y, eso haría. Sería una pequeña jugarreta para cobrarse el abandono.

Capítulo 9

Agatha dada golpes a su falda y abochornaba a diestra y siniestra. No estaba triste, estaba rabiosa. Las lágrimas que tenía eran de furia. El rechazo de uno de los caballeros más interesantes e importantes de Inglaterra era como recibir una puñalada en el pecho. Tanto esmero en aumentar su belleza era todo un desperdicio.

Escuchó unos pasos que se acercaban. Con violencia y avidez se limpió bajo los ojos e infló el pecho. Si estaba sufriendo no debía saberse por todas partes, era algo muy íntimo.

—Señorita Millford ¿Qué está haciendo en este rincón?

—No es de su incumbencia lo que yo haga o deje de hacer.

Duncan llevó los hombros hacia atrás y ninguneó la respuesta de Agatha.

—¿Está escondiéndose? —inquirió bromista.

—¿Esconderme? No me escondería de nadie, no tengo razones para hacerlo —respondió altanera.

—Si es por mí que se esconde...

—¿De usted? Qué importancia se da.

—Me doy tanta importancia como su orgullo desecho. Déjeme decirle que yo sí soy capaz de apreciarla con toda y su poca empatía hacia mí. Cuando era un sucio domador de caballos, lacayo de otro noble, pensaba que las damas como ustedes eran educadas e intachables. Con usted me llevé una sorpresa, es igual de vulgar como otras cuando algo le desagrada. Al fin de cuentas, somos todos iguales.

Lo que ella creyó no necesitar para acrecentar su molestia era que aquel hombre le dijera que la apreciaba. Esas palabras solo la hacían sentirse peor.

Quisiera o no —en el fondo—, el conde tenía razón con respecto a su origen y también en que cuando se trataba del carácter, todos eran iguales. El dinero era solo una cuestión de suerte en el caso de él y también en el de ella.

Ambos pudieron estar haciendo cosas diferentes si no dependían, de la astucia del padre de Agatha para ser un burgués o de la sangre que corría por las venas de Duncan.

Solo que ella no lo reconocería ni si la torturaban. Era orgullosa de su belleza y de la posición que ostentaba. No tenía motivos de vergüenza. Cada día llevaba a cabo un esfuerzo desgastante de ser la más atractiva de las candidatas. Conocía que estaba en desventaja frente a las hijas de los aristócratas, pero apelaba a su rostro delicado y a su fineza, que por cierto, había perdido en poco tiempo.

—¿Iguales? No volveré a discutir con usted. Lo evitaré por mi bienestar y mi cordura. No puedo pasarme el tiempo discutiendo con un lacayo —musitó despectiva.

Después de decir aquello alisó su torturada falta para ir hacia donde estaba Duncan y salir de ese pasillo.

Caminó con ambas manos a los costados y quiso pasar entre Duncan y la pared, aunque no pudo porque él se colocó frente a ella para tapparle el camino. Agatha bajó la mirada e intentó escabullirse, sin embargo, lo que parecía una danza para escapar, se complicaba.

—Quítese del camino —ordenó subiendo sus ojos hacia los de Duncan.

—¿No estaba usted bailando conmigo, señorita Millford? danza mejor en un pasillo que en el

propio salón.

—Lo intentaré una vez más... ¡Quítese!

Duncan seguía cerrándole el paso a aquella muchacha que parecía un felino acorralado.

—Lo haré con una condición...

—¡Usted no me pondrá condiciones, sucio mozo de cuadra!

—No saldrá de aquí tan fácil. La condición para que pase usted es que me pida perdón por insultarme. Le guste o no, soy superior a usted. Tengo un título...

Agatha lo miró incrédula y retrocedió para colocar sus manos por debajo de su pecho y cruzarlas, acompañando aquel gesto con una sonrisa burlesca.

—¿Pedir perdón? No sé cuánto ha bebido y, tampoco es que me interese. Lo único que me ocupa es que salga de mi camino, se lo ordeno.

—El perdón o, quedarse aquí junto a mí, en un pequeño sitio donde podrán pensar lo que quieran de nosotros. Le contaré que cuando era un sucio domador de caballos salía con algunas damas por pasillos como estos, aunque sin tanto lujo... —comentó viendo el asqueado rostro de su cautiva.

—No quisiera que me relacionen con usted. Salga del camino de una vez o lo lamentaré —amenazó enojada.

A ella poco le importaba conocer los deslices de un hombre ordinario como ese que tenía enfrente con una elegante prenda. Pasaría desapercibido su estatus anterior viéndolo de aquella forma. Tan atractivo y de finas facciones, aunque un poco tostado por el sol, pero Agatha conocía de donde venía y no podía obviarlo. Poseía gran inteligencia para notar el exacerbado interés del caballero en ella. La invitación a bailar y las palabras que le dirigía eran propias de una evidente pretensión.

Aquel no era un varón delicado en sus modales aunque lo intentaba.

—¿Y cómo lo lamentaría? —continuó Duncan, provocando a la muchacha.

Volvió a intentar pasar entre la pared y el cuerpo de Duncan, no obstante, su escapatoria no fue posible. Él la presionó contra el parapeto y sonrió ladino ante la miraba verde y furibunda de Agatha.

—Aléjese de mí —exigió volteando su rostro para evitar verlo.

—Solo cuando me pida perdón —insistió.

En realidad, Duncan no buscaba que aquella dama le pidiera disculpas. Estaba haciendo eso tan solo por la emoción de la cacería. Alguna vez escuchó de la boca de un criado ajeno a la finca de Thomas, que a los hombres les gustaba ser maltratados. Discrepó con él en aquel tiempo, mas, en ese momento comenzaba a pensar igual.

La dama tenía un encanto extraño que, por supuesto, no era su lengua, sino quizás su atractiva figura, su caminata sigilosa y su bien estructurado objetivo. ¿Qué dama que buscara un buen futuro escogería a un domador de caballos?

Pero... como él había dejado de ser un empleado quería confiar en su atractivo para que esa escurridiza y sarcástica dama cayera en sus brazos. No había visto mujer más bonita que ella y quería sus atenciones. Cuando de domar caballos se trataba era diferente, conquistar a una mujer era una empresa arriesgada comparado con aquello.

—Que no voy a pedirle perdón por haberme insultado.

—No es esa la razón, sino que usted me ha dejado plantado en medio de un baile. Me agrada divertirme y cuando iba a hacerlo, simplemente me abandonó.

—Mire ¿Por qué no llegamos a un acuerdo? Usted me deja ir y yo me voy ¿Qué le parece? —

sugirió sarcástica mirando a los ojos de él.

Lo que ella pudo notar al instante era que no lo había persuadido de nada. Tenía una mirada más cargada de burla que antes, incluso sintió una mano de él recorriendo su rostro. No pudo evitar mirar aquella mano. Nadie la había tocado en ninguna temporada. La sensación extraña y calurosa de su acercamiento hizo que dirigiera sus ojos a su acompañante. Quedó fija en el rostro de él y no se percató de que se dirigió a sus labios con avidez hasta que sintió su exigente boca sobre la suya. Su lengua hambrienta deseaba hacerse camino en una boca reticente por la sorpresa de aquel beso.

Se sintió asfixiada por ese besuqueo inapropiado. Era absolutamente prohibido rozar con un desconocido al que no soportaba. Su mente tenía desavenencias con su cuerpo que estaba abierto a las sensaciones placenteras del ataque.

Duncan pegó su cuerpo al de Agatha al punto de aplanarla por la pared del pasillo. Tomó del cuello a la que era su presa y exigió más de ella. Estaba perdido en su pasión, deseando ser correspondido. Nada era tan ardiente como lo prohibido.

Agatha colocó sus manos contra el pecho de Duncan buscando recuperar el aliento y la cordura. Desvió sus labios para respirar y miró a Duncan sin decir palabras. Ambos estaban agitados esculcándose mutuamente en una lucha de caracteres.

—Sé domar caballos y también mujeres... —comentó antes de recibir un golpe en el rostro por parte de Agatha, que después lo empujó y se dio a la escape.

No sabía el lugar donde iba a quedarse después de que se quedó sin refugio. Tenía que soportar su llanto inminente al sentir que había ultrajado su voluntad.

Capítulo 10

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Tenía la mirada perdida entre los tirantes del techo. No olvidaba el beso de ese caballero que tanto le desagradaba. Repasaba en la bajeza de una atracción como aquella. Podía jurar que todavía apestaba a caballo, buscaba aquellas características que la hacían discriminar al conde para olvidar la sensación extraña que le produjo el beso.

Su mente la hacía rechazarlo con fuerza, no pertenecía a lo que ella deseaba para su futuro próspero y pleno. No lo imaginaba como un conde, él era un simple mozo que la había besado y le resultaba humillante.

Agatha se colocó la almohada sobre el rostro por la vergüenza que sentía al recordarlo y luego la arrojó al centro de la habitación. Se levantó y fue hasta la ventana a mirar la noche sin luna. Acarició su trenza y siguió cavilando.

Captó la atención de la persona menos indicada. El duque de Sutherland no se había fijado en ella. Pasó la noche detrás de Louisa y de Mary Anne. Aquellas lo habían acaparado por completo, o quizás, él las retuvo.

Se escondió junto a sus padres el resto de la velada y pidió de favor que no le dijeran que bailara con nadie. No quería hacerlo, temía que el sinvergüenza que la observaba quisiera seguir abusando de su fuerza para alzarse con atenciones que no le correspondían.

Meditó alguna manera para desalentar el interés del conde de Sussex en ella, pero su cabeza estaba un poco más hueca que de costumbre. Era una muchacha perspicaz y que razonaba con facilidad, sin embargo, una vez que algo se le atoraba en la mente, era casi imposible sacárselo hasta que de algún modo encontrara una solución.

Estaba atrapada en un extraño juego que estaba jugando aquel caballero. Se sentía acorralada. Las excusas con cortesía no funcionaban, ni tampoco las que carecían de ella. Aquel era un hombre persistente y atrevido, capaz de pasar sobre la voluntad de una dama. Ella no podía permitir que alguien que no le causaba gracia, desgraciara su valiosa segunda temporada en busca de un excelente prospecto. No iba a rendirse con su idea de obtener las atenciones del duque.

Ese caballero contaba con los atributos que ella deseaba. Podían llamarla ambiciosa, pero nadie estaba en sus zapatos para conocer sus gustos y preferencias con respecto a los caballeros.

Por la mañana tuvo que soportar las consecuencias de no haber dormido o de haberlo hecho muy poco. La voz de Ava le parecía una aberración para sus oídos. El sonido de los cubiertos le resultaba aún más molesto que la propia voz de su hermana.

—Me voy a pasear —declaró bajando su servilleta sobre la mesa antes de levantarse.

—No comiste, Agatha —dijo su madre al ver su taza de té y sus galletas sin que las hubiese tocado.

—Ya cuando empiece a pasar hambre por no casarse comenzará a valorar ese té y las galletas que abandona hoy... —expresó su padre bajando el periódico de sobre su rostro.

Su esposa lo golpeó por debajo de la mesa por declarar aquellas palabras tan evidentes sobre su situación.

Agatha no le prestó atención a lo que dijo su padre y pasó a la biblioteca para tomar un libro. Salió con uno que le costó escoger. Si quería ser una dama de buena conversación debía tener una

amplitud de lenguaje que solo un libro le daría.

Caminó con él por el jardín hasta ponerse a mirar en la calle. Vio el trajinar de la gente pasando frente a su residencia y no lograba sentir empatía por la gente que iba y venía. En ocasiones se sentía una persona orgullosa y altanera, y en otras, una víctima de las enseñanzas de su madre, o quizás también fuera la forma en que ella tomó esa sabiduría de aquella. El mercado matrimonial era duro por tomar lo mejor.

Quería lo sobresaliente para ella, no se puso a pensar en Ava o en sus padres, solo en ella, porque así se lo habían sugerido. El mejor candidato para la mejor dama. Nada podía salir mal con la belleza que tenía, así lo argumentó su madre en un sinfín de ocasiones a su padre. La realidad era distinta: era ignorada por el caballero y perseguida por un mozo.

Podía desalentarse terriblemente con aquellas circunstancias, mas, ella estaba hecha de hierro en sus convicciones, solo el fuego más intenso sería capaz de doblegarla.

Dentro de la casa, su padre acompañado de Ava, miraba las invitaciones a las cuales podría asistir Agatha sin gastar demasiado en vestidos y zapatos nuevos.

La señora Millford se iba resignando lentamente al futuro que les esperaba: Vivir modestamente y era muy probable que tuvieran que cambiar de residencia a una propiedad alejada. Ava quizás se convirtiera en una doncella de alguna familia adinerada y Agatha terminaría casada con un panadero o vendedor de frutas en el mercado. Todo aquel horrible futuro atormentaba a la mujer.

—Señor Millford ¿por qué no le ofreces la mano de Agatha al conde de Sussex? Ha demostrado interés en ella —sugirió la señora.

El señor Millford y Ava levantaron su mirada hacia ella. Su esposo dejó las tarjetas en el sillón y procedió en darle una respuesta.

—No me sentiría bien si no dejo que intente hacer lo que desea. Un duque podría resolverlo todo...

—¿Y qué hay de malo con ese conde que dice mi madre? —indagó la muchacha—. También debe tener dinero. No vale la pena ambicionar más. Quien será el esposo de Agatha no creo que esté interesado en ayudarnos.

—¡El duque la ignoró! ¡Ignoró a mi preciosa Agatha! Qué humillante fue que la hija de un aristócrata se lo llevará. Nos espera la miseria y que tal vez Ava tenga que ser una criada si no hacemos algo.

—Tienes razón —dijo mirando al candelabro de la mesa—. Pero haré un último intento antes de rogar por un matrimonio para ella. Deseo que obtenga lo que anhela.

Ava quedó preocupada por la situación de sus padres. Aquel candelabro no sería suficiente para que el duque se fijara en Agatha. Ella debía encontrar más para que pudiera tener más participación en los bailes. Con las invitaciones que su padre había seleccionado, era insuficiente para que pudiera tener al hombre de sus deseos.

A la hora de la cena, el comedor estaba más oscuro de lo habitual. Agatha reparó precoz en ese detalle.

—¿Y el candelabro que estaba aquí? No me digan que fue hurtado como mis joyas... —presumió agria con ese comentario—. Presumo que el ladrón sigue en esta casa. ¿Será la doncella, la cocinera o Ava?

Su hermana continuó comiendo sin importarle la acusación de la mayor. Sí había sustraído las joyas de Agatha, pero no con mala intención. Aquella era la llave a un futuro mejor.

—¿Cómo puedes pensar esas cosas de tu hermana, Agatha? —increpó su padre.

—Porque la encontré en mi habitación tocando mis cosas.

—No es motivo suficiente para acusarla de nada. Es su curiosidad, tan solo es una niña... — mencionó su madre.

Tras aquel momento familiar incómodo, su padre al culminar su cena se retiró al salón para beber y leer al igual que su madre. Ava subió a su habitación para encerrarse y Agatha sentía demasiado sueño para permanecer dos noches padeciendo somnolencia. Al tocar la almohada con la cabeza, cayó en un sueño profundo.

La puerta de Agatha se abrió con lentitud y una pequeña figura con una vela ingresó a la habitación. Se acercó hasta el alhajero y comenzó a hurgar adentro. Debía seleccionar otra joya que su hermana no echara de menos en un tiempo cercano.

Escogió unos coquetos y pequeños rubíes para entregárselos a su padre hasta que sintió la mano tibia de su hermana y eso hizo que soltara las joyas de nuevo en el alhajero.

—Sabía que eras tú. Tan sigilosa como un roedor, Ava...

Ava por ver a su hermana con aquel rostro sombrío, tiró la vela y comenzó a correr hacia la salida de la habitación.

—¡Vuelve aquí! ¡Voy a darte una lección que no olvidarás! —exclamó Agatha corriendo detrás de ella.

La menor de las Millford entró al salón y se refugió en las espaldas de su padre. Agatha intentaba tomar a su hermana, pero su progenitor lo impedía.

—¡Basta! ¡Qué ocurre! —expresó el señor Millford para calmar a sus hijas.

—¡La descubrí tomando joyas de mi alhajero! ¡Ella es quien nos está robando! ¡Es una ladrona! Deje que le dé una lección para que no vuelva a tocar las cosas ajenas. —pidió agitada por la carrera de alcanzar a su hermana—. Haré que esa piel descolorida tenga un color.

—¡No deje que lo haga, padre! —rogó desesperada.

—Creo que llegó el momento de que sepas lo que ocurre y dejes en paz a tu hermana... — declaró su madre tomando a Ava del brazo para llevarla hacia ella.

—¿Van a consentir su comportamiento?

—Lo hacemos porque ha robado para nosotros y para ti. Estamos al borde de la quiebra, Agatha, solo esperamos a que te cases y puedas respaldar a la familia...— confesó su padre, dejándola sin aliento con aquella revelación.

Capítulo 11

Dejó querer atrapar a su hermana Ava. Agatha se quedó tiesa intentando asimilar lo que su progenitor le hubo dicho.

Su rostro estaba lívido. Después de que pensara en que solo era una jugada para que no tomara medidas contra Ava, sonrió incrédula.

—No puedo creer que diga esa barbaridad, padre.

—No es un disparate. Uno de los barcos de tu padre se hundió y se ha perdido mucho. La primera temporada la hemos soportado sin inconvenientes, pero esta es más difícil. Ava solo hizo lo que podía para ayudarte —expresó su madre.

—Debes casarte, Agatha. Sé que te esfuerzas, sin embargo, te hace falta motivación. Quizás la miseria sea una. No desquites tu egoísmo y tu frivolidad en Ava.

—¿Egoísmo y frivolidad? ¡Solo soy lo que me enseñaron! ¡Madre, debe ser la peor fingiendo ser inocente! Y usted, mi padre, habla de motivación cuando lo único que me impulsa a contraer matrimonio es no caer en la miseria.

—Por favor, Agatha, no seas tan despiadada. Es en parte mi culpa ser deshonesto. Pensé que quizás en algún momento pudiera acceder a un matrimonio por su mano.

A ella le dio pena el rostro arrepentido y avergonzado de Ava. Sabía que era una niña y haría lo que sus padres le pidieran por su exagerada bondad. Lo malo de sus padres era que le habían enseñado a robar a una inocente.

—Se entiende que esta familia está en mis manos y, no lo digo por el hecho de que debo encontrar un matrimonio para mí, sino que debo hallar uno para nosotros. ¿Qué más difícil puede ser transitar por este camino? Estarían bailando gozosos si me casaba con algún magnate de las minas. No obstante, yo seguiré mi curso. Quiero ser parte de la aristocracia en el punto más alto...

—¡Caprichosa y egoísta! —exclamó su madre—. Hemos dado todo por ti y para que consigas tus objetivos.

—¡Es mi vida y la viviré como quiero! Ustedes no vivirán por mí ni yo lo haré por ustedes —enfrentó Agatha antes de abandonar el salón y dejar a aquellos miembros de su familia, plantados.

Cuán humillante era saberse pobre, pero su orgullo no cedía y menos sus añoranzas. Solo la miseria más absoluta la haría cambiar de parecer.

El rechazo del duque de Sutherland se hacía más doloroso al encontrarse en esa situación. Intentaba no pensar en lo terrible y aberrante que sería ver a sus padres en la ruina, yendo a otro país para huir de la vergüenza y llevándose a Ava con ellos.

Aquellos progenitores no eran dignos de criar a una niña como Ava, eran especiales para criar a hijas como Agatha, con una gran ambición de ser poderosa y de escalar.

¿Qué había de sus sentimientos más íntimos? Amar y ser amada. No lo había pensado. Su alrededor no era más que una apariencia y una gran mentira por mantener un estatus que ya no poseía. Nadie le dijo que debía darse a un sentimiento, solo que debía ser hermosa, refinada y ambiciosa.

Subir era la consigna. Creía que no se podía caer más bajo de lo que ella estaba, aunque era solo una ilusión, estaba muchos peldaños por debajo de lo que era en realidad.

Se encerró en su habitación para cavilar. Su situación era apremiante, pero no para hacer una

pésima elección. Podía en su desesperación escoger a cualquiera, aunque sabía a quién no iba a elegir y ese era Duncan Nalam.



Lady Sophia perdía el tiempo cada vez más con Duncan, estaba distraído y meditabundo. Para ella, él era un excelente joven, pero muy tosco e ignorante.

—¡Mira aquí! —gruñó molesta por sus esfuerzos que eran en vano para que comprendiera los números de su fortuna.

—Eso estoy haciendo.

—¿Entiendes algo de lo que dije?

—Sí. Las vacas dan crías que aumentan el valor de la hacienda.

—¡Y qué ocurre cuando muere una!

—Se pierde el valor... —replicó somnoliento.

—Es suficiente por hoy. Le pediré a Thomas que te ayude con el resto. Yo no puedo. Eres más de lo que la paciencia de una anciana debe tolerar.

—Lady Sophia, disculpe, estoy un tanto ausente.

—Sí. Tanto que olvidaste practicar la lectura. Serás el conde menos preparado de Inglaterra. Te timarán y se burlan de ti a mansalva. Si mi querido lord Sussex estuviera aquí, volvería a morir... —lamentó un tanto afligida.

—No diga esas cosas. He estado concentrado en otras cosas. Estoy más pendiente de cumplir con otras obligaciones distintas a los números. Quisiera un matrimonio...

—¿Con la serpiente? Entonces esperarás a que muera. Consentiré ese matrimonio el día en que ruegue por casarse contigo. Pienso que primero morirá mil veces antes de fijarse en ti. La comprendo en parte. Tan salvaje y poco inteligente. Cualquiera estaría dispuesta a huir despavorida. Sé qué tan atractivos son tus bolsillos, pero para algunas damas eso no es suficiente. No solo los caballeros buscan una mujer bonita para la descendencia, sino las mujeres deben velar por un buen futuro.

—Soy un buen partido. Usted lo ha dicho.

—Hasta que abres la boca. Todo tiene un inconveniente y, el tuyo es la ignorancia. Debes saber manejarte solo. Ninguna mujer querrá a un conde que será estafado por una gallina en un juego de cartas.

A Duncan le sorprendió la opinión que lady Sophia se había formado sobre su inteligencia. No podía hacer demasiado para no parecer un completo desastre. Solo podía acatar sus designios como lo haría un hijo o quizás un nieto.

Agatha Millford no lo dejaba vivir tranquilo. Después de probar aquel veneno que destilaban sus labios, no pudo quedar manso. Se pasaba cada noche imaginándola en su cama esperando a ser domada.

Sabía que a una mujer como aquella solo la podía tener por medio del matrimonio. Era una decisión un tanto difícil y quizás apresurada tan solo por el ardor del momento y, por pensar con la parte equivocada de su cuerpo.

Se ponía a repasar en la cantidad de veces que se había creído perdido por una muchacha, pero por Agatha estaba extraviado y deseoso de ser atacado por ella.

Aquella dama aún no había logrado traspasar su coraza con la lengua mordaz que cargaba y

esperaba que no lo hiciera, no sabía cómo un hombre del tamaño de su amor propio, podría superar el rechazo de esa beldad.

Capítulo 12

Agatha se quedó al menos por dos semanas sin salir de la casa por el más absoluto capricho de no querer hacerlo. Se pasaba el día sentada y mirando cómo pasaban los días desde esa ventana que tenía vista a la calle. Cualquiera diría que estaba enferma o cansada por cómo se pasaba suspirando y ahumando el vidrio.

—Es momento de que le levantes el castigo a nuestros padres —recomendó Ava que estaba acostada en la cama de Agatha leyendo un libro en una cómoda posición de panza abajo y los codos sobre el acolchado de la cama.

—Aún no te perdono a ti. Quemaste mi guardarropa.

—¡El fuego solo alcanzó a uno y era el que menos te gustaba! —exclamó la pálida joven en su defensa.

—Si no viniera rápidamente la casa se hubiere incendiado. No tenemos nada, Ava. ¿Crees que cuando la gente lo sepa me verán de la misma forma?

—No lo sé. No hablo con nadie aparte de nuestros padres y la servidumbre, imagino, lo crueles que pueden ser con alguien diferente.

—No hablamos de tu cara, Ava. Es el dinero del que siempre estuve presuntuosa. Tantas cosas y planes que hoy penden de un delgado y miserable hilo. Lo único que no deseo es casarme sin cumplir mis ideales. Quiero ser importante...

—¿No es más importante un buen matrimonio con buen pasar?

Ella se quedó callada ante la lógica de su hermana. No podía discutir aquella idea sencilla que tenía porque era muy práctica en su situación.

—Es a lo que tú aspirarías, sin duda, pero yo no. Yo quiero más.

—¿Acaso crees que lo mereces más que Mary Anne o lady Louisa?

—¡Soy más bonita!

—La belleza se marchita, entonces es algo efímero lo que deseas. Si tan solo tuviera tu belleza y tu suerte ya estaría casada con un buen prospecto —se burló su hermana cerrando el libro.

—No sabes lo que dices. ¿Crees que es fácil estar en mis zapatos? Debo volver a los salones con vestidos repetidos sin joyas hermosas para conquistar a un duque. Es difícil, aunque me creo capaz de hacerlo. Soy avispada y encantadora.

—Y mala...

—Ava...

—Yo elegiría a quien desea estar conmigo y no a quien me huye. Es tan simple. Quizás el amor llegue con el tiempo...

Agatha bufó al escuchar las palabras de su ahuecada hermana menor. Todos aquellos libros estaban volviéndola más tonta y soñadora a cada día.

—Si en algún momento te presentan en sociedad sabrás que no todo es tan sencillo. Es cruel y debes ser igual a los demás para tener las mismas oportunidades. Deja de pensar en pájaros que llenan tu cabeza de plumas inútiles...

Ava tomó su libro y se retiró de la habitación de Agatha.

Ella no dejó de dirigir sus ojos a la ventana hasta varios minutos después de que se fuera su hermana. Se levantó y miró su pobre alhajero. Tomó unas joyas y las llevó a la cama. Después

abrió su guardarropa que estaba un poco quemado por la vela que había dejado caer Ava el día en que se enteró de la pobreza de su familia.

Desde aquel momento nada fue igual. Ella ya no era como antes, pero perseguía lo mismo, aunque sin la misma perseverancia que el principio. Necesitaba ser una duquesa pronto para salir del apuro en el que estaban.

De ese guardarropa sacó uno de sus vestidos de la temporada anterior y también otro de la actual y los comparó.

Sonrió al tener una buena idea de aprovechar la tela de la temporada pasada para hacerle unas modificaciones al vestido y dejarlo como si estuviera nuevo.

Tenía habilidades de costura en las que su madre había insistido mucho para que obtuviera una buena distracción cuando fuera una mujer casada. No estaría siempre en un té de la tarde, en alguna fiesta de jardín o en un paseo.

Les diría a sus padres que esa noche saldrían. Ella podía seguir fingiendo que pertenecía a un estatus en el que por desgracia no se encontraba. No entendía de negocios y nunca le interesó porque su padre no había tenido intención de mostrarle nada a ningún miembro femenino, porque no había forma de que esas cosas pararan en sus manos, eran mujeres.

Junto a la ventana con unas tijeras, aguja e hilo, comenzó su camino para regresar a los salones de Londres. Con la mente fría, consciente de su realidad y de sus necesidades, iría preparada y decidida a una victoria.

Por la noche, Duncan volvió a suspirar cansino. No había visto a Agatha Millford en ningún lugar, se la había tragado la tierra. En *Almack's* no le habían dado razón de ella. Pasaba sus días aburrido aprendiendo cosas que no le resultaban atractivas y, sus noches estaban supeditadas a conocer muchachas que lady Sophia junto con su amiga le presentaban.

Todas para él eran hermosas. Tenía un problema para escoger. No se decidía por ninguna porque en su mente solo vivía la persona que lo despreciaba. Agatha era como algo que debía alcanzar. Era una yegua difícil de domar y hasta ese entonces ningún caballo se le había resistido. Tenía su mente fija en la cacería de esa dama.

Antes de perder por completo la esperanza de saber de ella, la vio saludando a unas damas. El tiempo que él estuvo perdido en sus pensamientos, Agatha estaba deslumbrando a los asistentes con su presencia.

No estaba equivocado en cuanto a lo que pensaba de ella. Era soberbia, altanera y prepotente porque tenía lo suficiente para serlo. No aceptaba menos de lo que creía merecer.

Iba a acercarse para conversar con los mismos invitados que ella, sin embargo, al verlo, la muchacha se despidió apresurada.

Él comprendió que su presencia no le era grata a Agatha. Tenía un camino difícil de recorrer para domar a aquella mujer.

Agatha suspiró al salvar su paz de aquel hombre impertinente que la perseguía. Al observarlo le vinieron a la mente los recuerdos de semanas atrás, por culpa del beso que tuvo que compartir obligada con aquel.

No quería estar cerca de él. No debía exponerse a alguien que no la respetaba y que deseaba cosas extrañas con ella. Su mirada penetrante la incomodaba. Cuando miró hacia su izquierda, vio al duque de Sutherland conversando con una pareja que era conocida de ella. Esa era una valiosa oportunidad de ponerse a disposición del duque y bajo la presión de aquellos, ella pudiera tener la forma de alzarse con un hombre prestigioso.

—Buenas noches, señor y señora Martins, excelencia—saludó con una reverencia que los

demás correspondieron.

—Señorita Millford, no la había visto en días ¿Qué le ocurrió? —indagó la señora Martins.

—Fue un fuerte y desafortunado resfrío. —respondió sonriente—. Cualquiera diría que me ocurrió algo peor después de que el duque prefiriera a mi querida amiga Louisa para bailar y no a mí... —comentó con ánimo risueño.

—¿Es cierto eso, excelencia? —indagó el señor Martins.

—Dista mucho de ser verdad, aunque se le asemeja bastante. Solo soy uno y ellas eran tres hermosas damas —adujo el duque, disculpándose.

—Entonces puede invitar en esta ocasión a la señorita Millford, excelencia. No puede usted dejar a una muchacha tan desalentada —instó la señora Martins.

Winston no tenía inconvenientes para cumplir con cualquier dama. Era un caballero educado y refinado, gustoso de pasear del brazo de bellas féminas.

—Será un placer ser su pareja esta noche, señorita Millford —mencionó Winston, enseñándole su brazo para que lo tomara.

Capítulo 13

Ella tenía una radiante y encantadora sonrisa mientras danzaba junto. Winston. El carismático y brioso duque de Sutherland, era grácil y envolvente con su educación.

Duncan los había visto ir para bailar y desde ese entonces, no había separado sus ojos de ellos. No se sentía inferior al duque. Él había comentado al observar sus libros contables que tenían un caudal de dinero muy parecido.

Winston era diestro en todo lo que emprendía. Era adinerado y con un buen título que lo respaldara, era agraciado por donde se lo viera y refinado hasta el punto de ser quisquilloso en algunas cuestiones. Lady Beatrice no hacía más que quejarse sobre sus buenos modales inclusive con delinquentes. Aquel era el caballero perfecto.

Lo único que lo hacía diferente al duque era la educación de la que carecía, por el resto tenía dinero, posición, título, era agraciado, pero le faltaba aquel refinamiento al que se negaba día con día y noche tras noche.

En lo único que podía pensar en aquel instante era que moriría con el meloso encanto de ambos, si continuaba alimentando a su curiosidad viéndolos. Había damas muy bonitas aguardando para bailar y él podía ser la salvación de una noche aburrida.

—¿De qué viaje ha vuelto? Debió ser uno muy largo, no lo vi en la primera temporada en la que fui debutante —comentó Agatha para que la conversación se mantuviera y no decayera.

—Pasé por varios países. Me sentí aburrido de Londres y, en ese viaje me traje a Frances a quien debo mostrarle lo que necesita para ser un buen hombre. Es tan joven y si no tiene la orientación adecuada dilapidará la fortuna que tiene —respondió con pasividad.

—Comprendo que debe ser una encomienda difícil encargarse de un joven duque. Mi hermana Ava también necesita de orientación y creo que no está en el lugar adecuado para que se la den.

—¿No va a una escuela para señoritas?

—Mi madre creyó conveniente tenerla en casa. ¿No ha oído que algunos jóvenes entran por la ventana de las habitaciones de los internados para señoritas?

—Es muy probable que alguna vez haya participado en un evento como ese. Por supuesto, que sin ánimos de ofender a ninguna dama. Cuando uno es muy joven tiende a tener malas compañías.

—Es cierto. La experiencia suya es la que servirá a su pupilo.

—Es eso lo que pretendo. No lo quiero inmiscuido en alguna tontería. Quiero enseñarle cosas que le servirán al igual que me sirvieron a mí, aunque, sin haber pasado por eso. Mi deseo también es ayudar a un nuevo amigo que hice estando en Londres.

—Es muy bueno hacer amistades.

—Sí, el conde de Sussex necesita de una buena mano para poder administrar sus posesiones.

Agatha sintió una punzada en la cabeza al escuchar la mención de ese caballero. De nuevo el recuerdo de aquel encuentro indeseado hizo que un calor extraño se le subiese a la cabeza. Se había puesto colorada y en su frente podía notarse que parecía acalorada.

—El domador de caballos —insinuó un deje de desprecio en sus palabras.

—Sí, es él. Es un hombre amable, honesto, quizás un poco caprichoso, pero creo que su encanto radica en su mote de domador de caballos. A más de una dama de este salón le agrada.

Winston quería ser un poco más exagerado con sus palabras, sin embargo, insinuar que varias

damas deseaban ser domadas por Duncan sería un arrebatamiento indebido para comentárselo al objeto de los deseos de su amigo.

Ella no sabía qué decir con respecto a todo lo que había comentado Winston. Tenía una opinión muy diferente y por sobre todo afectada, sobre ese hombre. Todo lo que le dijeran de él hacía que su sangre hirviere. No quería quedar mal con el duque y por eso le seguiría el paso en la conversación.

—Quizás sea un tanto atrevido ese amigo suyo, excelencia.

—Me temo que no es así, de lo contrario, hubiese declarado sus intenciones de desposar a una de las damas más hermosas que ha visto la sociedad...

—Me alegro por su amigo de que haya tomado tal decisión... —replicó nerviosa, perdiendo el paso en la danza.

Se desconcentró y también hizo que Winston le siguiera en el mal paso.

—Lo siento, excelencia... —se disculpó apresurada por la vergüenza, a lo que él solo le dio una sonrisa que parecía ser un bálsamo tranquilizador para su estado nervioso.

Su situación, su familia y aquel conde del infierno, eran una mezcla mortífera para cualquier razonamiento. Aquel caballero que estaba frente a ella era su solución para todo.

Duncan bailó con la infortunada hija de un aristócrata. La pobre parecía un becerro recién nacido y que aprendía a caminar. Era asustadiza y callada, pero a él le resultó agradable. Después de dejarla y observar a Agatha que seguía con el duque conversando cerca de la mesa del tentempié, decidió unirse a la plática.

—Buenas noches —saludó por detrás de la espalda de Agatha.

—Mi buen amigo Duncan. Estaba conversando con la señorita Millford sobre la educación. Ella tiene una hermana que no va a la escuela de señoritas, quizás porque es muy joven.

—Buenas noches, milord. Creo que mis padres requieren de mí... —excusó fingiendo que los veía hacerle unas señas.

—Es a mí a quien requieren en aquella tertulia. —interrumpió Winston para dejarlos solos—. Volveré pronto...

Duncan se paró frente a Agatha y ella alzó los ojos desafiantes hacia él.

—No la vi en días... —expresó Duncan con suavidad.

—Estaba enferma.

—¿No será por el beso que le di?

Ella se sonrojó y miró a los costados. Acto seguido, frunció frente y alargó los labios.

—Comprendo que no es un lugar para hablar de eso. ¿Gusta acompañarme al jardín?

No respondió solo emprendió la salida por una puerta. En el jardín muchas personas paseaban y montaban conversaciones, no los relacionarían cerca de otros.

—No quiero que vuelva a mencionar eso. He sido ultrajada en mi orgullo por un orangután vestido con elegancia. Usted jamás será un caballero, yo lo odio, lo odio y lo odio... —reprendió respirando con dificultad después de la vehemencia de esas palabras.

—¿Tantas cosas malas ha visto en un beso solo porque fui un domador de caballos? No siento vergüenza de mi pasado porque es lo que amo hacer. Los caballos son mi vida.

—¡Pues vaya con uno y deje de molestarme!

Él metió la mano en su levita y le mostró una hermosa gargantilla de esmeraldas.

—Ante su ausencia he pensado en usted y me pareció adecuado demostrarle mi interés con un presente. Supondrá, que con esto no estoy queriendo seducirla ni mucho menos insultarla. Para usted podría representar solo un caballero terco, pero esto va más allá de eso. Estoy fascinado y

no puedo dejar de pensar en su gracia y su belleza...

Tenía los ojos puestos en esas esmeraldas eran hermosas, pero el problema era de quien venían. Llevó su mano izquierda hacia su boca y mordió su dedo índice después de doblarlo.

Podía ponerse egoísta y tomarlo, insultarlo y quedarse con la joya, sin embargo, lo que deseaba era desalentarlo.

—He visto mejores. Es un mozo de cuadra sin gusto alguno.

Los ojos de Duncan salieron de sus órbitas por lo que dijo. El precio que había pagado por esas esmeraldas era una fortuna.

—Si no tiene el valor suficiente, quizás debería tomar en cuenta el detalle. Por lo que noto, sus gustos son más refinados...

—¡No! —gruñó entre dientes. Él no estaba comprendiendo—. No me siento halagada por sus joyas, ni por sus palabras toscas y faltas de educación. Es un ignorante que aspira a más de lo que merece...

—Ya veo... —declaró Duncan con fastidio—. No me duelen sus rechazos, me desagradan sus mentiras. Sé que mi beso es lo más dulce que ha recibido su amarga boca.

Agatha tenía la quijada en el suelo por lo que le dijo.

—¡Sabía que era un grosero y...!

Ella no terminó de decirlo porque tenía a Duncan de nuevo pegado a sus labios. Estaba con los ojos abiertos y las manos igual por la sorpresa de ese ataque.

Él no tenía forma de callar las barbaridades que salían de la boca de aquella mujer. Solo haría lo que calmaba a las damas con las que solía tener desavenencias, con la diferencia de que a aquella no podría llevársela a la cama.

Una vez que se sintió que su integridad corría el riesgo de volver a ser golpeada se alejó de Agatha.

—Un insulto más y esto irá a mayores, señorita Millford.... —la amenazó arrojando la joya al suelo frente a ella.

Capítulo 14

Agatha quedó temblorosa y con los ojos llorosos. No quería pensar que estaba pagando todo el mal que había hecho en su corta vida y, que por eso era perseguida por aquel hombre que le desagradaba.

No había razones reales para que le incomodara, pero no podía, tenía prejuicios con respecto a las clases sociales. Aquel nunca debía enterarse de que estaba urgida por casarse. Cuando iba a volver al salón, recordó la joya que el conde aventó al suelo. Se agachó para tomarla y la metió en su ridículo. Al menos podría servirle para otras cosas a su familia.

Se sentía como una ladrona. Estaba igual que Ava. Era incomprensible su actitud. Tomaba un presente del hombre al que rechazaba por ser haber sido pobre. Él era rico y ella la necesitada. Qué humillación. No podía dejar ir al duque de Sutherland, ese era la esperanza para su futuro.

Duncan volvió al salón y lo atravesó hasta la salida para buscar su carruaje.

—¡Oye, Duncan! —exclamó Thomas al verlo pasar junto a él como un rayo. Aún le debía su caballo.

—Ya está por llegar tu caballo, Thomas. Ahora me iré.

—¿Por qué te vas tan intempestivo?

—Esa mujer. —señaló hacia el salón que dejó atrás—. ¡Quiere humillarme!

—Debe tener una relación cercana con la familia Ross —meditó.

—No pensé que galantear en los salones de Londres fuera tan difícil.

—No estás seduciendo criadas, estás intentando casarte con una serpiente de las muchas que abundan aquí. No se cómo lady Sophia no te ha preparado para lo que significa este lugar. Es horrible, un nido de diabólicas criaturas.

—Sí, eso es Agatha Millford, una diabólica criatura.

—Entonces ¿Crees que vale la pena irte?

—Sí. Porque perdería los estribos e iría a estrangularla con la preciosa joya que aventé como si fuera un pedazo de porquería. Soy un idiota...

Thomas no negó que lo fuera, ni tampoco asintió para asegurar que así era.

No esperó a que su carruaje fuese a buscarlo. Estaba muy enojado. Cuántas cosas más podían salir de aquellos labios que le gustaban.

Se preguntaba ¿qué estaba haciendo mal para no ser merecedor de sus atenciones? Quizás Winston o Thomas tuvieran la respuesta, pero en el estado en que se encontraba no sabía lo que deseaba. Una parte suya que era vengativa, deseaba que Agatha cayera en desgracia y poder humillarla hasta que le rogara amor. Y la otra parte, era seguir siendo paciente y buscar de buena forma su afecto.

Sorprendió a su cochero y le pidió que regresarán a su vivienda donde se encerró en la habitación con una botella de brandi. No era asiduo a la bebida, aunque en esa ocasión deseaba salirse de la normalidad. Pensó también en ir a buscar compañía y sofocar sus frustraciones con alguna mujer licenciosa. Era en momentos como ese que deseaba volver a la hacienda y dormir bien acompañado con alguna que otra doncella.

Danna le había dado una despedida inolvidable. Recordaba haber sido el primero en su vida. Ella era amable y sentía afecto por él. Quizás fuera el momento de pedirle a Thomas que le

cediera a su criada.

No pudo beberse dos copas de brandi sin marearse y quedar por completo dormido en su sillón en lugar de su cama. Era lamentable observarse hasta dónde cayó por una atracción insana.

Por la mañana, se levantó con un dolor de cuello y bajó para desayunar con lady Sophia que ya lo había crucificado con la mirada.

—¿Qué te ocurre? Espero que estés de buen ánimo para dejar la tontería —reclamó la condesa viuda.

—Tengo dolor de cabeza, cuello...

—Y orgullo, supongo.

Él se sentó en la cabecera de la mesa y colocó su cabeza sobre el plato.

—Una joya tan cara, para alguien que no te da una sola oportunidad de acercarte. ¿Qué hay de Mary Anne? No, tú estás empeñado en aquella serpiente. Ya me encargaré yo de esa mujer. Estoy cansada hasta de ver los comprobantes de compras tontas que hiciste. No sabes administrar tu patrimonio, pero sí derrocharlo.

—Prometo aprender...

—¡Cuándo! Supongo que después de domar al revoltoso caballo que llegó esta mañana.

—¿Ha llegado el caballo de Thomas?

—Sí, relinchando.

Levantó su cabeza y con una sonrisa fue para ver al dichoso caballo que había mandado traer. Cuando llegó a las caballerizas, solo pudo sentirse satisfecho.

—Thomas, Thomas, Thomas... —murmuró rozando sus manos, orgulloso de aquella adquisición.

Aquel era un purasangre de los mejores. Era esbelto de color caramelo, traído desde muy lejos.

—Es un Demonio, milord —dijo uno de los encargados de sus caballerizas.

—¿Es salvaje?

—El más salvaje de todos. No se deja montar por nadie.

—Pues lo tendremos aquí para llevarlo a Ascot.

—Sí, milord. Solo esperamos no morir bajo sus patas.

Aquel animal era muy arisco, engreído y desconfiado. Duncan pensó que tenía la transcripción animal de Thomas.

Lo contempló durante un buen rato antes de tomar a su caballo y que hiciera una rutina para no estar tan aburrido en ese encierro. Thomas le había dejado de regalo su consentido caballo. *Wolf* era negro como la noche y calmo como el agua de un estanque.

Tenían un vínculo especial desde que era un potrillo y, desde ese entonces, no se había separado. Lo tenía abandonado a causa de lady Sophia y sus interminables clases para convertirlo un buen administrador.

A veces pensaba que no lo iba a lograr, no escribía como debía y no sabía leer del todo. En cualquier momento podía ser timado, era por eso que solo se concentraba en sus conocidos de confianza y no en los demás.

El tiempo sobre *Wolf* pasó como si fuese un suspiro y lady Sophia perdió la paciencia en la espera.

—¡Ya baja de esa bestia! ¿No piensas venir? Serás siempre un salvaje si sigues así, Duncan.

—¡De qué me sirve la educación si pierdo esta libertad! —incredulo sonriente.

—¡Perderás la libertad porque yo me voy a morir y tú no sabrás cuántas miles de guineas

tienes!

Uno de sus mozos abrió la tranca del corral donde estaban Duncan y su caballo. *Wolf*, apoyado por su jinete, salió disparado rumbo a las calles de Londres.

Lady Sophia quedó mordiendo el polvo y tomó la decisión de que eso se acabaría muy pronto. En casa de la familia Millford, Agatha le enseñó a Ava la joya que recogió del suelo.

—¡Es hermosa, debe valer una fortuna! —exclamó tomando la gargantilla—. ¿De dónde la conseguiste?

—Ese conde me lo obsequió.

—¡Oh, Agatha! ¡Estamos salvados! Si pudo darte esta joya, significa que tiene dinero a manos llenas.

—No me importa su dinero...

—¡Agatha, por favor!

—Es un mozo de cuadra, es horrible...

—Entonces espero que no se case con nadie para que yo me ofrezca en sacrificio para un matrimonio —mencionó su hermana colocándose la gargantilla en su fino cuello.

—No todo es malo. Anoche bailé con el duque. Ha resultado ser encantador.

—Pero él no te ha regalado nada...

—Estamos comenzando a conocernos. La paciencia es la reina de las virtudes.

—Y tú no la tienes...

—¡Ava! —reprochó haciendo huir a su hermana de la habitación.

Se acercó a la ventana para abrirla y que entrara un poco de aire para hacer que se le pasara el coraje que dejó Ava en ella.

Era testaruda como mula. No importaba cuánta razón tuviera su hermana pequeña, ella era quien debía tomar la decisión, aún estaba a tiempo de elegir a quien apuntar sus esfuerzos.

Mientras miraba por la ventana, vio a un caballo negro pasando veloz frente su residencia. Parecía que quería jugarle una mala pasada el destino, pues creyó ver al conde como el jinete. Tenía que dejar de pensar en él, a lo mejor lo atraía con sus pensamientos y ella no quería aquello.

—¡Padre, madre! —exclamó la niña, bajando apresurada las escalinatas de la casa.

—Tengo dolor de cabeza, Ava —replicó su madre tapándose los ojos a la vez que recostaba su cabeza en el espaldero del sillón.

—Miren —pidió señalando a su cuello—. Este collar es de Agatha...

Su padre dio un salto desde el sillón y fue a mirar, mientras, su esposa sacó el brazo de encima de sus ojos.

—Esto no lo he comprado yo ni en mis mejores tiempos... —comentó el señor Millford.

—Se lo regaló ese conde al que tanto odia. Yo creo que solo se está haciendo la importante. Solo miren lo que le ha dado siendo grosera... —pronunció Ava.

—¡Válgame el cielo, querido! Tú no tienes tan buen gusto para las joyas —reclamó su esposa también perdida en los detalles de la gargantilla.

Su esposo la miró con reproche.

—¿Lo venderán? —indagó la muchacha.

—¿Qué más nos queda por hacer? Tu hermana no lo quiere.

—¡Con eso podremos salvar la temporada si lo administramos de buena forma! —sopesó feliz su esposa.

—Espero que a ese conde no se le ocurra preguntar por el presente en un futuro... —rio Ava, viendo con una gran sonrisa de tranquilidad a sus padres.

Capítulo 15

La familia Millford dio por hecho que Agatha no desearía esa valiosa gargantilla y sin perder mucho tiempo la ofrecieron a un comprador.

Ella había olvidado la joya en aquellas semanas que sucedieron a ese acontecimiento. Tenía sus esfuerzos puestos en el duque de Sutherland que para su fortuna no le había sido indiferente. Si bien, no le había dado ninguna presea, estaba presto a bailar con ella y acompañarla frente a los demás en las noches.

Sobre el conde de Sussex no podía dar mayor comentario, pues evitó quedarse en un solo lugar para ser abordada.

En ese tiempo, también, ocurrió el matrimonio de Melissa Ross y ella no fue invitada, conocía la razón para no serlo. Annie Western le había comentado sobre la fiesta y los invitados. Sacó a colación de que había ido el conde de Sussex, pero no así el duque de Sutherland. El marqués y el duque no tenían buenas relaciones que desearan mantener ni por educación.

La situación en su familia también pareció calmarse. Dejó de oír las quejas por no estar aún comprometida.

Temía al momento en que aquellos reclamos regresaran. Aquel solo era la calma que antecedería a la tormenta. Tenía que dar la información necesaria al duque para que él pidiera su mano antes de que supiera que estaba en quiebra.

Esa noche le diría con indirectas lo que pretendía. Solían quedarse a solas a conversar en los balcones y, pese a la reputación que precede al duque, él no había demostrado mayor intención que el de una plática convencional.

Si era una noche especial debía buscar lo mejor que tenían entre sus prendas. Hizo varias costuras para agregarle cosas a sus vestidos y que estos se vieran diferentes. Consiguió buenos resultados que se notarían a la vista.

Después de ver sus prendas, miró en su alhajero para buscar algo que resaltara su belleza. Su mente recordó que poseía cierta joya que era indeseable, pero un presente era eso, y no portaba de quién venía.

—¿Dónde está esa gargantilla? ¡Ava! —llamó a su hermana, buscando una respuesta a sus dudas.

—¿Qué se te ofrece, Agatha? Tengo que abrillantar lo que queda de la platería.

—¿Dónde está mi indeseada gargantilla? Tú la tenías por última vez.

—Se la di a nuestro padre y la vendió. ¿De dónde crees que viene esta calma momentánea?

Agatha cerró la boca con ambas manos. Fue tan descuidada al dejar la preciosa joya cerca de su necesitada familia. Fue como ponerles agua en el desierto.

—¿No me digas que la requieren?

—No me la pediría. De hecho, no sabe que la tomé del lugar en que la arrojó. No tengo nada valioso que ponerme esta noche.

—Lo siento, Agatha...

—Olvidalo, es un hecho, yo olvidé que existía esa joya.

Colocó las pocas alhajas que le quedaban para escoger. Casi podía jurar que se vería igual que siempre.

Durante la noche Winston estuvo acompañado de Duncan, quien con el tiempo fue dejando de dirigirle las palabras.

—Estás a mi lado y no me hablas, Duncan...

—He esperado que lo notarás. Pensé que tenía posibilidades de conquistar a Agatha Millford, sin embargo, tú estás metido en su corsé en cada baile —reclamó Duncan.

—Mientras más alto el vuelo, mayor es la caída, milord. Tú solo espera. Me agrada disfrutar de la compañía ajena. Soy conocido por gustar de las damas y de andar llevándolas por cada rincón. La señorita Millford no es diferente en ese aspecto.

—No sé qué creer de ti...

—Sé paciente para el aprendizaje de la vida, mi buen amigo. ¿Tú deseas un gato salvaje o una mansa gatita?

Duncan no podía entender bien los movimientos de Winston. Era sigiloso, amable y educado. Cualquiera se podría enamorar de un caballero de su clase. Le gustaría ser alguna vez como él, que más se parecía en lo grosero a Thomas.

Ese tiempo había sido muy movido para él. Entregar al caballo y dejar a Thomas para que se casara, no solo fueron semanas, sino meses. Ese tiempo se quedó rezagado con Agatha, que lo evitó por todo lo alto. Ya no había recibido una grosera respuesta, solo fue ignorado por aquellos altaneros ojos. Lady Sophia esperaba a que terminara la temporada social. Tenía como próxima parada la casa de campo para calmarlo y que se concentrara en hacer números que le facilitarían la vida.

Aprendió algunas cosas nuevas mientras añoraba obtener una atención por parte de Agatha. La lectura era algo en lo que debía enfocarse más. Desconocía los aspectos legales de un papel y era importante que lo supiera.

Cuando vio que Winston hizo una seña hacia la puerta de entrada, él le siguió con los ojos. Era Agatha, entrando al salón tan bella como siempre, aunque sin la joya.

Cada velada esperaba verla con aquel collar, sin embargo, no lo hacía. Tanto era el desprecio a sus atenciones para ni siquiera lucir la joya que valía una pequeña fortuna.

—Esta vez me gustaría saludar a la señorita Millford, Winston.

—Vamos por ella, conmigo no te hará un desplante.

Agatha al ver a ambos caballeros acercarse, presumió que no sería nada bueno. El conde de Sussex no se rendía, pero ella no se dejaría atrapar por ningún domador. Tanto que él deseaba compararla con un caballo, ella sería a quien jamás podría domar.

—Buenas noches, señorita Millford. Es un placer verla —saludó Duncan, queriendo tomar la mano de Agatha, pero ella no se la había pasado, solo le hizo una inclinación amistosa.

—Excelencia, buenas noches. Milord... —mencionó ella en respuesta al saludo que Duncan le hizo.

Para mayor humillación, saludó a quien no la había saludado y lo omitió casi por completo.

—Lady Beatrice ha querido conversar con usted sobre su hermana. Me comentó sobre su extraña condición.

—¿Sobre Ava? Ella no tiene nada...

—Oh, debe ser que lady Beatrice tiene problemas por la edad. Está muy vieja —sopesó Winston, pues él desconocía lo que la mujer le comentó en el desayuno.

—Sí. Es probable, aunque sin dudas pasará junto a ella.

Claramente inadvertido, Duncan hizo una reverencia y se alejó. ¿Cuánto más podría soportar los rechazos de esa dama?

La obstinación compulsiva por ella era lo que estaba matándolo. No deseaba seguir de esa manera.

—Disculpe a Duncan, me parece que ha olvidado algo —dijo Winston para disculparse, aunque ambos sabían que eso no hacía falta.

—Es un salvaje, nada bueno se puede esperar de un antiguo peón...

—Quizás tenga razón. ¿Me acompaña a un baile?

Agatha encantada tomó el brazo que Winston le ofreció. Bailó con él varias piezas. Decían por ella que se convirtió en la predilecta del duque. También se rumoreaba que ellos terminarían casándose por ser una pareja que se prefería.

Aquellos rumores agrandaban más las ínfulas de Agatha, que consiguió congraciarse con el más grande partido de todos los tiempos.

Como era costumbre de ambos, salieron al balcón cada uno con una copa en la mano.

—¿Vio cómo Louisa es tan torpe? Pareció tropezar al verlo.

—Me temo que lady Blackbourne es un tanto temerosa —asumió Winston.

—A mí me parece que oculta cosas. Nadie sabe de su familia. No se los ve y, solo la trae el cochero... —contó Agatha.

—Es interesante... —siguió el duque, llevándose la copa de brandi a los labios.

Ella lo vio tranquilo y disipado. Pensó que aquel podía ser el momento para decirle que estaba lista para ser su esposa después de compartir aquellos tiempos juntos. Tantos bailes y paseos por los salones, no podían acabar en otra cosa que una pedida de mano.

Suspiró para llamar la atención del caballero.

—¿Está cansada? —indagó.

—No. Es solo que... ¿Escuchó lo que corre en los salones sobre nosotros?

Una sonrisa ladina se colocó en el rostro de él y asintió.

—Sí, hay rumores de boda...

—¿Y qué opina usted sobre eso?

Él bajó su copa y se acercó a ella. Tomó el mentón de Agatha como para besarla.

—Opino que es...un completo disparate. Yo nunca me casaría con alguien cuyos modales para con los demás dejan mucho que desear. No confunda mi educación con interés. Deje de andar como un perro sin dueño. Vaya por quien puede apreciarla por cómo es y no detrás de quien solo va a despreciarla...

Al acabar de decir aquello, tomó un beso de los labios de ella y se alejó.

—Espero que nuestra amistad pueda continuar después de esto. Me gusta como baila, señorita Millford...

No pudo contener su vergüenza y se escabulló con prisa pasando entre otras personas para salir hacia el jardín por otro sitio.

Winston se carcajeó de ella y la siguió con la mirada, mientras se echaba a correr al oscuro jardín.

Agatha se quedó cerca del palacete que tenía una enredadera. Se limpió los ojos y se abrazó.

Había sido engañada por el amigo del conde y estuvo gastando energías en alguien que no la tenía en cuenta. Lo lamentó profundamente porque sabía que todo ese tiempo perdido no lo podría recuperar.

Capítulo 16

Duncan vio a Agatha abandonando a Winston de manera apresurada. Sintió la tentación de correr tras ella, sin embargo, prefirió mantenerse al margen. Él no necesitaba que lo volviera a humillar dos veces en una misma noche.

—La muchacha no tolera las negativas. —musitó Winston, suspirando—. Solo quiere que se haga su voluntad y, no porque ella quiera le pediré matrimonio. Creo que estoy muy joven aún...

—¿Te ha pedido matrimonio? —increpó, sorprendido.

—No de manera tan evidente, pero sí de una forma sutil. Le dije que se quisiera un poco más.

—¿Qué ella se quiera un poco más? No hay más amor en el mundo que aquel que se tiene.

—Estás en un error. Porque no se estima es que persigue a quien no la quiere. Tú deberías amarte un poco y dejarla ir. Aunque pienso que la perseverancia es la clave para el éxito, existen situaciones donde es mejor darse por vencido y conservar el orgullo. Si algún defecto tengo es mi adorado orgullo.

—¿Puede alguien sentir fascinación por alguien como ella?

—Por supuesto. Es una excelente compañía, hasta que puedas llegar a creer que de egoísta no tiene nada. Está acostumbrada a hacer su voluntad, tal vez esta lección la ayude a ser humilde.

—Es lo más probable...

—Te invito mañana a recorrer algunos lugares junto a Frances.

—¿Qué lugares son esos?

—Joyerías. Lady Beatrice no nos deja dormir por su broche perdido. Ha pasado mucho tiempo del asalto y es probable que se esté vendiendo en alguna joyería o un lugar de esos.

—Sirve para distraer la mente un poco, los acompañaré.

Por lo que siguió de la noche, Duncan tuvo la mente ocupada para seguir preocupado por Agatha, quien regresó al salón tan solo a disculparse con los presentes y poder retirarse, para gran sorpresa de sus padres.

Winston y Frances pasaron muy temprano por la residencia de Duncan. Pese a las negativas de lady Sophia, pudo imponerse y salir de la casa, con la promesa de regresar y tomar sus lecciones.

—Hemos recorrido mucho, Winston. ¿Crees que vamos a encontrar algo? —indagó Frances, cansado por el exhaustivo recorrido.

—Este recorrido lo haremos con frecuencia. Nuestro estimado delincuente tuvo ya que haber vendido esa joya —estimó Winston.

—Puede que quizás la haya vendido en otro país. ¿Podría ser un tonto para venderla en Londres? —cuestionó Duncan.

—No me había puesto a pensar en ese detalle. Entraremos por último a este negocio, no perdemos nada —musitó el duque, bajando.

Pasaron a una lujosa joyería. Todo lo que veían era muy bonito y valioso. Como el resto, Duncan buscaba el broche y, su mente estaba concentrada en buscar ese tipo de joyas, pero sus ojos, viajaron a una que era peculiar: Una gargantilla de esmeraldas.

—Esta gargantilla...

—¿Está interesado, milord?—preguntó el sonriente joyero.

—¿De dónde la quitó?

El hombre colocó una expresión más cauta en el rostro.

—Responda —insistió Duncan.

—A veces recibo joyas usadas, las pulo y las vuelvo a vender. Esta estaba nueva cuando me la trajeron...

—¡Quién se la trajo! —inquirió, amenazante.

—No puedo dar información de mis proveedores...

—Duncan, calma —pidió Winston tocando el pecho de su amigo que parecía alterado por esa joya.

—¡Hable! Pagaré lo que sea por esa joya y el nombre de quien se la vendió —pronunció Duncan, decidido a saber cómo llegó hasta ahí lo que compró para Agatha.

—Primero pague y luego se lo diré...

Duncan tomó al hombre de las prendas para amenazarlo. Frances y Winston intentaban que no perdiera la compostura, aunque era inútil.

—Lo golpearé hasta que le salgan los dientes. Por última vez le preguntaré ¿quién le vendió esta joya?

—¡El señor Millford! Siempre trae joyas y otras cosas para vender. Se corre el rumor de que no pudo recuperarse de una crisis y está en la quiebra. Pagué mucho por ella...

Él empujó al joyero detrás del mostrador y se alejó un poco.

—No ha pagado más que yo. Se lo aseguro...

Abandonó la joyería dejando a sus acompañantes en aquel lugar. Estaba furioso. Primero, pensó que Agatha no deseaba usar su joya, luego, que no la había tomado del suelo. Su sorpresa al ver la gargantilla en ese lugar no la podía superar. Era ofensivo.

—¡Oye, Duncan, espera! —rogó Winston, agitado por seguirlo.

—Se la regalé a esa serpiente...

—Escucha atentamente... Es tu oportunidad de quitar venganza de esto. Está en la quiebra y no puede ponerse quisquillosa. Es la ventana que se te abre para tenerla en tu mano. Te convertirás en un domador de serpientes.

—No lo sé. Estoy enloqueciendo. Quiero ganarme sus atenciones, pero no lo logro.

—Solo piénsalo. Habla con la muchacha sobre la joya...

Negó con la cabeza y regresó a pie a su casa. Extrañaba su vida sencilla en el campo, solo pensando en el mañana y en ningún otro día más.

Maldita la hora en que apreció lady Sophia y lo convenció de que su vida mejoraría con el dinero y la posición. ¿Qué le dio el dinero y la posición? Nada. No había ganado una sola cosa de lo que le prometió la mujer. Por el contrario, perdió el juicio por una muchacha que lo rechazaba por ser un domador. Quería renunciar a todo y volver a ser el mismo de antes. Odiaba Londres y a los que habitaban en él.

Podía ser su culpa el sufrimiento por solo aferrarse a una dama que lo ignoraba y humillaba, aunque como dijo Winston, aquella podía ser la ventana de oportunidad de calmar a la fiera y lograr que lo quisiera.

Si lograba casarse con ella, le enseñaría que no tenía defectos, al menos, no de aquellos que requirieran de una atención inmediata.

Agatha se negó a salir de la habitación todo el día. También no quiso comer nada. La vergüenza se apoderó de ella y la estaba carcomiendo.

No tenía un prospecto real y el buen pasar de su familia pronto terminaría. Lloró acompañada de su pañuelo desde que llegó y aún continuaba así, sus sueños estaban rotos por causa de ese duque sinvergüenza.

—¿Agatha? ¿No vas a comer? —preguntó su hermana del otro lado de la puerta.

—¡No quiero!

—No se puede comer el orgullo. Déjame pasar.

Ava no escuchó ninguna aprobación, aun así, entró. Se acercó a su Agatha que estaba con su camisón acostada en la cama. No había visto a su hermana de esa manera nunca.

—¿Estás bien, Agatha?

—Estoy bien. ¿No hay alguien más a quien molestar?

La muchacha no se ofendió, colocó una sonrisa y se sentó en la cama cerca de ella.

—No tengo. Nuestros padres no están. Quería contarte lo que escuché de ellos anoche...

—No quiero saber, tengo mis propios problemas como para preocuparme por ellos también.

—Escuché que dijeron que fracasaste con el duque.

—¡No quiero hablar de eso! —exclamó avergonzada, metiendo la cabeza bajo la almohada.

—No vine a hablar de eso. Nuestro padre dijo que no podemos permanecer en Londres porque venderá la casa para empezar de nuevo. También que... Me enviarán a Francia junto a unos primos lejanos de nuestra madre. Todo esto si no te casas...

Ella emergió de su refugio y miró a su hermana cuyas pestañas escasamente podía ver, eran casi transparentes porque el excesivo rubio de su piel. Tenía lágrimas que querían escapar.

—Lo siento. Fui una tonta. Ahora cuando todos sepan que estamos quebrados menos me casaré. ¿No escuchaste qué harán conmigo?

—No han dicho nada de eso, pero no está todo perdido, Agatha. El conde es la salvación...

—¡No, Ava, basta! Es ir contra mis principios.

—¿En verdad te importan tus prejuicios? Esos no son principios...

—¡No sabes nada y, no conoces a nadie para decir esto, Ava!

—¡No quiero separarme de ustedes, por favor, piénsalo!

—¡Ya vete de aquí! —se exaltó arrojándole la almohada.

Al salir llorando su hermana, cerró la puerta y volvió a la comodidad de la cama.

Una situación desesperada era la única que la haría tomar aquella drástica decisión de presentarse arrepentida frente a él. Los dedos de las manos no alcanzaban a contar la cantidad de improperios y humillaciones que le hizo al antiguo empleado que se convirtió en conde. Esperaba solo un milagro para no tener que decidir entre su orgullo y su necesidad.

Ava se recuperó de la pérdida de tiempo con su hermana. Observó desde la escalera que sus padres volvieron de la calle y también escuchó el sonido de la puerta que alguien golpeaba.

—¿No será un acreedor tuyo, querido? —averiguó su esposa antes de disponerse a abrir la puerta.

—No. Les he pagado a todos.

Ante esa respuesta la mujer se acercó para abrir y vio en la entrada al conde de Sussex con sus mejores prendas.

—Buenas tardes, señora Millford. —saludó quitándose el sombrero—. ¿Podría su esposo recibirme?

La señora Millford apresuró su reverencia y lo invitó a pasar.

—Milord, qué placer tenerlo aquí —saludó el señor.

—Disculpe por venir sin anunciarme antes. Quería conversar con usted sobre algo que escuché y concierne a su familia.

Los señores Millford se miraron entre ellos un tanto sobresaltados.

—Por supuesto, puede pasar a mi despacho y conversamos.

El dueño de casa le mostró el camino hacia el despacho. Cuando se despidió con una inclinación de la señora Millford, pudo ver a una muchacha arrodillada junto a los barandales de la escalera. Era muy llamativa, pues el color de su cabello no lo había visto nunca.

Al ver que el caballero desapareció junto a su padre, Ava bajó apresurada para saber sobre el recién llegado.

—¿Quién es el caballero, madre?

—Es el conde de Sussex, el que está interesado en tu hermana.

—Si vino hasta aquí... ¿Cree que sabe que estamos quebrados?

—Espero que no. Ava, si no puedes convencer a tu hermana de que deje sus estúpidas exigencias y que se case con cualquiera, tu padre y yo debemos ir a las colonias y Agatha irá con nosotros.

Capítulo 17

El señor Millford cerró la puerta después de que Duncan pasara y lo invitó a dejar su sombrero en un perchero del lado derecho en el despacho.

—Me tiene sorprendido su visita, milord —comentó para iniciar la plática.

—Lo que vengo a comentarle lo dejará aún más sorprendido, señor Millford.

—Lo escucho.

—Estuve recorriendo joyerías buscando un valioso broche, pero en lugar del broche, encontré una gargantilla que le había obsequiado a su hija con el pleno propósito de comentarle mis intenciones. Me cuesta creer sobre la frialdad de ella, aunque más me genera duda lo que me dijo el joyero. ¿Es cierto que está quebrado, señor Millford?

El padre de Agatha, palideció. Tomó asiento con pesadez y tapó su rostro. Para Duncan eso solo significaba que estaba en lo cierto.

—No se lo diga a nadie. Estos fueron unos meses difíciles con una hija caprichosa. Sobre la joya, fue algo fortuito. Asumimos que Agatha no la usaría y nosotros la necesitábamos para continuar manteniendo un estatus para que ella lograra obtener un enlace ventajoso. Anoche quedó destrozada por el rechazo del duque de Sutherland.

—¿Y qué piensa hacer?

—Como Agatha ha rechazado a todo aquel que quiso casarse con ella, pues no queda otra cosa más que irnos de Inglaterra. No aceptará irse a un pueblo y vivir con la nobleza rural. La solución es irnos a las colonias a buscar fortuna otra vez. Nuestra otra hija, Ava, no tiene muchas oportunidades de casarse, pero no queremos negarle los privilegios que tuvo su hermana, por eso irá a Francia, con una prima de mi esposa, que está bien acomodada y que no tuvo hijos.

—Me ofrezco para casarme con su hija. Si consigo que ella me acepte, usted podrá contar con dinero para iniciar su comercio y florecer de nuevo, aunque solo si ella desea casarse. Pongo a disposición mi fortuna y mi orgullo. He sido humillado muchas veces, señor Millford, pero eso no ha hecho desaparecer los sentimientos de los que su hija me hizo preso.

—Le puedo asegurar que lo rechazará. Me sorprende que aún desee desposarla, yo mismo quiero deshacerme de ella. Podía usted ser un incauto.

—Soy solo un campesino domador de caballos con sangre noble en las venas. Puedo ser ignorante, pero les estoy ofreciendo a su hija y a su familia una salida conveniente...

—Es a su riesgo. —advirtió—. Mi decisión de irme de Inglaterra está tomada, si Agatha desea quedarse lo hará solamente casada, el resto no está en discusión.

Su entrevista con el señor Millford había sido un tanto fría. Duncan no imaginó que el hombre tuviera a su hija en tan mal concepto. Sin embargo, era de esperarse.

Cuando salió del despacho, la imagen de una muchacha blanca y menuda como un espectro se colocó frente a él.

—Buenas tardes, milord...

—Usted debe ser la otra señorita Millford —asumió sonriente.

—Sí, la más buena. —respondió pícaro—. Solo quería agradecerle por su visita y el interés que demuestra por mi hermana sin que lo merezca.

Si algo podía dejarlo mudo, eran las palabras de una joven pálida sin muchas oportunidades

como la describió su padre.

—Quiero mucho a Agatha, pero sus prejuicios siempre han sido mayores a su buen juicio. Sé que piensa en usted con frecuencia, aunque sea para maldecirlo. La situación no es para verla de mala forma, sino, por el contrario, está ahí en su mente.

—Esta familia es extraña. Acostumbran a hablar mal el uno del otro. Temo de qué pueda esperarme a la salida —musitó confundido.

—No quiero separarme de mi familia. Deseo quedarme con Agatha porque ella me dijo que mis padres son una mala influencia para mí y, en ocasiones tiene razón. Y si ella no quiere casarse con usted, espere por mí solo cinco años. Yo no lo despreciaría.

—Pensé que había oído mucho en mi vida y, creí que cuando me dijeron que heredé dinero moriría de la impresión, mas, esto supera cualquier cosa. Menuda muchacha ha resultado, señorita Millford.

Ava no parecía ofenderse con sus palabras, le dio una sonrisa y se hizo a un lado para que pasara.

—Fue un gusto conversar con usted. Cuando se case con Agatha espero que me lleven con ustedes...

Él hizo una inclinación de cabeza y se retiró apresurado. Si Thomas pensó que sus suegros eran unos dementes, no conoció a los Millford. La familia Ross era el paraíso comparado con aquellos a los que él se deseaba adicionar.

Pudo tomar el consejo de Winston y vengarse, pero él quería que todo resultara. Puso sus cartas sobre la mesa y Agatha estaba invitada a jugar.

En la cena de la familia Millford, obligaron a Agatha para bajar y cenar. Estaba desarreglada y vestía con una de sus prendas más sencillas.

—Hemos recibido una grata visita esta tarde, Agatha—contó su padre.

Ella no dijo nada. Solo se escuchaba el tintineo de sus cubiertos por el plato.

—Ha venido el conde de Sussex a verme.

Agatha dirigió sus ojos a su padre. Mencionó algo digno de su atención.

—¿Sí?

—Sí. Ha pedido cortejarte. Ten en cuenta de que es el único noble que quiere casarse contigo. Es tu última oportunidad para tener un buen nombre y espero que no la desperdicies.

—¿Qué esperan de mí cuando me case con un hombre como ese? Imagino que en un mes me volveré una experta adiestradora de cerdos —aludió con burla.

—No es eso lo que me dijo. Puso a tu disposición su fortuna.

—Creo que en lugar de guineas me dará caballos. ¿No entiende, padre? Un hombre que me besó en contra de mi voluntad no merece siquiera ser recibido por usted. ¿Se da cuenta de que cederá a su hija para que un salvaje haga con ella lo que desea?

—Soy consecuente, pero lo mereces. No vemos el paisaje que nos pintaste sobre Sutherland. Te ha desairado. En cambio, tenemos el caso de otro caballero que ha demostrado su interés con un presente y tú de manera grosera lo has rechazado.

—¿Para esto invirtió en mi educación? ¡Para que terminara con un rufián de poca monta, ignorante y para sumarle más defectos, es un incordio!

—Hubiésemos invertido más en tu carácter. Te criamos de esta forma y hoy nos arrepentimos. Es tu última oportunidad de formar parte de una sociedad a la que amas. Nosotros no podemos darte más que esto, Agatha —replicó su madre.

—¿Tengo que sacrificarme yo por esta familia? Es detestable, pero lo acepto. Admito el

desafío de que este caballero desista de casarse conmigo para siempre —refunfuñó, arrojando la servilleta a la mesa.

Abandonó la cena para volver a su habitación a encerrarse. Todo estaba mal por cómo era. De nada le serviría ser engreída, malcriada y frívola. Estaba a merced de la buena voluntad de alguien a quien humilló demasiadas veces como para recordarlo. Estaba segura de que él carecía de memoria como para seguir detrás de ella.

En la mañana Agatha abandonó su prisión para hacer algunas compras. Quería nuevos listones y un sombrero para el día. Al menos sus padres le darían un poco del botín de la joya.

Salió acompañada de su madre sin el carruaje. Observó las escaparates llenas de vestidos que ella ya no podría compararse. Suspiró cansina. Estaba hastiada de luchar contra lo que su destino previó: que terminaría casada con un triste personaje que vivía de los caballos.

En casa de Duncan, él estaba más animado con sus lecciones que le daba Thomas que había destinado a su esposa a una de sus propiedades muy lejos de Londres. Él no podía perdonar su mentira para casarse.

—Es un progreso. Pudiste sumar tres cifras... —lo felicitó su amigo—. Pronto estarás listo para controlar a tu administrador, alguien que te sugeriré yo, por supuesto.

—Lo dices por Winston...

—Winston para mí no es un nombre.

—Conflictos pasados, querido Thomas.

—Cuida tus amistades, Duncan. Sutherland es un astuto sabueso. Siempre busca sacar ventaja de una situación.

—¿Puedes darle una oportunidad?

—Si no se la he dado a Melissa, menos se la daré a ese caballero.

—Está bien. No puedo quejarme de Winston, me acogió entre los suyos como tú.

—Y apoya tus estupideces. Querer casarse con una serpiente por voluntad propia es una tontería.

—Y no te he contado sobre su familia.

—Dilo, di que son adorables como la familia Ross...

—Son más adorables.

—Pongo la mano al fuego porque nadie supera a la señora Ross.

Duncan no se pondría a discutir sobre aquella señora, era demasiado hasta para él que tenía una paciencia infinita.

—Oh, Thomas, mi queridísimo Thomas... No sabía qué hacer sin ti —dijo lady Sophia, acercándose a ellos—. Lograste que se quedará mediodía en un sillón con sus libros. Es evidente que debe hacerlo si me ha contado la tontería que ha dispuesto.

—Lady Sophia, usted quería que me casara.

—¡Pero prefiero que te cases con alguien diferente!

—No le doy el gusto, lady Sophia —replicó tomándose del rostro.

—Por hoy es suficiente de lecciones para Duncan, lady Sophia. Trátelo bien con la lectura de la tarde —se burló de Thomas, levantándose del asiento.

—No, él saldrá a hacer compras conmigo. Deberá acostumbrarse a malgastar el dinero. Veremos si tiene límites para decir que no.

Por ese día estaba condenado a sufrir en las tiendas. Con suerte renovaba su guardarropa, pues no le gusta perder el tiempo ni el dinero en telas.

Capítulo 18

En la tienda donde Agatha pensó que pasaría muy poco tiempo, encontraron a Mary Anne y a su madre.

La señora Millford no pudo evitar ser seducida por la conversación de la otra dama. Agatha no tenía intenciones de dirigirle a Mary Anne la palabra. Llevaban varios meses con una tensa relación.

—Te invito a *High Cottage* como todos los años, Agatha —mencionó Mary Anne.

Agatha dejó de mirar la variedad de sombreros que tenía enfrente. La propiedad de la familia de Mary Anne era fastuosa y recibir una invitación de personas como ellos era importante para mantener un estatus social.

—Hay fresas para cosechar. Siempre hemos ido las tres, aunque este año mi madre se ha puesto más exigente. Buscará invitar a más gente de nuestro círculo, damas y caballeros solteros —comentó la muchacha.

—¿A quiénes piensa invitar tu madre?

—Es un secreto. Lo sabré cuando envíe las invitaciones. Vinimos a comprar nuevas prendas para lucir en la ocasión. Tendremos varias actividades para esos cuatro días. También de seguro estarán invitados los vecinos de *High cottage*, la gente de Green Hall. Por una carta de los lacayos, nos enteramos de que han vuelto después de más de tres años fuera. Lady Emma debe estar casada. Me urge saber sobre ellos. ¿No te da curiosidad el gentío del vecindario?

—Me había olvidado de lady Emma. Esperemos que esté casada.

—No lo dudo. Era tan hermosa, jovial e inteligente, que sin dudas se alzó con algún buen partido.

Mary Anne pareció haber olvidado que tenían sus diferencias. Como si nunca hubiesen estado enojadas, la muchacha le mostraba lo que deseaba y le pedía sugerencias para su compra.

Cuando Agatha comenzó a sentirse complacida en la compañía de Mary Anne, sus madres decidieron despedirse después de una larga y convencional plática.

Antes de que se separaran, la campanilla de la tienda anunció la entrada de otra clienta.

Lady Sophia atravesó la puerta seguida de la alta figura de Duncan. Él se sintió incómodo en un sitio que no era para caballeros y, era evidente. ¿Qué tenía que hacer él entre toda esa seda, muselina, satén, listones de colores, sombreros, guantes y zapatos? La respuesta era muy evidente. Alguien sobraba y era él.

La madre de Mary Anne enseguida se adhirió al brazo de lady Sophia y le comentó sobre *High Cottage*.

—Duncan querido, ven, la señora Walton quiere comentarte algo —mencionó lady Sophia.

Mary Anne y Agatha giraron al escuchar el nombre de Duncan. No había muchos con ese nombre acompañados de una anciana.

—¿No puedo creerlo, Agatha! Tu mala fortuna no tiene límites, mi madre lo invitará estoy segura.

Ella suspiró. No podía hacer demasiado era ese o ninguno en su condición. La visita anual a esa propiedad de la familia Walton solo le recordaba que ella no deseaba perder aquella vida que llevaba, pero eso era lo que denominaba como una medida desesperada. Se había decidido a

espantarlo, pero ya no estaba del todo segura.

—En ocasiones hay que resignarse...

—¡Oh, Agatha, es lo más hermoso que te he oído decir en mucho tiempo! —Congratuló Mary Anne—. Imagina lo hermoso que será ir a *High Cottage* todos juntos sin prejuicio algo.

—Sí, será más llevadero.

Duncan escuchó la interminable cháchara de la señora Walton, que se desvió por agradarlo hasta que se despidió. Él había sido arrastrado a una conversación donde solo aceptó todo lo que dijo la mujer y no se dio por enterado de que había más compañía conocida. Cuando vio a Agatha Millford, su primera impresión fue ir a asfixiarla con su presencia, sin embargo, decidió tomarlo con calma.

—Buen día, señora, señorita Millford —saludó con una inclinación de cabeza.

—Milord, es un gusto saludarlo. Es una pena que también tengamos que retirarnos. Estuvimos toda la mañana observando algunas cosas que nos hacían falta y conversamos mucho con la señora Walton y su hija.

Él observó que aquellas mujeres iban con las manos casi vacías, estaban haciendo mucho ahorro según su apreciación.

Agatha desvió su mirada de Duncan. No podía hacer otra cosa. Su mente estaba dispuesta a aceptarlo, no así sus ánimos. Un apretón en el brazo por parte de su madre le recordó el lugar donde debía estar observando.

—Buen día, milord. Como mencionó mi madre, es una pena que debamos irnos ya. ¿Nos vamos, madre? —preguntó sugerente.

—¿Solo ha comprado un sombrero, señorita Millford? —increpó lady Sophia, mirando lo que tenía envuelto.

—Solo me hacía falta un sombrero, milady...

—¡Pamplinas! Duncan, cómprale unos vestidos. Mira aquella seda, es de excelente calidad, quizás combine con la lujosa gargantilla que le regalaste —insinuó la mujer mayor.

Ella palideció con el comentario, Duncan miró con el ceño fruncido a lady Sophia y la madre de Agatha solo guardó silencio antes de agachar la mirada.

—No sé de telas, lady Sophia. —dijo Duncan para romper aquel incómodo silencio—. ¿Qué opina usted, señorita Millford?

—Ve a observar el vestido junto al conde, querida Agatha. —pidió su madre—. Mientras yo converso un poco con milady.

Duncan abrió un brazo hacia un vestido para que lo observara.

—Disculpe a lady Sophia...

—No ha sido discreto con sus tonterías ¿no es así, milord?

—Ella me enseñaba a asentar en el libro contable, no se lo comenté.

—Eso pasa cuando un caballo quiere tomar las riendas del carruaje. Además, no tengo esa joya de la que habla.

—Por supuesto que no la tiene, porque su padre la vendió para cubrir sus problemas económicos.

—¡Eso no es cierto! —exclamó sonrojada.

—No hablaría con propiedad si el hombre que la compró no me lo contaba bajo amenaza. La observé durante todo el tiempo esperando ver ese regalo que despreció, pero del cual después quitó ventaja.

—Yo...

—Con una disculpa suya podríamos empezar esto de nuevo. Imagino que su padre conversó con usted sobre mi proposición.

—Presiento que su propuesta de cortejo es más bien una cortina de venganza por tantas veces que le he dicho verdades, disfrazadas de improperios. ¿Qué viene después de esto? Hoy me dice que le pida disculpas...

—Se equivoca si piensa que mi cortejo es con ese ánimo, señorita Millford. Quisiera en algún momento más propicio, declararle mi pensar y sentir, que están muy lejos de obedecer a los preceptos de una venganza. Sé que está atravesando una severa crisis junto a su familia, espero tome a bien un vestido para lucirse en él, su belleza no merece llevar puesto harapos.

Estaba muy avergonzada de que supiera su situación y más que se estuviera aprovechando de ella para conseguir casarse y que con toda naturalidad terminara aceptándolo. Eso no iba a ocurrir de esa manera. No era ni una víctima de ella y su lengua, aquel era un ser ignorante en las formas, pero astuto en las argucias.

—Si tanto le intereso quiero tres vestidos, un par de zapatos, unos guantes de encaje cortos y otros largos, un chal de satén de color marfil y muchos listones —anunció con suficiencia. Alzó una ceja esperando a que el hombre se escandalizara, mas eso no ocurrió.

—Vaya y dígaselo a la modista, yo no lo soy.

—Está bien —aceptó y se acercó a la mujer para hacer su pedido.

Lady Sophia tenía los ojos desorbitados. Abrió su abanico y lo batió furioso en su rostro.

Agatha y su madre no podían pasar con todos aquellos bultos por las puertas.

—Mire, milord, no podemos llevarnos toda su generosidad. —pronunció Agatha con un mohín de tristeza—. Hemos venido sin carruaje. ¿Nos pagará uno de alquiler?

—Agatha... —replicó su madre para que parara aquel abuso.

—Sí, por supuesto. —dijo sonriente Duncan dándole unas monedas—. Quédese con el cambio, quizás lo necesite. Pasaré por su casa mañana por la tarde para conversar un poco...

—Lo esperaré, milord —gruñó molesta antes de salir a buscar el coche de alquiler con su madre.

—¡Menuda serpiente! —expresó lady Sophia—. Más que nunca debes saber sumar. Esta mujer va a llevarte a la quiebra.

—Esto es algo que siempre me dijo Thomas: «Cuidado con lo que desees». Se ajusta perfectamente a usted y, sus ansias de humillar a la señorita Agatha.

—Y tú no te quedas atrás, eres tan venenoso como ella: «quédese con el cambio». Espero que no olvides que hace apología a su pobreza. No eres tan tonto como pensé.

—Hay cosas que aprendo y la fina cortesía de Agatha Millford es una de ellas. —indicó pícaro—. Mañana me cobraré esta deuda. Cada guinea le costará un sacrificio.

Agatha hizo parar al primer carruaje de alquiler que vio. Estaba muy enfadada y al borde de arrojar a todos por un precipicio.

—¡Agatha, cómo has podido hacer algo así!—reclamó su madre.

—Si no sabe, no hable, madre. Tengo el derecho de cobrar su presencia como mejor me plazca. ¿No escuchó que nos trató de pordioseros?

—Por favor, es tu única oportunidad, hija.

—Si esto es una oportunidad es mejor perderla. Vaya grosero, nada se puede esperar de un hombre así. Ayúdeme con las cosas, madre, tengo muchos ajustes que hacer a mis nuevos vestidos.

Capítulo 19

Agatha llegó con gran coraje a su casa. Ava y su madre metieron las compras al salón, mientras el señor Millford pensó que tendría un ataque de nervios.

—¿Qué han hecho? ¡Cómo pudieron traer esa cantidad de cosas!

—¡Yo no he sido! —se excusó Ava, escondiéndose detrás de su padre.

—No se preocupe, padre. Esto es fruto de la generosidad del conde de Sussex —aclaró Agatha solo tomando el sombrero que compraron y los listones para ir a su habitación.

Su madre negó con la cabeza y Ava subió apresurada detrás de Agatha para escuchar todo.

Abrió su armario y colocó el sombrero nuevo junto al resto. Acomodó los listones, uno al lado de otro a la par que Ava la observaba colocando sus codos en la cama y sosteniendo su rostro con las manos.

—¡Ha sido generoso, Agatha! Qué afortunada eres. Creo que yo disfrutaré más viendo casada a la gente que casándome.

—Deja esos libros tontos, Ava, te lo advierto.

—¿Por qué lo odias? Quiero escribir sobre las tonterías de una mujer que rechaza a un hombre que la cree superior.

—¡Ava!

—Me convertiré en una escritora y escribiré sobre cómo mi hermana perdió un partido de los mejores. Debo encontrar algo por hacer en mi vida, pues no me voy a casar.

—Te diré por donde puedes empezar en la vida...

—¡Por dónde!

—¡Por no meterte en asuntos ajenos!

—¡Agatha!

—Es una lástima que no tengamos otra hermana a la que puedas molestar más que a mí.

—¿Puedo cortar tus vestidos para adaptarlos a mi estatura?

—¡No!

—Si se quedan en la entrada me los quedaré...

Agatha achicó los ojos y de manera caprichosa golpeó su vestido antes de volver al salón.

Hizo dos viajes desde su habitación hasta el salón ante la mirada burlona de su pequeña hermana. Agatha era fácil de desquiciar. Tenía los nervios de punta. Ava solo quería curiosear el contenido de las cajas.

—¿Quieres que te ayude a guardarlos? —preguntó Ava para observar mejor.

—Sí. Si tuviera dinero, quemaría todas estas finas prendas solo por capricho, pero no lo tengo. Además, debo lucir bien para *High Cottage*.

—Sueño con ir a ese lugar que tú me contaste tanto. Creo imaginar esos campos.

—Quizás nuestros familiares en Francia tengan una finca donde puedas observar un paisaje similar.

La muchacha bajó la mirada y también el vestido que estaba tocando para sentir la tela.

—¿Quieres que me vaya?

—No dije eso, Ava.

—Pues le he dicho al conde de Sussex que cuando se casen me lleven a vivir con ustedes...

—¡Cómo fuiste capaz! —gruñó quitándole a su hermana el vestido de las manos.

—Tú dijiste que mis padres eran una mala influencia para mí. Empiezo a notarlo.

Agatha ya no podía renegar más contra su hermana. No tenía nada que hacer en la casa. No había con quien hablar y su aburrimiento la llevaba a hacer demasiadas cosas y entre ellas no estaba pasear por las calles.

Dejó de pelear con ella y le pidió que le pusiera agujas al vestido donde le faltaba ser desatado. Sus habilidades de costura eran de las mejores, tanto, que Ava aprendía solícita ese oficio.

Disfrutó de aquel tiempo juntas. Aquella estaba más animada en una boda que en otra cosa. La ignoró por su buen juicio y por conservar la paz. No tenían la misma idea sobre el matrimonio, aunque sí de los beneficios.

Ava levantó cada prenda y accesorio que llevó y le dijo que eso no lo tendría si se dedicaba a ser una solterona. Le citó como posibilidad ir a las colonias y eso era algo que no haría por gusto. Entre todo aquel tétrico panorama, prefería soportar al poco educado conde de Sussex. Solo que ella debía aprender a odiarlo menos.

En la noche, antes de acostarse, recordó la amenaza que le había hecho de visitarla. Negó con la cabeza y se miró al espejo.

—Debes dejar de satanizarlo, Agatha. No te amenazó, solo dijo que iba a venir. —se reprochó para poder comportarse—. Piensa, es un campesino rico, un poco atractivo, bien, quizás supere a la media en atractivo, pero sigue siendo un peón ¡No, no, y no! Otra vez... Piensa, es un conde que antes era un... Peón... ¡No, no puedo!

Sabía que por esa noche había sido suficiente para intentar convencerse de algo. Era la pobreza o él. La idea de perderlo todo parecía muy atractiva, pero la realidad era otra.

Abrió sus ojos después de querer conciliar el sueño al tiempo que alguien hacía ruidos molestos para la limpieza.

Se arregló para bajar y encontró a su hermana corriendo de un lugar a otro con un delantal.

—¡Oh, Agatha, aún no pude limpiar tu habitación, te hacía durmiendo!

—Sí, yo también desearía estar en la cama, pero al parecer eres tú quien hace tantos ruidos.

—¡Es que hay sábanas que lavar, ropas, pulir la platería que nos queda, limpiar...! ¡Esto es demencial! Lo siento, no puedo perder el tiempo hablando contigo.

—¡Ava! —la atajó antes de que desapareciera.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo se pule la platería? Te ayudaré del desayuno.

Estaba envuelta en su mundo de egoísmo y sufriendo personal, que no se había dado cuenta de que en realidad su hermana ya no poseía el tiempo suficiente para molestarla. En realidad, iba a buscar compañía para olvidar toda la situación por la que atravesaban. Tomó obligaciones que no le correspondían, pero como carecían de mucho personal para una casa tan grande, alguien debía hacer algunas cosas y estaba segura de que ella se ofreció para las labores.

Se sentó para el desayuno y se quedó sin habla al ver que su hermana se comió todo en cuestión de segundos, levantó el cuerpo y continuó con su oficio.

—Cualquiera pensaría que torturamos a Ava —comentó su madre, bebiendo el té.

—Le hace falta entretenerse, limpiar la despeja de estar leyendo todas esas hojas tontas y ridículas sobre la poesía y el amor.

—No la está despejando, lo que quiere es que te cases con ese conde. Ella está encantada y desconozco la razón de ese encanto —afirmó su padre.

—Créame, padre, yo también desconozco el encanto de ese caballero —alegó con una carcajada que nadie más siguió por lo que fue menguando en su burla, colocando un rostro más cauto para volver a su desayuno.

—Tu madre dijo que vendrá hoy. Ya pulió la platería dos veces esta semana y esta de hoy será la tercera. Pienso que no hay demasiado que pulir más, salvo que lo quiera dejar ciego.

Se había ofrecido por aquel sentimiento llamado lástima, sin embargo, su hermana no lo merecía. Estaba haciendo toda aquella tortura para ella por su propio gusto y paladar.

Se fue de la mesa con la idea de distraer su mente y no pensar en nada. Se llevó un libro, pero era tan insensato que deseó incinerarlo en la chimenea. Al sentirse sola y aburrida, buscó la compañía de Ava.

—Todavía puedo pulir la platería...—comentó tomando el paño que tenía su hermana—. Será la tercera vez en la semana, aunque prefiero eso a quedarme sola pensando en cierta visita.

—¡Vendrá a verte, eso se llama interés!

—¿Interés de quién? Yo quiero su dinero.

—Agatha.

—Está bien, hablemos de su interés por mí si eso te agrada más.

Conversó con su hermana gran parte de la mañana hasta que acabó sus menesteres y se dio cuenta de que la ayudó en demasía y su lindo vestido se estropeó con suciedad. Después del almuerzo subió a su habitación para escoger otro vestido.

Miró por la ventana y vio al elegante peón que bajó de su lujoso carruaje. Su sombrero y su bastón le daban gran elegancia.

Él miró hacia la parte alta de la casa blanca. En una de ventanas advirtió que Agatha lo observaba, le hizo una venia y rápidamente la referida cerró las cortinas. Con eso, él se dio cuenta de que se encontraba en terreno hostil. Nada parecía domar a esa dama.

Ava fue la encargada de recibirlo. La sonrisa de la muchacha extraña no hacía más que incomodarlo. No sabía qué decir para distraerse en su espera.

—Agatha ya lo aprecia... —comentó ella muy animada.

—Por supuesto, pude notarlo por cómo cerraba con premura las cortinas de lo que sería su habitación —replicó sarcástico.

—¡Qué buen humor tiene! Ella es muy especial, le aseguro que cerró las cortinas porque estaba apresurada por bajar.

—Señorita Millford, no hace falta que intente solapar a su grosera hermana, estoy acostumbrado a sus malos tratos, pero eso no significa que los acepte.

—He pensado en escribir un libro sobre cómo un caballero puede seguir detrás de alguien tan testaruda como Agatha. También creo que no me casaré y me dedicaré a ser feliz con el matrimonio ajeno.

—Espero que no desee ser feliz en el matrimonio de su hermana.

—A veces creo que Agatha tiene mucha razón al maltratarlo, eso no significa que lo merezca ¿O sí?

La pequeña culebra blanca era un prospecto de la mayor. Era como un perfume en un frasco más pequeño. Él solo sonrió, pues le habían enseñado a sonreír aunque la ocasión no lo requiriera.

Cuando Agatha descendió los escalones lo hizo de manera soberbia, demostrándole su belleza y altanería. Y él solo podía halagarla con los ojos, puesto que aquella era una postura en la que le agradaba verla.

—El conde es un excelente conversador. Le conté que pienso escribir un libro...

—Lo sé, Ava, ya me lo dijiste ayer...

—Entonces escribiré más de uno. Empezaré ahora mismo. ¡Oh no, debo ser la carabina!

—No hay peligro, señorita Millford. —dijo Duncan para librarse de la pequeña y asusta Ava—. Le aseguro que no nos tocaremos de ninguna forma.

—Eso me tranquiliza. Adiós...

Agatha estaba desconcertada con el comportamiento de su hermana y lo último que deseaba era quedarse a solas con él.

—Ya está aquí, siéntese. ¿A qué ha venido?

—Buenas tardes, señorita Millford.

—Podemos prescindir de un saludo, salvo que usted esté todavía practicando para hacerlo, dejar a los caballos debe ser difícil.

Él rio con simpatía.

—Vine solo a pedirle un beneficio por cortejarla.

—¿Beneficio?

—Solo quiero un beso. Un beso por cada mala palabra que me diga. Sabe que ya ha empeñado una boca, ahora le conviene tener otra.

Capítulo 20

Agatha lo miró como si aquel hubiera perdido el juicio. No pudo contener su carcajada histérica. Estaba comenzando a pensar que enloquecería. Su visitante solo esperaba que ella se contuviera y esperaba continuar con la conversación.

—No le encuentro la gracia, señorita Millford —anunció Duncan, mientras Agatha seguía chiflando de risa.

—¿Cómo qué no? ¡Es un absurdo!

—Le parecerá inadmisibile, pero sé que ambos saldremos beneficiados con la propuesta. Cada vez en que su expresiva lengua quiera insultarme, usted lo pensará dos veces.

Una vez que recuperó su malgastada compostura, se quedó muda sin perderlo de vista.

—Por supuesto, lo comprendo. Si soy grosera, deberé besarlo como un castigo.

—Quizás. Valga el beneficio para ambos. Usted será educada y yo seré respetado. No pasaré ningún insulto más, al fin conoceré a la señorita Agatha Millford, la beldad de los salones de Londres. Hasta ahora ha sido un mito, al menos en lo que a mí me incumbe.

—¿Cómo se atreve a venir hasta mi casa para decirme estas cosas!

—Porque usted desde que me conoció no me ha dado ni una oportunidad de demostrarle que aunque sea lo que dice, la tengo en muy alta estima. Le ofrezco mi mano, señorita.

—¡No quiero su mano! —Exclamó nerviosa.

—Ese un desprecio que amerita un beso en este momento. Continúe por ese camino y estaremos muy comprometidos el uno con el otro.

—¡No voy a besarlo!

—Entonces la voy a besar yo —declaró Duncan, sentándose al lado de ella, que lo miró de pies a cabeza y se levantó para rodear el sillón.

—De ninguna manera va a besarme.

Le llegó el turno a Duncan para reír como un demente. Podía advertir los graciosos bucles rubios de Agatha, moviéndose vivos, esperando que él no la alcanzara y también sus ojos verdes estaban desorbitados de la sorpresa.

Él quería saber qué más podría hacer aquella señorita para divertirlo. No se había entretenido tanto en mucho tiempo y nunca le habían huido las damas.

—¡Quédese donde está, no se acerque!

Ava los estaba espionando y le pareció muy divertido aquel juego. Él parecía un truhan enamorado y ella una torpe escapista.

—Admito que esto me divierte, señorita Millford. Solo será un beso que no le dolerá, ya nos hemos besado dos veces y le ha gustado.

—¡Eso no es cierto! —Expuso acercándose a él para discutirle, pero terminó atrapada en el juego del conde, que la tomó de la mano y la acercó a su cuerpo.

—Ríndase, la tengo en mis brazos —indicó mirando los labios de ella, aunque después, Agatha desvió su rostro de él.

Duncan plantó un beso en su mejilla y con una mano, le acarició la barbilla. Agatha tuvo una extraña sensación de escalofrío, una punzada que subió por su espinaza hasta llegar a su cerebro y un estremecimiento en el estómago por lo que estaba haciendo el hombre.

Ella había imaginado que la atacaría con la misma vulgaridad que las ocasiones anteriores. Era extraño el cúmulo de estímulos de los que era presa por parte del «Peón o domador de caballos».

—¿Me dejara besarla, señorita Millford? —Indagó sin perder aquella picardía.

No podría responder porque no le salían las palabras y, para él, un silencio significaba una afirmación. Con la mano que sujetaba el mentón de ella, la giró y se apoderó con lentitud de sus labios. No lo rechazó como las dos ocasiones anteriores, sino cedió con timidez a lo que sucedió. Era una manera implícita de aceptar que estaba siendo castigada por él.

Evitó besarla con la voracidad y ansiedad que tenía dentro. Si eso ocurría, era capaz de romper el encanto que los envolvía. Ver a Agatha Millford tan dócil como una paloma, era algo inverosímil.

Ella aparte de ser incapaz de negarse a ser besada, también era inepta en colocar sus manos para que el acercamiento fuera menor. En lo único que pensaba era en acallar las sacudidas de su cuerpo y luego se pondría a conversar con su mente necia.

Duncan no pudo mantener a sus ansias a plena raya, una de sus manos descendió y acarició con hambre a su cintura, lo que hizo que Agatha diera un respingo que rompió el encanto de aquel beso. Se alejó y fue a sentarse a unos de los sillones del salón sin levantar los ojos de las manos que había puesto sobre su regazo.

—Las cosas van a mejorar, señorita Millford y, no tendrá queja de mí.

Agatha se colocó regia y no lo miró antes de replicar.

—Espero que tenga una buena tarde, milord.

Él se dio por satisfecho. Agatha Millford estaba justo donde debería estar. El comportamiento de una mujer dócil era lo que esperaba con aquel castigo. No tomaría ninguna venganza que terminaría ensañándolos. Tendría la perseverancia suficiente para que ella correspondiera con el tiempo a los sentimientos que él poseía por Agatha.

Si algo tenía claro, era que una relación debía ser consensuada para que ambos disfrutaran de ella y no descansaría hasta lograr esa sonrisa sincera y cariñosa que esperaba conocer.

—Por hoy me retiro, pero nos volveremos a encontrar.

Antes de irse, cogió por sorpresa la mano de Agatha y se la llevó a los labios como despedida.

Sintió sus mejillas ardiendo por la vergüenza. Estaba colorada por su causa.

Al observar que abandonó la estancia, se levantó del sillón en donde estaba y miró hacia la calle en donde lo observó subir a su carruaje, no sin antes que él la viera y la entregara una sonrisa y una inclinación de su coqueto sombrero. Ella cerró la cortina con premura.

—Y más se da el atrevimiento de mirar mientras se va. No lo vuelvo a recibir nunca más... — mencionó caminando por el salón con los brazos cruzados.

Volvió a correr la cortina y se acarició los maltrechos labios por un corto periodo de tiempo en el que notó que no estaba sola.

—No digas nada, Ava —dijo antes de retirarse del lugar, dejando con las palabras en la boca a la curiosa muchacha.

Agatha suspiró pesarosa desde su diván que estaba junto a la ventana. Deseaba llorar por el simple hecho de haber sido besada por tercera vez y no poder librarse de él. Esta última vuelta había sido más alevosa que las anteriores porque ella, con su silencio consintió lo que ocurrió. Estaba tan resignada a todo que era probable que no encontrara otra salida más que atajar su lengua y mantener la distancia prudente con ese caballero.

Casi en la noche y por el aburrimiento de gastarse los codos en la ventana, bajó a mirar la correspondencia. Tenían muchas invitaciones a eventos a los que llegado el momento debía elegir a cual ir. También entre todas esas cartas, estaba la invitación de *High Cottage*. Eso hizo que dibujara una sonrisa y que luego la misma desapareciera por recordar que muy probablemente debía tolerar al conde Sussex en lugar de ir a cosechar las fresas tranquila.

Se imaginaba a ella con una canasta con fresas corriendo por el bosque con aquel caballero detrás de ella, diciéndole que tan bonita era. Esa imagen mental solo la afligió más de lo que ya se encontraba. Debía decirle adiós a aquel paradisiaco sitio.

Igual con esos pensamientos derrotistas se llevó la invitación. Tenía tiempo para prepararse, en dos días debían salir.

Duncan también recibió aquella misma invitación con la esperanza de que el conde se prendara de Mary Anne. Sin embargo, estaba más mentecato después del último beso con Agatha.

—Estoy deseoso de ir a un lugar donde hay muchas damas —acotó Frances antes de subir al carruaje junto a Duncan—. Es una suerte que Winston no vaya o querrá prohibirme hablar.

—¿Por qué no irá Winston? —curioseó Duncan.

—Me dijo que tenía asuntos que resolver en Southampton y que estos le llevarán muchos días.

—¿Crees que tenga que ver con la joya de tu abuela?

—No. Creo que eso no le llama mucho la atención. Lo estudié cuidadosamente. Ha estado enviando correspondencias y recibiendo respuestas en varios lugares...

—Esto tiene algo raro...

—Pero eso no importa. Lo que realmente es importante es que iremos a conocer muchachas...

Él desconocía casi por completo al joven duque. Frances era muy sociable, pero tenía prohibiciones sobre socializar con damas. Debía ser por lo cauto de su tutor, pues su juventud e idiosincrasia podían ser tomadas como un atractivo para algunas damas que quisieran gozar de su fortuna.

Desconocían quienes eran las demás personas, pero sabían al menos quién no estaría presente y ese era Winston, que andaba en unos pasos secretos.

En el camino a *High Cottage* hicieron una caravana de carruajes, pues se fueron encontrando la mayoría de ellos.

Agatha iba dormida porque en los últimos días no había podido dormir demasiado por las terribles ansias y situaciones provocadas por su mente para boicotear tan importante acontecimiento de la temporada.

Un agujero al paso, hizo que golpeará su cabeza por el asiento del carruaje. También escuchó que sus baúles aullaron de dolor, debía ser la demencia que la alcanzó por sus maldades. Solo esperaba pasar lo mejor posible en aquellas tierras y cosechar las fresas para su gusto personal.

Capítulo 21

Después de ese golpe no pudo continuar durmiendo. Se dedicó a mirar por la ventana el paisaje salvaje a las afueras de Londres. Sabía que faltaba mucho para llegar hasta High Cottage. Tendría tiempo de sobra para memorizar los parajes más fascinantes.

Las garzas estaban en pequeños humedales, agazapadas con el pico en las aguas buscando quizás comida. Otro de esa misma especie, surcaba por lo bajo el soleado cielo.

Toda aquella naturaleza en calma pareció sosegar sus torturados ánimos. Ava estuvo impaciente por verla irse, ella misma le preparó sus baúles. Dos le parecieron exagerados, pero si se ponía a discutir con ella terminaría desistiendo del paseo.

Una vez que se aburrió de observar animales y plantas, comenzó a estudiar los carruajes que iban enfrente. En total era seis, quizás cargados de más gente que de un solo invitado.

Intentó identificar los emblemas. Uno era de Louisa, los demás no los alcanzó a distinguir y el que iba detrás de ella era un carruaje conocido: el de su poco estimado pretendiente.

Cerró la ventanilla del carruaje y colocó su rostro con pesadez en su mano para que su codo lo sostuviera. Estaba al tanto de que aquel podía ser uno de sus últimos viajes junto a la gente adinerada a la que perteneció. Suponía además, que para el conde de Sussex era su primer desplazamiento como un atractivo y rico caballero.

Era ridícula la razón de su desprecio. Se encontraba en el punto donde tenía que darle la razón a su hermana que no tenía siquiera quince años para llamarla prejuiciosa. Lo era y le costaba admitirlo. Nunca había despreciado a alguien. Simplemente intentó evitar los contactos para no ser grosera. Quería llevar el mismo acto de ignorar al domador de caballos desde que lo vio.

Cuando supo de su existencia por muchos cotilleos, ella no le dio la debida atención porque pensó que no se acercaría.

En un primer instante, cuando le brindó unos minutos en su mente, imaginó al «nuevo rico» derrochando su dinero, haciendo alardes de él y, por supuesto, inflando sus plumas como pavo real. Si bien, era joven y tosco, solo había reaccionado a los insultos que ella le dio cuando se sintió ahogada en atenciones de su parte. La había llamado escaladora social, le dejó claro cuál era la posición de cada quien. Él era un noble por sangre y ella no.

Desde aquella oportunidad se ganó su desprecio, aun así, el conde continuó con sus planes de conquista y ella siguió ignorándolo.

Después las que parecieran horas interminables y aburridas, llegaron a su destino. Cuando el cochero le abrió la portezuela, ella escuchó el bullicio de los que iban como ella, abandonando la carroza.

—¿No te traen buenos recuerdos, Agatha? —indagó Louisa, caminando hasta ella.

—Sí. *High Cottage* es lo más hermoso que he visto.

—Ven conmigo —pidió tomándola del brazo.

—Los baúles...

—Los lacayos se encargarán.

Muchos lacayos con libreas impecables, se acercaron a cada carruaje para ir sacando las pertenencias de los invitados.

—No importan nuestras desavenencias, Agatha. Estoy muy contenta de que al fin puedas

superar tus propios prejuicios...

Agatha dejó de caminar junto a Louisa. No comprendía lo que ocurría por la mente de la muchacha.

—No entiendo, Louisa.

—¿No es cierto que aceptaste el cortejo del conde? Mary Anne me lo contó. Es un excelente partido y estoy segura de que la madre de nuestra amiga quedará muy decepcionada con esa noticia.

—¡Yo no he aceptado nada! —exclamó acalorada—. Fue mi padre. ¿Por qué la señora Walton estaría decepcionada?

—Porque quiere que el conde ponga su interés en Mary Anne. Los ha visto bailando tanto que imaginó que su hija se convertirá en condesa. A ella no le disgusta que haya sido un domador de caballos como a ti...

—Pues que cualquiera se lo quede —dijo altanera con los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Entonces no te molestaría que otras coquetearan con él?

—Por supuesto que no. Pueden llevárselo envuelto como un presente.

Louisa parecía conforme con esa respuesta. Si Agatha no lo quería, otras damas podrían demostrarle su interés y, con la amabilidad del caballero, cualquiera podría aprovecharse para acaparar su tiempo.

Entraron a la mansión de dos alas que estaba cerca de la pradera. Un lado sería destinado para damas y el otro para caballeros. La señora Walton había pensado en todo, pues era responsable de varias de las muchachas que estaban ahí.

—Mi madre ha invitado a varios caballeros. El conde de Sussex llegó con el duque de Northumberland. Sutherland ha rehusado la invitación con educación. Se excusó con otros asuntos que requerían su atención. Lamentó profundamente que coincidieran sus acontecimientos con este. También, vino el señor Elton, ¿Lo recuerdas, Agatha? Es el que te propuso matrimonio la temporada pasada...

Mary Anne seguía con su cháchara pese a que ella ya no quería escucharla. Era evidente que recordaba al señor Elton, era tan persistente como un dolor de cabeza.

Louise continuó estirando la lengua de Mary Anne para que siguiera dando más nombres. El barón Churston era otro de los asistentes. Un caballero que no encontraba a su dama indicada, estaba por cumplir los cuarenta años y aún era muy solitario. El vizconde de Midleton era conocido por ir a donde lo invitaran, era el alma de las fiestas, pero muy reacio a casarse y el último asistente se trataba del señor Smith, un hacendado de grandes tierras y ganado a manos llenas.

La señora Walton no escatimó en los mejores prospectos para su hija. Como era la segunda temporada de la muchacha, quería casarla de cualquier manera y Mary Anne también deseaba hacerlo con el primero que cayera.

Agatha tenía la cabeza en disfrutar lo más que se podía aquel paseo, soportar las atenciones indeseadas de los demás invitados y comer las fresas. Mientras que, Louisa tenía también el ánimo de caerle bien a alguno de los asistentes.

Cuando liberaron a Agatha un lacayo la llevó a la que sería su habitación por esos cuatro días. Oservó sus baúles a un lado, aún no habían colocado sus prendas en un sitio.

—Señorita Millford, la doncella vendrá pronto a arreglar sus prendas. Con permiso —se despidió el sirviente que la acompañó.

Estaba próximo a oscurecer y pronto debían bajar para la cena. Decidió sacar algunas cosas

por su cuenta y ordenarlos en la coqueta habitación. Tenía una gran cama con dosel, unas cortinas de color dorado, un guardarropa tallado de tamaño aceptable y un escritorio con silla.

Abrió el baúl y quedó pálida del susto. Ava le sonrió nerviosa al verse descubierta.

—¡Es por eso que no te vi al salir! —acusó Agatha a su hermana—. ¡A qué has venido! ¡Por qué todos quieren arruinar mi estadía aquí! —se quejó zapateando.

—Lo siento. Estuve meditando sobre mi futuro y como la miseria es inminente, quise conocer lo que es este lugar al que nunca asistiré. Lo describiste tan hermoso que la tentación de venir fue muy grande.

—¿Qué haré contigo? Es una inconsciencia tuya, pudiste morir en mi baúl.

—Es lo bueno de ser delgada...

—Esto es delicado, Ava. Nuestros padres lo notarán.

Ava no pudo decir nada, su hermana mayor tenía razón.

—Debo hablar con Mary Anne. No saldrás de aquí estos cuatro días...

—Para mí no es nada nuevo vivir encerrada. Estoy acostumbrada, puedo quedarme en tu habitación y dormir contigo.

—No es el encierro. No fuiste presentada aún y no cumples con la edad para esta clase de compromisos sociales.

—Lo entiendo, pero me conformo con mirar por la ventana, te aseguro que no saldré.

No podía hacer nada más que aceptar la tontería de Ava. Aquella necesitaba muchas cosas para entretenerse, tenía ideas que no iban acorde con su edad, y en parte ella tenía la culpa. Estaba más preocupada por sí misma que por la salud mental de su hermana. Era consciente de que sus posibilidades de casarse eran pocas debido a su condición. No era como las demás de su edad, incluso las pelirrojas eran más bonitas que una rubia exagerada y blanca como una nube.

Agatha dejó que la doncella viera a su hermana y le informara a Mary Anne sobre la invitada no deseada.

Ava ayudó a Agatha a vestirse para la cena y quedó pendiente a lo que ocurriera. Cuando ya no escuchó barullo en los corredores, se propuso a salir pese a decirle a su hermana que no saldría.

Abrió la puerta, salió sigilosa a recorrer y observar los detalles en los pasillos que, escasamente se podían distinguir con la suave iluminación del sitio. Recorrió un largo trecho hasta olvidar cómo volver a la habitación.

Cuando estaba por retornar escuchó unos pasos y ella no sabía qué hacer. Fue de un lado al otro, presa del pánico por ser descubierta. Sin más preámbulos abrió una de las puertas y se metió adentro.

—¿Quién es usted? —increpó la voz de un caballero.

—¡Lo siento, no soy nadie!

Escuchó que el caballero se levantó de la cama, apresurado.

—¿Es una doncella? Ya es de noche, me he quedado dormido...

—No soy una doncella, disculpe la intromisión —dijo abriendo la puerta para salir.

—Es muy joven para estar aquí. Soy Frances.

—¡Por favor no me delate! Vine en el baúl de mi hermana. Ella tenía razón, fue una tontería.

—No voy a delatarla, le agradezco que me despertara, aunque no estaba muy animado de ir a la cena. ¿Quién es su hermana?

—La señorita Millford, soy Ava.

—Las habitaciones para las damas están del otro lado. La acompañaré...

—¡No hace falta, me iré por mí cuenta! —anunció, huyendo del lugar.

Capítulo 22

Ava corrió sin rumbo hasta que vio las escaleras que iban hacia el recibidor. Se sentía aliviada, pues había pasado frente a ese lugar. Estaba cerca de regresar a la habitación de la que no debió salir. Alguien advirtió de su presencia, por lo que su estadía estaba en riesgo.

En la cena, Agatha se sentó al lado izquierdo de Mary Anne. Duncan fue asignado con propósito junto a la dama que debía conquistar.

Agatha miró al caballero colocándose la servilleta en el cuello, mientras la observaba con detenimiento. Cuando se sirvió el pato, ella sonrió al verlo dudar con respecto a los cubiertos que debía utilizar. Por un momento se le pasó burlarse de él, pero sabía que le esperaba un castigo.

—Cuidado, milord, no tome al pato por la pata —murmuró burlona. No pudo sujetar su lengua por mucho tiempo.

Duncan sonrió y miró hacia otro sitio a la vez que se acercaba a murmurarle a Agatha una respuesta que la dejara sin mucho apetito.

—Sabe lo que ocurrirá. Me debe un beso. A este paso, se le gastarán los labios, señorita Millford. ¿Le gusta el pato?

Ella se sonrojó al escuchar la réplica de él. Quería caprichosamente golpear sus muslos con las manos, pero solo sostuvo su tenedor con más fuerza.

—No tengo la culpa de que no esté educado para compartir una cena con gente correcta.

—Son dos. Aprendí a sumar cortas cifras cuando era un ignorante domador de caballos. Supe seguir las órdenes desde que era un niño, pero usted, no sabe sumar su cantidad de groserías, ni respetar la advertencia de que será castigada.

Ambos se quedaron callados después de eso y continuaron inmersos en sus platos. Duncan sabía las reglas para comer en una mesa elegante solo que siempre tenía pequeños lapsus y caía en el juego de querer tomar una pata con la mano.

—Mi madre me dijo que tu hermana ha venido contigo ¿Cómo fue que no la vi? —preguntó Mary Anne, aprovechando que los demás comensales charlaban de tierras entre la comida.

—Vino en mi baúl. No sé en qué estaba pensando. Le dije que se quedara en mi habitación sin salir.

—Pobre de ella. Le enviaremos comida...

—Disculpen el atraso. Fue un descuido que me quedara dormido... —se excusó Frances entrando al comedor.

—¡Oh, excelencia! A todos nos ha pasado alguna vez. Siéntese y disfrute de la cena —dijo condescendiente la señora Walton.

Frances se integró a la mesa junto a Louisa que le hizo conversación.

Los demás integrantes de la mesa hicieron plática entre ellos para luego llegar a un tema en común que consistiría en escoger la actividad después de la cena. Las damas votaron por la música y el canto, mientras que los caballeros querían jugar y beber.

—Vamos, Agatha, tu cantas y yo tocaré —animó Louisa, acomodando su vestido antes de sentarse en la banca del piano.

Agatha aceptó y se colocó junto a ella para divertir a los que quisieran escucharlas.

Duncan estaba consumido por una conversación de la que le hicieron participe. Y como

adoraba a los caballos, no dudó en perderse en aquello. Frances cada tanto hacía un comentario esporádico para no decir que estaba desinteresado en todo. No se sentía cómodo entre tanta gente conocedora de la vida. Parecía estar escuchando a Winston para aburrirlo con fatalidad. Se alejó de los caballeros con una inclinación de cabeza. Como encargado del joven y valioso duque de Northumberland, Duncan también abandonó la conversación para alcanzarlo.

—¿No te diviertes, Frances? —indagó con curiosidad.

—No. Preferiría estar haciendo otras cosas.

—¿No te agradaría escuchar a las damas?

Una sonrisa se colocó en el rostro del tímido muchacho.

—Sí, Winston no está y puedo distenderme un poco.

Mientras escuchaban a las damas, Frances recordó a la muchacha extraña que vio en su habitación, era la hermana de la preciosa señorita Millford.

—Casi no bajé a cenar. Una muchacha rara entró a mi habitación y me despertó. Me dijo que era la hermana de la señorita Millford.

—Esa es una pequeña alimaña. No dudo que en el futuro sea como su hermana. Escuché a la señorita Mary Anne decirle a la señorita Millford que le enviarían comida a la niña a la habitación.

—¿Es una niña?

—Debe tener como mucho quince años, pero está tan perturbada como cualquier otra muchacha casadera —advirtió Duncan en tono bajo para que no lo oyeran.

—No me pareció perturbada.

—Saldrá de aquí así. Estará todos los días encerrada.

—Qué tristeza. Estar en un lugar tan bonito y no poder salir...

Duncan dirigió su atención a Agatha después de que Frances bostezara en su rostro y se disculpara por tener que irse. Él estaba pensando en la mejor manera de cobrarse los dos besos que estaban pendientes.

Al escucharla cantar no solo se dio cuenta de que era bonita, sino que tenía una voz que nada se parecía a su actitud. Pudo verla como una muchacha común con un talento desarrollado en base a la disciplina. Conseguía asegurar que era una maniobra para conseguir esposo. Nadie quería una esposa que lo aburriera, ni él deseaba eso.

Los caballeros se acercaron a él para invitarlo a una partida de cartas. No lo rechazaron en ningún momento por haber sido un domador de caballos, sino que estaban interesados en las técnicas para tener controladas a sus bestias.

Para jugar a las cartas en ese juego en particular, era un genio, solo que las apuestas de los nobles y hombres ricos no se trataban de bebidas o un pedazo de comida, sino que estaban apostando caballos y muchas guineas. Él también entró al juego colocando monedas sobre la mesa.

Una vez que Agatha terminó con la garganta cansada, fue a tomar una bebida y no pudo evitar ver la diversión que se desprendía de la mesa de los caballeros. El conde bebía su brandi y después se llevaba la pipa a la boca, para al final reír por estar ganando el juego. Sin desearlo, una sonrisa se escapó de sus labios al verlo fiero, batallando con los demás hombres que por mucho lo aventajaban en educación, pero no en astucia.

Lo vio recoger la mesa con el brazo derecho al ganar esa partida. Como resultado se llevó dos caballos y una bolsa llena de guineas.

—Fue un placer haber jugado con ustedes, caballeros. Un juego más y me quedo con sus

fortunas y sus candidatas a esposa —agradeció, a la par que se llenaba los bolsillos con su ganancia.

Agatha al verlo levantarse se sentó junto a las damas, pero su boqueada delató que estaba muy cansada.

—Vete a descansar, Agatha. Tienes que ver a Ava. Le enviamos comida hace rato —comentó Mary Anne con discreción, pues debían evitar que su hermana pequeña fuera vista en demasía sin haber sido presentada.

Ella subió las escaleras rumbo a su habitación hasta que escuchó unos pasos que la siguieron. Al darse la vuelta, vio al conde con los fondillos cargados que se acercó hasta ella, sonriente.

—Tiene una voz encantadora... —halagó colocando sus manos detrás de la espalda.

—Gracias. El área de los caballeros está del otro lado —indicó Agatha con una mano.

—Lo siento, señorita Millford, pero hicimos un trato, un beso por un insulto. Vengo por mi beso y luego me retiro.

—¡Calle, sinvergüenza! —expresó con los dientes apretados.

—Vamos, coloque la boca así —indicó estirando los labios como si fuera a besar algo.

—¡No lo voy a hacer!

—Entonces vendrá alguien, nos verá, se escandalizará y eso será todo, en tres meses estaremos casados. ¡Oh, he tenido la magnífica idea para casarme con usted! Yo haciéndolo todo por el camino difícil... Soy un tonto...

Sabía que en parte era cierto, si los notaban, ese era el fin.

—¡Está bien! —aceptó zapateando—. Béseme y váyase.

—No. Béseme y me voy. Usted me ofendió y es la interesada en perderme de vista. Esfuércese para que quede conforme y la perdone.

Agatha miró a los lados del pasillo y se arrojó para darle un beso que se asemejó a la picadura de un mosquito.

—Vamos, señorita Millford, sé que puede más que eso.

Cerró los ojos muy enojada y luego volvió hasta él para darle otro beso que lo dejara compuesto.

Duncan no dudó en tomarla de la cintura y asfixiarla por su cuerpo de manera apasionada. Estaba más envalentonado después de la bebida, la pipa y la emoción de una buena racha.

Capítulo 23

Aquel parecía un momento perfecto. Tenía dinero en sus bolsillos y una mujer en sus brazos.

Para tener dinero, debió olvidar los intentos de Thomas por mostrarle los elegantes juegos de cartas que acostumbraba y que él detestaba por ser aburridos. Apostar era lo que le daba el condimento a la vida. Bien conocía ese juego y siempre tiraría a ganar.

El problema de todo el idilio de los bolsillos llenos y de la dama en brazos, era exactamente la última. Para conseguirla solo debía desquiciarla y que cayera por su boca como un pez. La sentía en principio reticente, pero a medida que él dejaba de lado la ansiedad de besarla reduciendo la intensidad del beso, ella parecía responder con torpeza, aunque lo rescatable era su respuesta.

Agatha lo siguió en el beso, ella se lo buscó y ahí estaba su castigo, tomándola de la cintura con olor a bebida y a tabaco. Quería saber dónde dejó la esencia de caballo que ella le había otorgado. No la tenía, era solo un hombre besando a una mujer. Esperaba rechazar su acercamiento como antes, mas, para su pena, le estaba resultando agradable. Ante esa resolución de su cabeza, alejó sus labios de él y se tapó la boca con la mano.

—Sé que quiere continuar tanto como yo... —aseguró Duncan—. Qué no le dé pena, señorita Millford.

—No diga sandeces. Váyase a dormir. Buenas noches. —se despidió para abrir la puerta, sin embargo, él la tomó de la mano antes de que girara el picaporte—. ¿Y ahora qué quiere? Ya recibí mi castigo.

—Quería invitarla mañana para pasear a caballo. Es la primera actividad del día, se lo oí decir a la señora Walton.

—Es su especialidad —dijo, para molestarlo.

—Sí, por supuesto. También las mujeres son mi especialidad.

—Vaya mentecato resultó ser...

—Debo responder de esta forma para no volver a exigirle un beso. Piense, señorita Millford, estará más segura con un experto en caballos que con el señor Elton o lord Churston. Si me deja aconsejarla, lord Middleton es más diestro con los caballos, es el único que no apostó a sus animales.

—¿Qué le parece si lo dejamos a la suerte?

—¿A cuál de las suertes?

—A la mía, por supuesto. Si tengo suerte me quedo dormida y no voy..

Duncan rio guasón al escucharla. Si podía la metía a su cuarto y la convencía de cualquier cosa con sus atenciones. Estaba ansioso y deseoso de que ella decidiera darle su tan anhelada oportunidad.

—Qué así sea. Qué tenga buena noche, señorita Millford... —pronunció y se arrojó a darle un beso para luego echarse a correr antes de que reaccionara.

—¡Rufián! —expresó tambaleándose después de que rompiera el beso.

Se apretó con fuerza la mano para luego alzar la nariz de manera altanera. Abrió la puerta para entrar y encontró a su hermana presta a saber sobre lo que ocurrió en el pasillo.

—Agatha...

—Duerme bien... —refirió sentándose frente al espejo para sacarse las horquillas.

—¿Cómo es que te dejas besar por un caballero al que no soportas?

—De la misma forma que soporto tu estadía aquí: obligada.

—Se me hace romántico como hace para ganarse tu afecto.

—No es romántico, Ava. En algún momento tendrás a un caballero insoportable espiándote y haciendo planes por ti. Ese será el momento en que dirás: «Oh, pobre Agatha, todo lo que sufrió».

—Eso no ocurrirá porque es probable que no me case. Veré cómo los demás lo hacen y me alegraré por ellos.

—¿Y de qué piensas vivir? Nuestros padres están quebrados, no te darán una pensión para que vivas como una respetable solterona.

—De ti. Cuando te cases con el conde, iré a vivir con ustedes. Me enviarán a una escuela para señoritas y después, para liberarse de mí, me darán una pensión...

Agatha dejó de mirar al espejo para observar a su hermana como si fuera una extraña y perversa criatura.

—No te llevaremos a ningún lugar porque no nos casaremos.

—Lo que tú digas, Agatha —masculló su hermana ayudándole con su cabello.

Después de que Agatha evitara seguir en sus conversaciones con Ava, tuvo problemas para conciliar el sueño. Pensaba en sus constantes encuentros con el conde. El techo no le daba la respuesta que buscaba, ni la ventana cerrada con el insistente sonido de los grillos era tranquilizador.

Estaba sintiendo temor de que le agradara el grosero caballero. El momento en que colocó una sonrisa al verlo jugar fue cuando se dio cuenta de que estaba llegando al abismo de la resignación. Si tomaba la propuesta de ir con él a cabalgar sería terrible, pues buscaría la ocasión de molestarlo y por ese intermedio conseguir un beso al que se negaba constantemente.

Cuando logró dormir, Ava la removió para que se levantara, era de día y tenían actividades.

—¡Agatha, tienes que ir a cabalgar!

—No tengo que ir.

—La suerte no te ha sonreído. Tienes un lindo vestido de montar color olivo. Lo he apartado para ti.

—¿Sí? Ava, no quiero ir con ese caballero a ningún sitio y menos a uno de sus lugares predilectos como es un establo —replicó con la frazada cubriéndola hasta los ojos.

—Está bien. La habitación es muy acogedora y pasar el día conmigo te ayudará a divertirme mucho.

—¿Te molestaría arreglarme el cabello para salir a montar con el conde de los caballos?

—¡Por supuesto! ¿No has notado que ya no lo llamas domador de caballos? Ahora es el conde de los caballos...

Cerró los ojos para evitar desesperarse por su cruel suerte. De los males el menor era el que escogió, al menos su acompañante diestro con los caballos le sacaría unas risas estafalarias porque podría burlarse a sus anchas de él. Con Ava, en cambio, no podría. Estaría muerta en dos horas. Quería a su hermana pequeña, sin embargo, en ocasiones llevaba a ponerla de mal humor y no podían estar dos horas juntas en una misma estancia.

Distraer su mente era una buena opción para no pensar en todas sus desgracias.

Duncan se veía diferente como un caballero con su ropa de montar. No era aquella tela corriente que usaba y que por más que se fregara, la suciedad por las caídas del caballo no salía. En ese instante era un hombre de impecable vestir y orgulloso. Estaba seguro de que conseguiría

salir a cabalgar con Agatha.

—La señorita Millford es un verdadero dolor de cabeza—comentó el señor Elton, mientras esperaban al resto de los asistentes para ir al paseo.

—¿Por qué lo dice? —curioseó Duncan desconociendo las antiguas intenciones del caballero para con Agatha.

—Le pedí matrimonio un día a la señorita Millford y me rechazó.

—Yo no se lo he pedido.

—Pero va por ese camino. Le advierto que es mejor retirarse dignamente...

—Señor Elton, las damas como la señorita Millford son como los caballos indomables, tienen dos opciones: la recompensa o el castigo. En este momento es castigada, pero su recompensa será de grandes praderas para correr cuando acepte las cosas. Cuando yo pensé que ser un conde era mala idea, me castigué por aquello, sin embargo, hoy gozo de mis praderas.

—Es una analogía interesante, pero sepa, que usted no se llevará una yegua, sino una mula muy testaruda.

—Disculpe, señor Elton. Nunca he hablado mal de una mujer, ni cuando era un empleado sin educación.

—Excúseme, milord. Solo estaba intentando prevenirlo sobre esa muchacha tan hermosa y perversa, que no mide el daño en el corazón de sus más fervientes admiradores.

Duncan se sonrojó al escuchar la frase «fervientes admiradores». Sabía que la belleza de Agatha era cegadora, aunque no imaginaba un séquito de admiradores detrás de sus faldas. Era una imagen que no deseaba que su mente formara.

En medio de aquella conversación, vio bajar a Agatha de las escaleras y en realidad podía imaginarse en la primera fila de sus adeptos suplicando un beso.

Se acercó hasta ella abandonado al señor Elton de tan pésima conservación.

—Buen día, señorita Millford. Está muy hermosa esta mañana...

Ella desvió su mirada y agradeció con una inclinación de cabeza. Primero desayunaron con un poco de apuro para disfrutar del día y luego salieron para buscar a los caballos que estaban ensillados y prestos para el paseo.

Duncan ayudó a Agatha para subir en el caballo. Ella era una muchacha que conocía de montar, se veía segura sobre la yegua, mientras él subía al lomo de un excelente ejemplar de purasangre.

—¿Sabe la fortuna en caballos que hay en estas caballerizas, señorita Mary Anne? —indagó Duncan con diversión y sorpresa.

—Imagino que mucho. Mi padre siempre lo dice, le encantan los caballos más que su familia...

Él rio con Mary Anne por el comentario. Agatha al verse ignorada por su acompañante exigió a su caballo que partiera unos pasos delante de ellos. Prefería ir sola a escuchar las tonterías del padre indiferente de Mary Anne.

Duncan alcanzó a su apresurada señorita y le habló.

—¿Es cierto que el señor Elton la pidió en matrimonio? —preguntó para iniciar su plática.

—Hay dos cosas de las que una dama como yo no puede librarse. Una de ellas es usted y la otra es el pasado. Sí, es cierto aún debe estar echando humo por la nariz.

—¿Por qué lo rechazó?

—¿No es evidente? No estoy desesperada, bueno, no lo estaba —indicó sonriente.

—Entonces me sobran esperanzas...

Agatha levantó una ceja al verlo y espoleó a su caballo para tomarle ventaja. Él sintió que aquello era un desafío y, tentado a ganar, intimidó a su animal para ganarle a ella que solo vio una

gran cantidad de tierra que levantaba el potente caballo con sus herraduras. También hizo lo mismo que él para ganarle en aquel juego que habían hecho sin querer. Dejaron muy rezagados a los demás y continuaron inmersos en la competencia.

—¡Auxilio! ¡Qué alguien pare a este animal! —gritó la voz de una dama que iba colgando de las riendas de su caballo.

Duncan hizo lo posible por hacer que su caballo volteara para ir detrás de la muchacha en apuros que iba sobre otra bestia. Abandonó la carrera que estaba teniendo con Agatha para ir y salvar a la joven.

Ella también viró a su yegua para seguir a Duncan y ver qué ocurría con la dama que particularmente le resultó conocida, pese a estar colgada, esos bucles bien formados no podía dejarlos pasar con facilidad, era la vecina de los Walton.

Capítulo 24

Duncan siguió a la nerviosa y asustada muchacha. Creyó que aquella era lady Poppy, la prima de Thomas, sin embargo, no podía ser ella porque no vendría de tan lejos para desgraciarse en un campo, aunque solo Poppy podía ser tan torpe para quedar colgada de las riendas.

Azuzó a su caballo hasta darle alcance al de la muchacha y poder detenerlo tomando sus riendas.

—¡Gracias a Dios que sujetó a esta bestia terrible! —exclamó con una sonrisa nerviosa—. ¿Le molestaría bajarme de aquí? He venido demasiadas millas de esta forma para contarle.

—Por supuesto. Déjeme ver qué hacer.

Buscó en un lugar de su bota, un pequeño cuchillo, pues las riendas estaban dejando descoloridos los brazos de la muchacha. Sería difícil sacarla sin cortarlas.

Agatha se acercó con el caballo y observó a Duncan que estaba cortando las riendas del caballo de quien ella pensaba. Era lady Emma, la hija del marqués de Alisa. Esos bucles no los tenía cualquiera, solo una muchacha de su clase y sofisticación. Notó que la moza no le perdía de vista a quien era su salvador. Recorría el rostro de él mientras aquel intentaba tranquilizarla con una sonrisa.

—Es cuestión de un poco más de paciencia. Sé de caballos. Usted le estiró las riendas con violencia y este solo respondió.

—Soy una tonta. Escapé de la casa porque deseaba saber si podía montar a un caballo sola sin el acompañamiento de un instructor.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —indagó curioso al soltar las riendas y dejar libre a su simpática dama en apuros.

Ella tomó la mano que con caballerosidad le ofreció Duncan para levantarse. Emma lo agarró con fuerza y miró a su rostro con determinación.

—Que necesito de otro instructor. —respondió trastabillando del cansancio hasta recostarse por el brazo de él—. Gracias por sacarme de allí. Soy lady Emma, puede usted pedir lo que desee como recompensa. ¿Cómo se llama mi salvador?

—Le agradezco su gesto, con una sonrisa suya me habré ganado una fortuna, milady. Mi nombre es Duncan Nólam, conde de Sussex.

Ninguno de ellos se dio cuenta de que estaban siendo observados por Agatha desde el caballo. Ella carraspeó su garganta para que dejaran aquel extraño aura de sensaciones melosas que transmitían.

—¡Señorita Millford! —exclamó Emma al ver a Agatha, que no estaba interesada en recibirla con el mismo entusiasmo.

—Lady Emma, es un gusto volver a verla... —manifestó con educación.

Emma intentó caminar hacia Agatha, pero le resultaba penoso su estado para hacerlo. Tuvo que permanecer del brazo del amable caballero a quien no perdía de vista.

—Quisiera saludarla como es debido, sin embargo, me siento fatigada por la terrible carrera que acabó con un final feliz. Qué gracia de su parte estar acompañada de tan prodigiosa compañía como el conde, señorita Millford.

—La señorita Millford no piensa eso, milady...

—¿Cómo no va a pensar así! —expuso con genuina sorpresa, pues para ella, Duncan no solo era un ángel, sino el caballero perfecto, aquel que toda dama deseaba conocer.

—No es del todo cierto, no escuche con frecuencia a milord, puede ser un poco incongruente —replicó Agatha al verlo con recelo.

Duncan y Agatha se dirigieron miradas que conseguían significar el principio de una guerra. Emma pudo notar la tensión entre ambos y se decidió a escapar para regresar a su casa.

—Volveré a Green Hall, quizás noten mi ausencia —se apresuró a decir, mas, terminó cayendo por la debilidad al dejar el fuerte brazo de Duncan.

—No está en condiciones de ir sola. Podría llevarla en mi caballo si no la angustia estar con un caballero... —se ofreció Duncan, levantándola en brazos.

—Sería mucha molestia y además, echaría a perder su paseo con la señorita Millford —adujo la joven esperando que Agatha dijera alguna palabra.

—¿No le molestaría acompañarnos, señorita Millford? Al parecer son buenas amigas... —instó Duncan para que pudieran ir los tres. Él tampoco quería que se echara a perder su día. Le había costado conseguir que aquella dama se entusiasmara junto a él.

—Los acompañaré, entonces —decidió al fin.

Prestó atención en cómo Duncan la subió al caballo con cuidado para alzarla después y agarrar las riendas del caballo que arrastró a Emma por una gran trecho de camino. Giró los ojos demasiadas veces al ver a la muchacha que tenía los rulos como los de una estatua, inamovibles y perfectos, mirar con mucho interés a Duncan, mientras este, intentaba explicarle sobre caballos. Advirtió en un momento que Emma, se recostó en el pecho de él. Se escandalizó por un segundo y, al siguiente, estaba maldiciendo que Duncan bajara sus ojos hasta ella y le sonriera. Casi imaginó que se estaban besando.

Se reprochó por ir detrás de ellos como una tonta. Su mente le dijo que formaban una pareja muy bonita y ella solo quería romper el fuerte que tenía. Ni hacían buena dúo, ni le agradaban. Emma nunca le terminó de agradar. Tan dulce, hermosa y tonta, se llevaba todos los aplausos y miradas en donde iba. Incluso el caballero al que rechazaba estaba deslumbrando por la tontería de Emma.

—Mis padres son especiales. Cuando me vean llegar con usted, van a regañarme.

—Yo también la regañaría por ponerse en peligro de esa forma. Si no sabe montar con alguien, menos debería hacerlo sola —reprochó Duncan sin mucha dureza. No podía ser bruto con semejante dama cargada de dulzura y fineza. Era un sacrilegio siquiera pensar en regañarla. Esos ojos azules y su cabellera rubia solo podían decir que era un ángel frágil.

—La señorita Millford es un poco especial. Llevo unos años conociéndola desde que viene a *High Cottage*. No es la mitad de agradable que Mary Anne, ni la mitad de graciosa que Lady Louisa.

—Tampoco crea que yo le caigo en gracia.

—¿Le ha propuesto matrimonio?

—Eso es algo que no discutiré con una muchacha desobediente...

Al llegar cerca de la casa de Green Hall vieron un gran movimiento de personas. Al parecer se dieron cuenta de que lady Emma desapareció.

—¡Muchacha testaruda! —reclamó una mujer de unos joven.

—Señorita Brown, yo quería... —pronunció Emma, sin embargo, observar a su padre saliendo de la casa, la hizo callar.

—Muy lista para engañar a la señorita Brown, Emma... —aseveró el marqués de Alisa—. Tu

madre está deshecha pensando en que algo te ocurrió al salir con ese caballo.

—Lo siento mucho. No ha pasado nada ¿No es así, milord? —preguntó a Duncan, esperando su apoyo.

—El animal la estaba arrastrando. Se ha salvado de milagro —confesó, dirigiéndole a Emma una mirada de disculpa.

—Muchas gracias por haberla traído, y tú, Emma, irás adentro a dar muchas explicaciones —exigió su estricto padre.

La preciosa muchacha se despidió de Duncan con una apresurada reverencia y también de Agatha, que inclinó su cabeza para corresponder.

La mujer que estaba esperando a Emma fue detrás de ella a la casa. El marqués de Alisa no le perdía de vista a Duncan hasta decidir ir adentro.

—Linda familia... —comentó Duncan entregando las riendas a unos lacayos para poder irse con Agatha.

—Igual que todas las familias, milord.

—Le aseguro, señorita Millford, que mis padres no me hubiesen hecho pasar vergüenza, primero muertos antes que humillarme.

—Los míos son lo contrario a los suyos.

—¿Le agrada lady Emma? Me contó que se conocen de unos años atrás.

—Me agrada tanto como una serpiente en un campo. No la veo desde hace tiempo. Se fueron por unos años.

—¿Sabe la razón?

—Quizá los marqueses pensaron que era mejor casar a su hija con algún noble francés. Emma debió presentarse antes que nosotras y no lo hizo en Inglaterra —contó Agatha.

Se quedaron en silencio, mientras, Agatha pensaba en qué decirle. No soportaba a Duncan en ese momento. Estaba segura de que él tenía aroma de jazmines que provenían de Emma.

—¿Y qué le pareció lady Emma? —curioseó mirando a otro sitio.

—Una muchacha irresponsable y muy mimada. Los caballos no son para jugar, señorita Millford, al menos ella no debería acercarse a uno. Muy bonita, pero demasiado imprudente. Olía muy bien.

—¿Sí? Quiero regresar a *High Cottage* —dijo ella cortando la conversación.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansada, no he dormido bien.

—¿Me odia no es así?

—No invertiría mi valioso tiempo para odiarlo, eso sería darle más valor del que merece...

Duncan hizo unos sonidos con la boca. Agatha se había puesto grosera y él pensaba educarla. Acercó su caballo al de ella y tomó sus riendas para traerla con todo y caballo.

—Mi beso, señorita Millford... —pidió acercándose.

—¿Un beso? ¿Por qué? ¿Por decir que estoy cansada? Esto es un abuso —añadió quejosa, alejándose de él, pero Duncan no la dejó ir lejos, volvió a acercarla y en esa ocasión para tomar posesión de sus rosados y curvados labios.

Como en cada principio, Agatha quiso resistirse, aunque al final, terminó danzando con su lengua junto a la de él. Estaba enfadada y desconocía la razón. Ver a Emma tan bonita como siempre era algo impío para sus ojos.

—¿Cuando me dará una sonrisa, Agatha Millford? —pronunció sobre su labios sin perderlos de vista.

—El día en que me haga reír —sentenció, dejándolo solo en aquella pradera.

Espoleó muy molesta a su yegua. Solo quería volver al gran caserón. No estaba cómoda en la situación. Se desconocía. Quería poder identificar sus pensamientos y sentimientos hacia Duncan Nalam.

Capítulo 25

Después de que su hermana se retiró, Ava se quedó muy solitaria en la habitación. Era increíble que el día estuviera tan hermoso y ella debiera permanecer en ese cuarto por haber sido descubierta por Agatha.

Les enviaron una carta a sus padres para que no se preocuparan por ella. Estaba muy avergonzada de no avisarles que haría algo. Pudo haberlos matado de un susto.

Escuchó unos toques en la puerta, pensando en qué era su desayuno la abrió sin dilación. La figura de un joven alto y delgado la sorprendió.

—Señorita Millford, me parece injusto que permanezca encerrada en tan bella propiedad. La invito a pasear de manera a que no seamos vistos por el resto... —pronunció Frances con un poco de pena. No era de hablar con damas de muchas edades, solo con su abuela.

Ava le hizo una reverencia, pero bajó los ojos avergonzada.

—Usted es un invitado. Debería estar cabalgando con el resto.

—No me apetecía. Esperaba un poco más de la convivencia aquí, pero he caído en cuenta de que por mi edad no encajo, ni me toman en serio.

—Tal y como a mí. —sonrió Ava—. A mí nadie me toma en cuenta. No salgo y no tengo amigas.

—Me ofrezco a ser su amigo. Las cosas en común estrechan relaciones. La nuestra es la soledad.

—¿Por dónde saldríamos si queremos pasear?

—Estuve observando la puerta del jardín. Está abierta, y los lacayos andan afuera, esperando a que regresen todos los que fueron al paseo.

—Debe ser rápido, antes de que vuelva mi hermana...

Frances le entregó una sonrisa y se hizo a un lado para que ella saliera. Después de cerrar la puerta, él la llevó por el abandonado camino a la salida del jardín.

Por una vez en mucho tiempo, Ava se sintió libre y de la mano de un extraño. Alguien muy amable que al igual que ella no encajaba con los que se encontraban ahí por diferentes razones. Estaba muy interesada en una amistad con el joven de quien no conocía nada y del que se aseguraría conocer todo.

Agatha luego de abandonar a Duncan muy lejos de la casona de *High Cottage*, se sentó bajo un árbol de manzanas y procedió a comerse un fruto. Miró el paisaje mientras mordía con arrebató la inocente fruta.

Emma era simple y perfectamente mentecata. El comentario que Duncan le hizo de que olía bien, fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Aquella muchacha era diestra para robarse la atención de todos, nunca la quiso porque desde un principio representó una competencia. Su alivio fue muy grande cuando le contaron que se iría por unos años a Francia.

En ese momento le molestaba más que nunca su presencia. Antes era soportable para ella compartir con Emma reuniones esporádicas. Si ese día le decían que debía reunirse con ella, terminaría volviéndose una huraña.

Cuando se decidió a regresar, advirtió que Duncan estaba junto a Mary Anne riendo y, sin dudas, contándole sobre el encuentro con Emma.

—A Agatha no le agrada lady Emma. No es bien vista por ella porque tiene destreza para desenvolverse entre las demás muchachas solteras. ¿Le dijo si estaba casada? —indagó Mary Anne.

—No se lo pregunté. No creo que esté casada. Alguien de ese estatus estaría cabalgando con su esposo y no dejándose arrastrar por un caballo —respondió Duncan.

—¿Cree usted que sería bueno invitarla a la cena? Si no está casada puede converger con algún soltero de aquí.

—Es su casa, señorita Mary Anne, usted dispondrá de invitarla, no tengo reparos. Con sinceridad me ha parecido encantadora.

—Departiendo sobre agraciadas, se nos unirá Agatha para el regreso —opinó la anfitriona observando a Agatha y a su caballo, colocándose junto a Louisa.

Duncan la observó con detenimiento. Estaba molesta, lo podía notar. Sonrió como un pillo creyendo que lo que aquella muchacha sentía eran celos de sus atenciones a su acérrima aversión. A él le convenía seguir prestándole sus atenciones a lady Emma, pues al parecer, solo podía celar de ella.

Era amable con todas las damas, pero Agatha solo no toleraba a Emma por aquella absurda rivalidad que la separaba de tan amable criatura como la vecina. Si tan solo Agatha fuera como Emma, sería feliz, aunque ese deseo significaba que no estaba conforme con la poca predisposición de su amada.

Con toda la paciencia, la galantería y sus recursos a disposición de ella, no consiguió más que rechazos y tímidos acercamientos. ¿Por qué debía obligar a alguien a que lo amara con la misma intensidad? Ella nunca lo amaría como él esperaba. No quería decaer con ese pensamiento, pero, mientras la miraba, parecía más alejada de él y las palabras de Winston y Thomas tomaban fuerza para que buscara a alguien que lo quisiera.

Mary Anne se despidió de Duncan para que un caballero triste por haber apostado a su caballo, intentara recuperarlo. Vio la oportunidad perfecta para indisponer a Agatha que, para su gusto, estaba teniendo germinantes sentimientos hacia el domador de caballos.

—El conde me ha contado su apasionante historia al salvar a nuestra querida amiga Emma —comentó marrullera para que Louisa comprendiera el sentido y la siguiera en el juego—. Me dijo que Emma era encantadora...

—Encantadoramente lerda. —escupió Agatha, harta—. Solo a ella se le ocurre tomar un caballo sin instrucciones previas. Espero que sus padres la castiguen sin dejarla salir en todos estos días.

—¿Cuál es la razón por la que te molesta tanto Emma? —increpó Louisa, al notar que Agatha casi no había respirado por decir aquello.

—Pienso que fue porque los interrumpió a ella y al conde en una carrera clandestina, donde ella le llevaba una ventaja indecente a un caballero... —insinuó Mary Anne.

—¡No era una ventaja indecente! —se quejó vehemente.

—Comprendo. —dijo Louisa antes de reír con picardía—. La gran señorita Agatha Millford, beldad de Londres, siente celos de lady Emma por las atenciones que le da el domador de caballos, como lo llamas, Agatha... —quebrantó.

Agatha se sonrojó y avergonzó por la vinculación que hacían entre ellos. Cómo odiaba esas cosas, y más la indignaba él con sus tonterías evidentes para perseguirla, acosarla, sofocarla en atenciones y luego, también, darse la magnificencia para abandonarla por atender a una urraca tonta.

—Digan lo que quieran —declaró engreída—. No soy la culpable de nada...

Louisa y Mary Anne asintieron antes de bajar de sus caballos para entregárselos a los lacayos al igual que Agatha.

Ella se quitó los guantes y caminó con celeridad para dejar atrás a sus amigas, que de eso no tenían nada.

Ava vio desde lejos que llegaron los demás invitados y entre esos debía estar Agatha, que la despellejaría si la notaba afuera y más, acompañada de un muchacho que resultó ser un duque. Todavía no podía creerlo. Era tan amable, sufrido y huérfano, que lo adoraba, además de un gran conversador.

—Si Agatha ve que no estoy, me matará... —dijo apresurada, levantando el mantel donde estaban sentados.

—Fue una mala idea robarnos el mantel.

—Solo lo arrojaremos a la cocina y nos echaremos a correr como trastornados.

Frances y Ava, corrieron hasta dentro de la casa. Él no dejó de reír en todo aquel tiempo, había hecho su primera amiga desde que estaba en Inglaterra. Le aseguró que mantendrían correspondencia para encontrarse y conversar.

Dejó a Ava en la habitación y él cruzó de largo, encontrándose con la hermana, mientras esta subía la escalera. Le hizo una inclinación de cabeza y pasó de largo.

Agatha no notó nada extraño en el comportamiento asocial del joven duque. Se lo notaba incómodo en cada reunión a la que asistía.

Al pasar la puerta, vio el desayuno que le llevaron a Ava y que por alguna razón ella no había comido. Su hermana estaba sentada en la cama, agitada con un libro en la mano.

—¿Por qué no has desayunado? —increpó, quitándose el sombrero para arrojarlo sobre la cama.

—No tenía hambre...

—¿Qué estuviste haciendo, Ava? —inquirió perspicaz al verla nerviosa, pegando el libro al rostro.

—¡Solo que este libro no es para niñas! —exclamó dejándolo tirado frente al sombrero de su hermana.

Se acercó a la bandeja y bebió el té que estaba muy frío por no haberlo tomado cuando se lo llevaron por estar ausente.

Agatha no siguió preguntando. Le pidió a Ava que la ayudara con sus prendas para el almuerzo.

En el despacho de *High Cottage*, Mary Anne convenció a su madre de que le enviara una invitación a lady Emma para la cena. La señora Walton dudaba de que dejarían ir a la joven a quien mezquinaban con rigidez. Siempre la familia del marqués de Alisa había sido muy estricta con respecto a Emma y de seguro, con tantos caballeros cerca, se negarían a enviarla.

En la cena, se hizo la misma disposición en la mesa, guardando un lugar para Emma por si la enviaban. Frances se disculpó por sentirse indisputado para la cena y pidió que le fuera servida una comida liviana en su habitación.

Para esperar un poco a la visita colocaron a la antigua institutriz de Mary Anne en el piano y que algunos pudieran bailar si deseaban, aunque nadie lo hacía, solo conversaban en tertulias.

Agatha estaba platicando junto a la señora Walton sobre *Almack's*, y aquel no era un tema que le era ajeno en lo absoluto. Hablaban con animosidad, salvo hasta que la madre de Mary Anne dijo lo impensable.

—Estuve detrás del conde de Sussex para que pretenda a Mary Anne, sin embargo, no he notado que pasen de solo una amistad. Espero que no te moleste, querida Agatha, tu madre me ha dicho que él es tu pretendiente de manera oficial.

—Mi madre me avergüenza cuando puede, quisiera que la disculpara por su intromisión en sus asuntos...

—Ni hay que decirlo, creo que he perdido el tiempo y también tu madre...

—¿Mi madre?

—Sí, porque Mary Anne me dijo que lady Emma le resultó encantadora al conde y que tenía los ojos deslumbrados cuando hablaba sobre ella. Esta noche debería venir. Le hemos extendido una invitación para la cena...

—Conque vendrá... —fue lo único que pudo articular ante las indiscreciones de la señora Walton.

Agatha dirigió sus furibundos ojos verdes a Duncan que estaba muy cerca, cuando conversaba con el señor Smith, el cual estaba muy cómodo hablándole de sus inversiones. Eso solo hacía bostezar a Duncan.

Después de una boqueada, pudo ver el rostro de Agatha, sintió que ella lo odiaba en verdad. No podía saber sobre lo que conversaba con la señora Walton, pero él se sabía inocente de cualquier cosa.

Se disculpó con el señor Smith alegando cansancio para ir a sentarse junto a Agatha.

—Buenas noches, señora Walton, señorita Millford —saludó sonriente.

—¡Oh, milord! ¿Cómo encuentra la velada?

—Agradable, aunque el hambre esté carcomiéndome, señora Walton... —respondió amable.

—No se preocupe, sé que los caballeros prefieren comer más antes que conversar, solo esperamos a una invitada.

—¿A quién? —Indagó con curiosidad.

—A su lady Encantadora —gruñó Agatha, calcinándolo con la vista.

Cuando iba a responder que no era su lady Encantadora, Mary Anne llegó como una tromba furiosa para tomar a su madre de la mano.

—¡Ha llegado lady Emma, vayamos a recibirla, madre!

—¡Disculpen, pero debo recibirla, esto es inaudito!

La señora Walton se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Duncan y Agatha se quedaron solos observando hacia donde había ido la anfitriona.

Emma ingresó al salón junto a su acompañante, la señorita Brown. Ella estaba impecable, con un vestido de seda que se notaba que era francés. Como siempre, sus bucles inamovibles llamaban la atención hacia su rostro pálido y cándido.

Duncan se levantó del asiento para recibirla, al igual que los demás caballeros.

—Ahí está parado su caballero, lady Emma —comunicó la señorita Brown.

—Sí ¿No le parece apuesto?

—Sí, y recuerde que solo por él la han dejado venir.

—Me tiene entusiasmada y es soltero... —contó antes de que la señora Walton la acapara por completo.

Capítulo 26

La señora Walton apabulló a Emma con mucha palabrería para halagarla, pero ella estaba acostumbrada a aquel tipo de atenciones, por lo que se sentía cómoda con la candidez de la señora. Mientras era acosada, no perdió de vista a Duncan que estaba sentado junto a Agatha.

—Vengan, lady Emma, señorita Brown... —pidió Mary Anne, llevándolas donde estaban sentados.

Agatha solo deseaba desaparecer en ese instante. Emma estaba radiante, como si nunca estuvo al borde de morir arrastrada por un caballo. Los rulos firmes como los de una estatua la matarían de un hartazgo, pero más rápido iba a terminar con ella, el hecho de que Emma se colocara frente a Duncan, extendiendo su mano para que él la besara.

—Buenas noches, milord. La señora Walton ha estado murmurando en mi oído, que usted está muriendo de hambre... —saludó Emma con la mano frente a él, que la tomó sin dilación antes de entregarle una gran sonrisa—. Le debo una disculpa por tan penosa espera, a usted y a muchos más, por supuesto.

—Cuando la señora Walton dijo que usted vendría, el hambre solo parecía una ligera molestia —condescendió haciendo que Emma se sonrojara, mas, creó en Agatha una gran molestia que la hizo desviar el rostro de ellos.

—Señorita Millford, buenas noches. Disculpe si interrumpo su conversación con el conde. La señora Walton me invitó a platicar.

—Lady Emma —mencionó levantándose para evitar una reverencia poco entusiasta y forzada—. No estábamos debatiendo nada importante.

—Me alegra, les presento a la señorita Brown. Ella es mi dama de compañía. Cuando la vieron hoy no tuve tiempo de presentarla.

—¿No es muy extraño que una muchacha tan joven tenga una dama de compañía y no una doncella? —Interrumpió la señora Walton—. Siéntese, lady Emma, continuaremos charlando.

Duncan le cedió el lugar junto a Agatha y él se quedó parado al lado de la no muy sonriente señorita Brown. Creyó de la misma forma que la señora Walton, que Emma era muy joven para tener una dama de compañía. Eso era ideal para mujeres de la edad de lady Sophia y lady Beatrice, a quienes en verdad les hacía falta otras damas para dejar de molestar a los jóvenes caballeros.

—Mary Anne me contó sobre su infortunado accidente con el caballo. Espero que no tenga mayores secuelas que un susto, lady Emma —habló la señora Walton.

—Yo para nada considero infortunado lo acontecido con el caballo. Opino que algo malo sería perderme de conocer al amable conde de Sussex...

La risa de Agatha no era burlesca, sino irónica, hasta el punto de conseguir la atención de los diez ojos que la miraron.

—Yo considero más afortunado perder de vista a tan agradable caballero... —entonó con picardía.

—Tan afortunada es nuestra querida señorita Millford, lady Emma, que al parecer ha tenido promesas de nuestro estimado conde —interrumpió Mary Anne haciendo que Duncan pareciera en su incipiente vergüenza.

Hablaban de él como si no estuviera presente. Aunque lo más relevante de todo eran los tan evidentes celos de Agatha hacia Emma. Podía soportar la vergüenza al saberse apreciado por ella.

—Es tan afortunada, señorita Millford, quién no quisiera estar en sus zapatos... —congratuló Emma, recibiendo una negativa de la señorita Brown por ese comentario.

—Estoy presente, damas. Me siento un tanto halagado por los comentarios, pero no es bueno alentar la vanidad de un caballero.

—Es cierto, qué tontería. Retírese, milord, es mejor que no siga escuchando —mandó la señora Walton.

Él hizo una reverencia, fue junto al señor Smith y los otros invitados.

Emma, Mary Anne y la señora Walton se reían sin parar porque él aceptó irse. Agatha no estaba cómoda con la conversación, por lo que se disculpó para buscar un aperitivo.

Desde donde se colocó para comer el tentempié, observó a Emma, tan espléndida dirigiendo sus ojos a Duncan. Ella negó con la cabeza varias veces y desvió sus ojos para mirar a la tranquilizadora pared color durazno.

—Debes tolerar tanta tontería junta, Agatha, recuerda que lo importante es cosechar las fresas mañana —se dijo buscando la tan desprestigiada paz.

—¿Desea que la acompañe a recoger las fresas, señorita Millford? —interrumpió Duncan, haciendo que ella pegara un salto y se tomara del pecho.

—¡Qué mala costumbre la suya de aparecerse de esa manera! No quiero recoger fresas con usted. Vaya y siéntese con lady Emma...

—¿Está celosa de ella? Pero si usted sabe que mi razón le pertenece...

—¿De qué sensatez está hablando? ¿Celos? ¿De usted? ¡Por favor! Mejor es que me mate de un susto para no seguir oyendo esto. Qué desdichada soy —replicó nerviosa queriendo pasar a su lado.

—Me debe un beso por haberme rechazado, no lo olvide. Espéreme en las escaleras después de la cena.

—No lo esperaré...

—Vamos, señorita Millford. Voy a disipar sus inseguridades —continuó provocándole.

—¿No le da vergüenza estar alentando a las damas y perseguirme?

—No estoy alentando a nadie.

—¿No? ¿Ni a Mary Anne, ni a lady Emma?

—Ahora solo falta que me acuse de que también quiero acaparar a la señora Walton.

—¡Solo eso le faltaría, sucio domador de caballos! —gruñó antes de dejarlo ahí parado para volver con las damas.

Cuando el estómago de la señora Walton dijo que todos dejaran de sufrir, se sirvió la cena.

—¡Lady Emma, colóquese aquí, al lado del conde! —indicó la señora muy entusiasmada. Conversó tanto con la muchacha y estaba deslumbrada con todo lo que le contó sobre París.

Aquel debía ser el momento más incómodo en la vida de Duncan. Tenía a dos mujeres hermosas que lo rodeaban. Agatha a su derecha y Emma a su izquierda. ¿Quién lo hubiese pensado antes? Ni él mismo lo imaginaba tiempo atrás, lo creía imposible. Era difícil no sentirse halagado con aquellas dos.

Mientras bebían la sopa, Emma se arrimó un poco a él para murmurarle algo muy cerca del oído.

—Mi padre me dijo que hablara con usted...

—¿Sobre qué desearía hablar?

—No tengo un instructor que me enseñe a cabalgar correctamente. Ha despedido al que me enseñaba porque dijo que lo distraía...

—No me sorprende. Yo también lo despediría. No pudo dejarla salir de esa manera.

—No era su culpa, sino mía. No he subido a un caballo en demasiados años. Le conté que usted es muy experimentado.

Duncan dejó de llevarse la cuchara a la boca para observar a la muchacha. Algo estaba tramando la niña y la familia.

—Ya no domo caballos, no me dedico a eso, milady. Mis responsabilidades son otras en este momento, pero puedo recomendarle a unas personas que son integras y no estarán distraídos con usted —aseguró dejando a Emma en absoluta desazón.

Agatha también dejó de prestarle demasiada atención a su comida, para mirarlos a ellos y escuchar lo que murmuraban con recelo.

Emma volvió a su sopa y no retornó a dirigirle la palabra a Duncan.

La señora Walton no dejaba de meterse en todas las conversaciones de la mesa, lo que hizo que la mayoría terminara más rápido la cena para pasar a la siguiente actividad.

—Señora Walton, yo debo retirarme... —comentó Emma que estaba muy pálida e iba sujeta al brazo de la señorita Brown.

—Lady Emma solo tenía permiso para la cena —se disculpó su dama de compañía.

—Oh, es una verdadera pena. Mañana haremos la tradicional cosecha de las fresas, lady Emma, les extenderé otra invitación.

—No creo que mis padres se nieguen a enviarme. Estaré aquí mañana.

La señorita Brown volvió a reprenderla con la mirada antes de dirigirse al carruaje, una vez adentro tuvo que tomar la palabra.

—Lady Emma, sabe que solo salió para conocer mejor al conde y cuando su padre sepa que fracasó porque él está interesado en la señorita Millford, no sé qué ocurrirá.

—Yo sé lo que ocurrirá. Me confinara a la habitación como lo que soy, un estorbo enfermizo. Yo quiero ser rozagante como la señorita Millford.

—Milady, no llore, no le hace bien debilitarse de esa forma. Me tiene a mí, que soy su compañera y estaré siempre con usted, no tema, porque yo la cuido —aseveró.

Emma tomó la mano de su dama de compañía y la apretó para animarse un poco. Sabía que había fracasado en sus intentos para conseguir la atención del hombre que la deslumbró, pero no debía darse por vencida.

En la casa, casi replicaron lo que ocurrió la noche anterior. Los caballeros jugaron, las damas cantaron y tocaron el piano.

Cuando Agatha se decidió por irse a dormir, se despidió de los presentes y subió. Desde la escalinata, vio la sombra del joven duque pasando hacia el lado de los caballeros. Aquel tenía un comportamiento muy extraño que la estaba poniendo un tanto nerviosa.

Cuando terminó de subir las escaleras, recordó lo que le dijo el conde de que lo esperara, pero ella se negaba a hacerlo, eso era como darle la razón de que estaba celosa, demostrando de esa forma un interés inexistente, según ella.

Antes de alcanzar la puerta de su habitación, miró a su espalda para ver si no la había seguido y, él no estaba ahí.

Suspiró cansada y se alejó de la puerta para esperarlo.

—Eres una tonta, Agatha. ¿Qué estás haciendo aquí? Tienes que darte cuenta de que esperas a un domador de caballos, que huele a caballo... No sé a qué huele...

—A tabaco y alcohol...

—Sí, a taba... ¡Basta de perseguirme! —exclamó al darse cuenta de que él estaba en un escondrijo.

—Me esperó —dijo dándole una sonrisa para luego tomar el rostro de ella en las manos.

Ella se mordió nerviosa los labios, ya sabía qué esperar. Si seguía escuchando a la parte negativa de su cabeza, terminaría muy mal.

Él percibió su ansiedad y no le dio tiempo a continuar torturada por ella. Se abalanzó sobre sus labios, recibiendo como premio una ávida respuesta.

Tenía las manos de ella en su nuca, pidiéndole que bajara más hasta su estatura. Aquella era una brisa de esperanza en su relación con Agatha, podía asegurar que aceptaría su propuesta de matrimonio en poco tiempo.

Capítulo 27

Duncan se separó un poco de Agatha para susurrarle sobre los labios lo que lo que pensaba sobre aquello que estaba ocurriendo entre ellos.

—Me siento fascinado por sus celos, señorita Millford. Acepte casarse conmigo, no tendrá más fiel amante que yo —declaró volviendo a arrebatarse con vehemencia en sus labios.

Agatha no podía responder, estaba inmersa en una calma y seguridad que no había experimentado en mucho tiempo. Odiaba al domador de caballos, pero estaba al borde de cambiar de opinión. ¿Cómo podía ser posible que sintiera atracción por él? Se encontraba en un confuso vaivén de sentir y pensar, entre sus prejuicios y sus más íntimos deseos por él. No iba a contestar nada, porque no había respuesta. Era tan orgullosa para hacerlo.

—Es suficiente, milord, váyase —pidió tomándolo del rostro para alejarlo, pero Duncan estaba empecinado en sus labios y no estaba dispuesto a dejarla ir.

Cuando se hubieron cansado del beso, él recostó su frente por la de ella y cerró los ojos.

—Solo diga que sí y acabemos con este juego. Ambos sabemos lo que ocurre y no quiera seguir solapándose en un odio inexistente. La deleito, soy su domador...

—Piensa que lo sabe todo, pero no conoce nada de los pensamientos y las complicaciones. Su atractivo no podrá cegarme. Piensa que es fácil estar aquí, dejándome convencer por sus rudos y coquetos modales, porque no diga que no es un perverso que se jacta de su atractivo para seducir a las damas.

—Nunca me habían llamado seductor con esas palabras, pero de sus labios suena como un halago.

—¡Ya váyase antes de que me arrepienta y comience a golpearlo! —expresó entre dientes antes de entrar a la habitación con la nariz alzada.

—Esta yegua es salvaje. ¡Mañana recogeremos juntos las fresas! —exclamó para despedirla.

Ella solo abrió la puerta, se metió a la habitación y levantó la nariz, frívola. Al no sentirse observada por él, bajó la cabeza y desinfló el pecho. No comprendía su comportamiento, solo sabía que le resultaba agradable.

Cuando se acercó a la cama vio durmiendo a Ava y no la molestaría para que la ayudara a cambiarse de prendas. Lo haría sola como llevaba varios meses habiéndolo por la crisis que azotaba a su familia.

Afuera de la habitación Duncan golpeó varias veces la pared de manera suave, estaba muy entusiasmado con aquella luz de esperanza que le había dado Agatha. No había sido grosera y, aunque se empecinara en serlo, ya no le creía. Detrás de la dura figura de una mujer bella, culta y refinada, se escondía la verdadera, esa que deseaba superar los prejuicios que los llevaron a no converger en nada.

Sobre Emma no tenía definido nada en particular. Era delicada y por completo diferente a Agatha. La vecina le mostraba sus atenciones y se encandilaba por él, mientras su amada le rehuía por temor.

Pensó que había sido muy poco diplomático al decirle a Emma que ya no se dedicaba a domar caballos y otros menesteres que tuvieran que ver con ellos. Estaba abocado en comprender sus estados financieros y no morir en el intento.

Sin dudas hubiera aceptado ayudarla si estaban en Londres, donde disponía de más tiempo. Su vocación eran los animales y no podía negarse a la petición de tan considerada señorita. Esperaba verla al día siguiente para comentarle sobre sus pensamientos.

Por la mañana, Agatha se colocó una prenda estampada para la cosecha de las fresas. Irían después del desayuno a las grandes plantaciones que tenían pasando las praderas.

El día estaba soleado y radiante, ir sin un sombrero y sin una sombrilla sería un pecado.

Mary Anne les repartió a todos unas canastas para que tomaran la porción que decidieran.

—Lady Emma ha enviado una carta muy temprano, alegando indisposición para venir. Me entristece que no pueda cosechar con nosotros —comentó desolada Mary Anne.

Agatha dibujó una sonrisa en el rostro porque no vería a Emma. Tendría su tan esperada cosecha de fresas en paz, sin que nadie quebrantara su buen espíritu.

—Es una pena. Me iba a ofrecer para ayudarla a con su caballo... —comentó Duncan recibiendo una mirada poco amistosa de Agatha por ese desafortunado comentario.

Él le hizo un gesto de que no comprendió su molestia, solo al verla irse tomando con violencia su canasta y casi cortándole la cabeza con la sombrilla se dio por enterado.

Le hizo a Mary Anne una apresurada inclinación y fue corriendo para alcanzarla. Ella tenía el paso firme hacia las plantaciones, siguiendo a los demás, solo que caminaba tan rápido que les dio alcance a los pocos segundos.

—¡Señorita Millford! —la llamó Duncan, con el aire faltándole en los pulmones.

Agatha no le respondió y continuó ignorándolo.

—¡Agatha Millford pequeña grosera celosa! —pronunció llamando la atención de la muchacha.

—¿Cómo me ha llamado?

—Agatha Millford...

—Eso se lo reprocharé a usted después. Lo que siguió es lo que me interesa.

—Pequeña grosera celosa...

—¿Cómo pudo decirme algo así! ¡Y también llamarme por mi nombre!

—Usted me dice domador de caballos, es lo mismo...

—¡No es lo mismo!

—¿No puedo ser amable con lady Emma?

—Sí, por supuesto que puede. Vaya, hágale una escultura para que sus bucles perfectos sean aún más encantadores. ¡Estoy cansada de escuchar su nombre! Mary Anne solo busca molestarte con esto. ¡No quiero oír lo dulce, perfecta, cariñosa y tonta que puede llegar a ser ella! —reclamó.

Él la observó con sorpresa y sonrió.

—Respire un poco. Se morirá así y yo, me moriré detrás de usted...

Ella farfulló cosas inentendibles y continuó su camino.

Lo que podían ver a lo lejos era mucho verde con un exceso de puntos rojos. Aquella imagen pareció sacarle una verdadera sonrisa a Agatha, que miró hacia atrás para ver si él la seguía.

Contempló por unos instantes las fresas antes de proceder a ir quitándolas con delicadeza de la planta.

Todos, al igual que ella estaban maravillados, incluyendo al joven duque que siempre se excusaba para no participar con el grupo.

Agatha vio a Duncan quitar las fresas con violencia, como si tratara de ahorcar a la fruta. Meditó que era mejor irse, sin embargo, por alguna razón, se volvió hacia él para enseñarle.

—Si las aprieta estarán muy golpeadas para comerlas después. Debe hacerlo con suavidad, observe... —dijo sacando una y mostrándosela—. ¿Percibe la diferencia entre mi cosecha y la suya?

—Sí. Sin dudas su cosecha es hermosa y perfecta como usted y la mía, es grotesca como yo... —alegó mirando su canasta.

—Usted puede ser grotesco para los caballos, pero a las fresas debe saber tratarlas. A mí me encanta que estén firmes y deliciosas. Disfrutaré de estas en mi habitación... —musitó dándole una sonrisa entusiasta que él le devolvió.

Louisa y Mary Anne de codearon al verlos sonrientes. Parecía que las invitaciones y el tiempo compartido marchaba viento en popa.

Continuaron recogiendo los frutos hasta que se llenaron las canastas de Duncan y Agatha.

Él la vio llevando con esfuerzo el fruto de la cosecha y se apresuró a ayudarla para que ella pudiese ir a refugiarse del sol. Aquella sombrilla que parecía de encajes no la protegía de nada. Agatha aceptó y le señaló un árbol tupido, alejado de los demás que seguían prestando atención a otras cosas antes que a las fresas. Mary Anne estaba acompañada de Louisa y lord Midleton que les explicaba alguna proeza en donde él era un entendido.

Duncan bajó las canastas al suelo y se dedicó a observar el rostro rojo y cansado de Agatha. Se sacó la levita y la colocó en el suelo.

—No es tan cómodo como los sillones de cualquier casa, pero al menos servirá para que no se ensucie...

Ella se sentó y lo miró.

—Me sorprende que me ofrezca un asiento.

—No es un asiento, es una levita.

—En este momento es un asiento —discutió tomando una de las fresas de su canasta para llevársela a la boca.

Él hizo lo mismo aunque solo le dio una mordida en la punta a su fresa.

—Está muy dulce —opinó Duncan con un poco de zumo escurriendo por la comisura de sus labios.

—Tiene algo saliéndose de su boca... —advirtió ella, sonriente.

Se lo limpió con rapidez y se dispuso a disfrutar de la vista que en ese momento tenía. Una dama feliz, cómoda y tranquila.

—Tome... —mandó él para que ella tomara la fruta que él mordió.

—Se lo agradezco, pero usted ya la mordió.

—Señorita Millford, siento decirle que usted me ha besado como si yo fuera su fruta, ahora, coma lo que le ofrezco, le aseguro que tiene menos saliva que mi boca —indicó ladino, burlándose de la expresión de sorpresa de Agatha.

Cómo le encantaba verla alterada, buscando en su mente la manera de dar vuelta la situación a su favor.

—Con gusto me comería una que usted hubiese mordido, sería como deleitarme en su labios... —continuó Duncan.

—¡No tiene razón para decir que nos andamos besando! ¡Es un asunto privado! —se excusó, avergonzada—. No me comeré esa fruta, nos verán.

—¿Lo que le molesta es que nos vean?

—¡No me cambie la conversación!

—Todos saben que yo quiero casarme con usted y que solo me da largas.

Duncan buscó en su bolsillo la gargantilla que le había comprado en un primer momento y se la enseñó.

—Otra vez le diré que deseo casarme con usted. Acepte mi mano y olvide lo que fui. Por usted he aprendido lo que no me interesaba. Sé leer, sumar y estoy a punto de administrar mi patrimonio con inteligencia. ¿Usted no puede hacer un esfuerzo por superar que haya sido pobre? He olvidado cualquier humillación que me ha hecho, señorita Millford y la prueba es esta. Mi confianza está puesta en usted...

Ella se quedó muda mirando aquella gargantilla que su padre vendió y él volvió a comprar. En verdad que sus intenciones eran las mejores y no sabía qué responder. Al parecer su desesperada opción se convertiría en lo opuesto.

Capítulo 28

La respuesta que Agatha le dio aquella mañana era algo parecido a lo que se esperaba, un simple y poco conclusivo: lo pensaré.

El paseo de *High Cottage* había concluido hacía dos días atrás y él estaba desorientado. Solo deseaba que Agatha le diera una respuesta positiva a su considerada propuesta de matrimonio.

Mientras él estuvo ausente, encontró una carta sobre su escritorio. Lady Sophia se fue a una de las propiedades donde vivió con el fallecido conde de Sussex antes de morir. Se llevó con ella a lady Beatrice, dejando también abandonado a Frances. Winston volvió de su viaje, pero se encerró en su domicilio.

Estaba solo. Daniel era dominado por su esposa Morgana Ross y Thomas se deshizo de su esposa enviándola a una de sus propiedades.

Él deseaba ser dominado como lo era Daniel, pero no conseguía todo lo que esperaba, iría junto a Agatha para hacerle una visita.

Agatha, mientras tanto, seguía escuchando los interminables reproches de su madre y su padre hacia su hermana Ava. Lo estaba disfrutando debidamente, aunque a la susodicha parecía no importarle, tenía una sonrisa satisfecha y más que nunca anunciaba una soltería.

Los problemas en su casa la hacían olvidar por algunos minutos los confusos y turbulentos pensamientos que la acosaban.

Tenía de nuevo en su poder esa gargantilla y la escondería de Ava, no sabía qué era capaz de hacer aquella ave rapaz. Se abstenía a pensar en la propuesta de matrimonio que le hizo Duncan. De la Agatha que inició la segunda temporada no había quedado nada, solo el rostro bello, pero agrio. El final de la temporada auguraba también, su importancia como miembro de *Almack's*. Nuevas damas se ganarían los ojos de las matronas y las pondrían a regentar.

Se entristeció con ese pensamiento. La tercera temporada era tan inminente como su falta de dinero para solventarla. No podía decir que había fracasado. Tuvo muchas propuestas de matrimonio que rechazó y tenía una que estaba firme y era la de Duncan.

Suspiró y pensó en qué sería su vida a su lado. Sin dudas no podía aburrirse, pero no quería vivir en el campo junto a un establo. Quería aún la vida social.

—¡Agatha, Agatha, Agatha! —exclamó su hermana para que le abriera la puerta.

—¿Qué quieres, Ava?

—¡Vino el conde! Está abajo esperándote, y quiero que le des una carta.

Agatha arrugó su ceño. ¿A quién le enviaría Ava una carta por su intermedio? Antes de abrir la puerta se observó en el espejo. Se veía muy bien como todos los días.

Al salir vio a Ava con una carta en su mano. Estaba excitada, casi trepando por las paredes.

—¿Para qué quieres darle esta carta?

—No es para él, es para otra persona —desentrañó Ava.

—Lo supongo, no tienes nada que hablar con él. Dime para quién es, Ava...

—Te lo diré, cuando tú me cuentes tus cosas...

Tomó la carta y dejó a su hermana en el pasillo. Era una pequeña atrevida curiosa que deseaba saber sobre la vida amorosa de Agatha, que la guardaba con recelo.

Bajó las escaleras negando con la cabeza.

—Buenas tardes, señorita Millford, vine a tomar el té con usted —pronunció Duncan, quitándose el sombrero ante ella.

Ella le hizo una reverencia y lo invitó a pasar hacia el salón.

—Si no queda de otra para que pase la tarde, lo haremos. Tome... —mandó dándole la carta —. Es de Ava, y desconozco para qué.

—Oh sí, sé para qué es...

—¿Sí? ¿Para qué?

—Para que usted pregunte y yo no le contesté. Nos sentaremos a beber té...

—Tanto secreto para una tonta carta. ¿No se da cuenta de que Ava quiere sacarme información sobre nosotros?

—Esa pequeña alimaña hará lo que sea por distraerse, pero lo más sorprendente es que usted pronuncie la palabra «nosotros».

—Sí, somos dos, según entiendo. Usted no me deja tiempo de pensar nada...

—¿De pensar en qué?

—En una respuesta... —dijo en voz baja, observando que nadie los escuchara.

—¿Es tan difícil decirme que sí acepta?

—Sí. Estuve pensando en que no me veo viviendo en un campo, me gusta la vida social. No quiero correr de un ganso en mi jardín y menos quiera que la casa estuviera al lado de un establo...

Duncan se carcajeó en su cara, incrédulo de las superfluas preocupaciones de Agatha.

—No ocurrirá nada de eso. A lo mucho, usted tendrá una vaca que ordeñar todos los días...

—No quiero ninguna vaca. Los lacayos están para buscar esas cosas, no las damas.

—Y menos las ladies, pero como usted no es lady, puede hacerlo.

Agatha tocó la campanilla para que les prepararan el té en el salón. Le daría su respuesta con gran ceremonia.

Cuando les sirvieron, los dos quedaron solos, aunque con la puerta del salón del té, abiertas de par en par.

—Con respecto a su propuesta de matrimonio, puede ir a repetírsela a lady Emma, porque ella sí es una lady... ¿Qué le parece?

—¿Me está rechazando, señorita Millford? —increpó bajando su taza de té de nuevo en la bandeja.

—No sabía que era tan inteligente para darse cuenta.

—¿Por qué?

—Porque yo le hablo sobre mis dudas y usted, prefiere hablarme sobre una vaca. No estoy preparada para eso.

—Tal y como yo aprendí cosas para las que no estaba preparado, usted también puede hacerlo.

—¿Es eso lo que espera de mí? ¿Que huelo a estiércol de vaca para humillarme?

—No he dicho eso. Sus miedos son infundados, yo solo quiero que se case conmigo porque la amo con una pasión desenfrenada. ¿No se da cuenta que está enloqueciéndome con su falta de empatía? He tenido que responderle de esta forma porque no comprende la simpleza de mi propuesta. Me ha estado dando esperanzas correspondiendo a mis atenciones, aceptando mis presentaciones y recibíendome en su té. ¿Será que todo esto es porque usted también me ama?

Agatha guardó silencio y agachó la cabeza.

—Yo no sé si lo amo. Ni siquiera sé si lo tolero... —respondió dejando desolado a Duncan.

Él miró el salón con ansiedad y se levantó con brusquedad del asiento.

—Este no es un adiós aún, Agatha Millford, pero es una puñalada a mi esperanza de

desposarla. Lo que probé del té, estuvo delicioso, si no le molesta, me llevaré una galleta...

Ella lo vio tomar lo que dijo y abandonar el salón del té. ¿Cómo pudo haber dicho aquello? Vio la vergüenza y la desazón a través de la mirada de Duncan. ¿Cómo saber si lo que sentía por él era amor y no una demencia momentánea?

Duncan llegó a su residencia para encerrarse, pero la presencia de Thomas lo impidió. Fue a contarle sus penas y él le comentó parte de las suyas.

Habían quedado en salir Daniel, Thomas y él como antes, sin embargo, Daniel, temeroso de su suegro huyó como una rata recién liberada. A él y a Thomas los esperaban dos mujeres.

Con todas aquellas copas encima, estaba muy mareado, pero con mucho fuego para tomar a una de esas mujeres. Pensaba que lady Sophia no estaba para decirle nada y a Agatha no le importaba él como hombre. Era libre de hacer lo que deseaba.

Se alejó con la mujer hacia una habitación con una botella de mano. Se la bebía como si fuese agua, llegado el momento de introducirse dentro de su compañera, devolvió la bebida sobre ella.

Después poco y nada recordaba de aquel instante. Cuando abrió los ojos estaba en la casa de Thomas.

—Dios, no sé quién soy... —murmuró al ver sentado a Thomas en la mesa del desayuno.

—Eres el que vomita sobre su mujer de turno. Eres insuperable. Te llevaré a tu casa para que no te sientas peor. Hueles muy mal...

—Te lo agradezco. Es por culpa de Agatha...

—Mira, hay mujeres buenas, malas y después están las damas Ross, pero nos centraremos en las malas... —dijo con seriedad—. Esa es mala. Una mala semilla, una culebra. Hay muchos peces en el mar, Duncan. Agatha Millford apunta muy alto, por eso se quedará sola. Será una solterona respetable en el futuro, quizás, amante de algún noble. Como la buena sociedad inteligente sabe, la familia Millford está en bancarrota y a esa muchacha solo le queda una opción, un tonto, el único que...

—¡Lo entiendo!

—Sí, cuando dije tonto...

—No puedo dejarla.

—¿Y qué hay de esa muchacha que me contaste lady Emma?

—No la he vuelto a ver...

—Sería bueno que la buscaras...

A Duncan lo llevaron hasta su residencia, donde ordenó un buen baño para sacarse los malos olores de encima. También pediría que quemaran esa ropa, no merecía ni ser lavada.

Durante la tarde, se propuso ejercitar su mente con un libro. Tenía que practicar su comprensión lectora. Iba leyendo e interpretando una frase tras otra, hasta que su mayordomo se colocó frente a él y carraspeó su garganta.

—Milord, se ha anunciado el marqués de Alisa para conversar con usted. Ha dicho que se trata de un asunto de su hija...

—Hazlo pasar aquí, por favor...

Estaba desconcertado por la visita. ¿Qué estaría buscando el marqués de Alisa con él?

Advirtió a aquel hombre serio que lo miró la última vez. Lo observaba de la misma forma que cuando estaba en el paseo.

—Milord, he venido para conversar con usted sobre Emma.

—Buenas tardes, señoría. ¿Cómo ha estado lady Emma?

—Mejor. Está en Londres, irá a unas veladas en esta semana.

—Me alegra que se integre a la sociedad de Londres. Nos contó sobre cómo es en Francia.

—Ella ha pedido que usted la acompañe en su primera velada, no confía en nadie más que en su persona para guiarla.

—¿Su hija le dijo que soy un antiguo domador de caballos con suerte?

—Sí y es lo que más le agrada. Su sinceridad la complace. Si ella confía en usted, yo también confío, y es por eso, que le pido que reconsidere su posición sobre darle instrucción en los caballos.

—No tuve tiempo de decirle a lady Emma que le mostraría unas cosas estando en Londres. Es aquí mi residencia y la distancia no haría que fuera persistente en la enseñanza...

—¿También podemos contar con usted para esta noche?

Duncan quedó en silencio por un momento. Tomaría las palabras de Thomas y buscaría en Emma lo que Agatha se negaba a darle.

Capítulo 29

Duncan se comprometió con el marqués de Alisa para buscar a Emma y a su dama de compañía, la señorita Brown.

Si lady Sophia estuviera ahí la aprobaría sin dudas y casi podía imaginarse las palabras que utilizaría para decirle que había estado perdiendo el tiempo detrás de Agatha. Se sentía desorientado por las esperanzas y a la vez, las negativas que ella le daba. Jugaba con sus sentimientos, sabiéndolo arrastrado por ella desde que la conoció. Aquello fue amor a primer rechazo.

Por la noche tomó valor y predisposición de pasar una velada animada con Emma, la buscó en su residencia.

Los padres de ella irían en un carruaje apartado del suyo. Ponían a su hija en las manos de Duncan con demasiada confianza.

—Mi padre me ha dicho que usted iba a pasar a buscarnos para una velada. Estoy emocionada porque será la primera que presenciaré aquí en Inglaterra... —comentó Emma con gran felicidad.

—Sí, le he dado mi palabra a su padre de que sería su pareja por esta noche y que también iba a ayudarla con su instrucción para los caballos.

Emma se sonrojó, bajó la mirada y luego miró a su dama de compañía, que asintió y le dio una sonrisa para aprobar aquellas palabras.

—Me alegra que haya cambiado de parecer. Conversaré con mi padre para que le dé una jugosa paga por el sacrificio.

—No quiero ninguna paga, lo haré con gusto. Me complace que alguien quiera acercarse a los caballos. Podría sentarme aquí por horas solo para conversar sobre ellos.

—Y yo lo escucharía encantada por todas esas horas...

Duncan sonrió nervioso ante esa afirmación de Emma. Estaba metido en un lío dándole sus atenciones a una dama que con cada movimiento que hacía, demostraba mayor capricho por él.

No se sentía cómodo recibiendo esas palabras, aunque, si se pusiera en el lugar de Agatha, ella tampoco estaría cómoda con toda la palabrería que usaba él para ganarse su amor.

En la velada, Agatha había decidido lucir aquella gargantilla que le regaló Duncan y no comprendía el objeto de hacerlo, solo sintió esa necesidad después de ser abandonada por él en su salón.

Debió cerrar aquellas puertas para que Ava no la escucharla y luego en la cena la delatara con sus padres. Ella solo podía escuchar los sermones aun habiendo dejado la mesa y también recordar lo que le dijo su madre en tono amenazante: «—En dos meses, si no consigues este compromiso, te irás con nosotros a las colonias. Haremos fortuna y volveremos, pero tú ya no tendrás las mismas oportunidades...»

Negó con la cabeza para olvidar esas palabras. Entre ir a las colonias y convivir con unas vacas y ocas en su jardín, unos pocos animales no le harían daño. Un matrimonio con Duncan podía ser alentador. Formaría parte de la sociedad con un título y no sería un terrible sacrificio. Al final, le agradaban sus atenciones, era quizás por esa razón que se había puesto esa joya, para que la viera y supiera lo eso significaba.

Estando con Louisa y Mary Anne, observaba ansiosa la puerta de entrada por si tenía la

invitación para esa velada. Él era el caballero de moda, al que toda matrona invitaría para casarlo con su hija. Lo tenía todo, atractivo y fortuna.

—¿No crees que se ven muy bien, Agatha? —preguntó Louisa en tono zalamero, indicando con un dedo la entrada al salón.

Ella perdió el aliento y sintió como un escalofrío se apoderó de su espalda. Estaba tiesa y con los ojos picándole como si hubiese olido una cebolla. No podía ser posible que su paz hubiese acabado tan pronto. Se reprendía por haber llamado a Emma con el pensamiento.

Aquella se veía tan feliz y prendada del brazo de Duncan, lugar que, por supuesto, ella debería estar ocupando. Sin embargo, estaba con Mary Anne, Louisa y el impertinente adúlador de lord Midleton, que perseguía a Mary Anne por todos los pasillos.

—Sí, se ven tan bien... —fue lo que pudo decir antes de desviar su mirada—. Iré por una bebida, volveré pronto.

En realidad no pensaba volver a esa tertulia porque Duncan y Emma se unirían a ella y, como se conocía, les haría la vida imposible.

Se alejó para recostarse por un pilar, bebiéndose la copa, pensando en que había perdido su oportunidad. Ella no iría a buscarlo, para él, era muy fácil reemplazar sus afectos en un solo día. A ella le llevó meses aceptar lo que ocurría y comprender lo que corría por su mente.

Por horas, los observó bailando, queriendo conocer su propia fuerza para quedar ahí sin hacer nada. Lo único que sabía era que bebió demasiado. Cada paseo de un mozo era una nueva copa que paraba en su boca.

Ella era quien debía estar ahí con él. No tenía nada que envidiarle a Emma, ni siquiera sus rulos firmes.

El marqués de Alisa, le anunció a Duncan que era suficiente baile para su hija. El cometido estaba cumplido. Hacían lo que la mayoría de los padres propiciaba por sus hijos. Que el conde de Sussex llegara con Emma y bailara toda la noche con ella, solo significaba que ellos se casarían en un futuro próximo.

Los padres de Emma sabían del interés que Duncan presentaba hacia Agatha Millford y la forma más sencilla de que ese interés se disipara era alejándolos para dejarle una única opción a él: Emma.

Duncan aceptó que se suspendiera su baile. Adoraba bailar, era lo único que aprendió sin rechistar. Vio que Emma era acompañada por su padre, tiempo que él aprovecharía para beber algo y comer.

Vio a Agatha en varias ocasiones mientras bailaba. No pensaba acercarse a ella. No rogaría más. ¿Para qué hacerlo si otra dama le prestaba sus atenciones? Rogó, se humilló y faltó solo arrodillarse para pedirle amor y ella simplemente le dijo que no lo amaba.

Agatha al verlo alejarse de Emma y su familia, se arregló la prenda y se acarició el cabello, creyendo que él la buscaría, más él pasó a su lado y ni siquiera la saludó.

Sorprendida y muy enfadada se giró para seguirlo con los ojos. Él agarró una copa y comida de la gran mesa larga.

Golpeó su falda con molestia y rodeó la mesa para sorprenderlo desde atrás.

—¿Está deliciosa la comida? —increpó molesta.

Duncan se sobresaltó por del susto al ser abordado de aquella manera.

—Señorita Millford, qué malos modales tiene.

—No son peores que los suyos. Me ha visto e ignorado.

—¿Le preocupa que la ignore? Pues, sufra.

—¿Cómo va a decir que me preocupa semejante tontería!

—Entonces lárguese de aquí y déjeme tranquilo.

Agatha desorbitó sus ojos y amagó irse con la ofensa atascada en el pecho, pero se quedó.

—Es así como cambia sus afectos, caballero. —reclamó señalando hacia donde estuvo con Emma—. Se exhibe con ella, como si fuera que van a casarse. Baila toda la noche la misma muchacha ¿Qué pensarán de usted?

—Pensarán que al fin encontré a alguien que no me ignore. ¿Para qué seguir detrás de una mujer que me ha ignorado y despreciado? ¿Ya no soy su sucio domador de caballos, señorita Millford? A lady Emma, le complace lo que fui, y a usted le da vergüenza. Coloque en una balanza en dónde querría estar si fuera yo ¿en el acogimiento o en el desprecio?

Él la observó con los ojos desconcertados por lo que le dijo. No se esperaba esa respuesta después de haber estado en su casa y ser rechazado quien sabía el número de veces de ese rebote.

—No debí fiarme de un pobre diablo como usted...

Ella partió con su porte recto y señorial hacia sus padres y se quedó con ellos hasta que decidieron irse.

La madre de Emma vio aquel enfrentamiento entre ellos y no estaba segura de que el conde no buscaría a Agatha Millford para pedirla en matrimonio. Llegó a la conclusión de que debía conversar con ella para que se alejara de los intereses de su hija.

No dijo una sola palabra hasta llegar a su casa. Solo escuchó unos ruidos mientras intentaba conciliar el sueño en su habitación, aún con las prendas puestas. No dejaba de pensar en Duncan y Emma. Sintió que por su rostro se deslizó una lágrima ante el rechazo y la dureza de las palabras de él.

Cuando le daba rienda suelta a su llanto, volvió a escuchar unos sonidos que salían de la habitación de Ava.

—¡Condenación! Una ya no puede sufrir en silencio en esta casa.

Abandonó la comodidad de su consoladora cama para ir hasta la habitación de Ava. Abrió la puerta sin haberla tocado y se quedó pálida del susto al ver a un joven en aquel lugar.

—¿Excelencia? —inquirió al verlo huir hacia la ventana.

—¡Agatha, cierra la puerta, te lo contaré! —exclamó su hermana, corriendo para que su secreto continuara a salvo.

—Déjeme explicarle, señorita Millford. —dijo Frances, avergonzado al ser descubierto visitando a su buena amiga—. La señorita Ava y yo hemos constituido una relación de amistad desde *High Cottage*...

—Eso explica muchas cosas. Sus ausencias y sus escapadas por los pasillos —concluyó con sorpresa.

—No le digas a nuestros padres.

—Ava, no voy a decir nada, pero es inapropiado para ambos estar en esta situación. No sé qué ocurrirá con nosotras en unos meses...

—Yo sé lo que ocurrirá. Me mandarán a Francia y tú irás con nuestros padres a las colonias, yo misma te lo dije. Rechazaste al conde y por eso es probable que también pierda la amistad de Frances...

La vehemencia de las declaraciones de su hermana solo la hacían sentirse culpable. No quería irse a las colonias y tampoco hacer infeliz a su hermana, pero nada podía hacer para que Duncan volviera a mostrarle interés.

—Parece que será así, Ava, es mejor resignarse...

—¡Si tan solo pidieras una disculpa y le dijeras que lo quieres, todo cambiaría! —expuso molesta con su hermana—. Pero tu egoísmo, puede más que la felicidad de muchas personas...

—Yo... —musitó quedándose sin palabras—. ¿Una disculpa será suficiente?

Ava y Frances asintieron un tanto dudosos.

—Bien. Excelencia, si no quiere que lo delate con mis padres, me acompañará hasta la residencia del conde en este momento...

Capítulo 30

Frances tenía su carruaje a dos calles de distancia. No quería llamar la atención de nadie con un coche frente a la residencia de los Millford.

Estaba profundamente apenado por haber sido descubierto por la hermana mayor de Ava, pero había aprovechado la oportunidad que brindaba que su abuela no estuviera en casa para restringir sus salidas.

Una vez dentro del carruaje, Agatha no le perdía de vista a Frances. Quería comprender cómo era posible que hubieran fomentado una amistad si Ava no debía salir de aquella habitación de *High Cottage*. Era evidente, su hermana la había desobedecido.

—Estoy atormentado, señorita Millford. Espero que no acuse a su hermana con sus padres... —pronunció Frances.

—¿Piensa que los delataría? No puedo hacerlo. Si se da cuenta estoy en su carruaje. Tiene mucho que contar sobre mí. Además, le estoy pidiendo que me llevé a la casa de un hombre soltero.

—Comprendo que ha tomado un riesgo, que bien Duncan vale el precio de una reputación manchada si alguien llega a saber sobre esto.

—Ava no dirá nada y usted supongo que tampoco.

—Por supuesto que guardaré silencio. Esta es su residencia.

El cochero paró el carruaje frente a la mansión de Duncan y procedió a abrirle la portezuela a ella para que se bajara.

Se colocó la capa, para luego mirar la fastuosa mansión que estaba frente a ella.

—Domador de caballos... con suerte... —declaró antes de despedirse de Frances—. Muchas gracias, excelencia...

Él hizo una inclinación de cabeza antes de que bajara.

El carruaje partió sin prisa y ella lo vio perderse por las vacías calles. Después, miró la puerta para golpearla.

Dentro de la casa, Duncan estaba en ropa de cama mirando al techo de su habitación, cuando escuchó unos golpes en la puerta. Nadie tocaba a esas horas en casa de la gente.

Encendió una lámpara para bajar y desde las escaleras vio también a su mayordomo caminando hacia la puerta con una vela.

—Buenas noches ¿En qué puedo ayudarle? —indagó el mayordomo a la figura que se escondía detrás de la capa.

—Deseo hablar con el conde, si no es mucha molestia.

—Disculpe, señorita, pero es mejor que venga en un horario donde el sol esté arriba. El conde se encuentra durmiendo...

—¿Quién es? —preguntó Duncan desde las escaleras.

El mayordomo se dio vuelta para responder.

—Es una dama, milord...

—¿Una dama a estas horas? —repitió acercándose a la puerta.

—¿Me va a dejar pasar o no? —increpó molesta porque aquellos la observaban.

Duncan al reconocer la voz de Agatha le tocó el hombro al mayordomo para que los dejara

solos.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, señorita Millford?

—¿Me dejará en la puerta, grosero? Vine a conversar...

Él se hizo a un lado para que pasara. Bajó la capucha de la capa al estar en el salón y suspiró.

—Vayamos a mi despacho —dijo extendiendo su mano para que ella lo siguiera en aquella dirección.

Iba presa de los nervios. No estaba segura de qué estaba haciendo allí, solo fue un impulso y una oportunidad.

Le abrió la puerta del despacho y luego la cerró ofreciéndole un asiento, mientras él se colocaba detrás de su escritorio.

—Señorita Millford ¿Sabe qué horas son?

—Sí, es hora de que usted se disculpe por su grosería en la velada.

—¿Disculpe? ¿Yo pedirle perdón por grosero?

—¡Sí! Hace pocos días me dijo que no me preocupara y que sus sentimientos eran fieles a mí. ¿Y qué he visto hoy? Solo su desprecio.

—No sé a qué ha venido, pero le repito que cualquiera en mi situación preferiría dejar de humillarse. Me ha pisoteado bastante, señorita Millford. ¿Me ha hecho caso las incontables veces en las que le he hablado de mí amor? ¡Usted dijo no amarme!

—¿Y eso le da derecho para atentar contra mí buscando a Emma? Usted no entiende mi posición porque yo no sé explicarme. Yo siento temor. Va en contra de lo que he creído durante toda mi vida. ¿Cree que es fácil para mí venir aquí esta noche y arriesgar mi valiosa reputación por un hombre que está congraciado con otra? Nada más que un sentimiento extraño y desconocido que me apabulla podría tener el suficiente poder para hacerme correr este riesgo.

—¿Un sentimiento extraño? No puede ser que usted tenga sentimientos.

—¿Me está llamando fría?

—No, usted es más que el frío.

—¿No le gustaría que lo castigara?

—La verdad que su indiferencia me ha castigado lo suficiente...

Agatha desató su capa del cuello y caminó hacia él para mirarlo con sus ojos aguados.

—Quiero castigarlo como usted me ha castigado... —dijo tomándolo de cuello para bajarlo hasta sus labios.

Duncan no se resistió porque deseaba tanto aquello. Parecía un sueño, todo carecía de lógica, era irreal, pero no importaba lo desatinado que pudiera ser, él solo se perdería en sus apetitos.

Se apoderó de sus labios de manera apresurada. Si era un sueño quería que fuera muy largo y que ella no escapara. Él bajó sus manos a su cuello y sintió aquella gargantilla que le devolvió.

Se alejó de sus labios para observar cómo le quedaba.

—Imaginé como le sentaría. Está hecho para usted... —declaró volviendo a sus labios para que luego fuera ella quien lo alejara.

—Lo tuve esta noche y ni siquiera la vio. Estaba tan distraído con lady Emma...

—Estaba enfadado con usted. No puedo seguir amándola si usted no me corresponde.

—¿No es esto que me trae aquí el amor? ¿Qué más sería? ¿Los celos, la envidia o la avaricia? Fueron meses de una lucha que creo haber perdido a causa de sus besos y su insistencia.

—¿Entonces hoy quiere casarse conmigo?

—Sí. Y muchas cosas pueden converger para aceptarlo. Entre ellas, los celos y la envidia que le tengo a lady Emma, que prefiero una vaca en mi jardín que ir a las colonias y que no puedo

verlo con otra mujer... ¡Y menos con lady Emma! —se exaltó al decirlo.

Duncan no pudo evitar sonreír y llenarla de besos, había dicho que sí a su propuesta de matrimonio. Era el hombre más feliz que existía. Tendría a su caprichosa señorita Millford por siempre.

Agatha sonrió y se dejó besar por él hasta despertar en ella un gran calor que la abrasaba desde adentro. Ya no era presa del temor, sino de un fuego que se encendía con más fuerza con los besos de Duncan.

Él, perdido en las más hipnótica de las sensaciones tomó a su amada Agatha en brazos para llevarla hasta su alfombra del despacho, donde la recostó y siguió besando con desmesurada pasión.

—¿No piensa irse, señorita Millford? —curioseó antes de terminar enloquecido por querer llevar a Agatha a su cama.

—¿Me prestará su carruaje?

—Entonces depende de mí que se vaya...

Ella asintió sin perder de vista los labios de él, al tiempo que él se recostaba a su lado.

—Se quedará aquí conmigo. ¿No quiere que le demuestre cuánto la amo, señorita Millford y que únicamente le pertenezco a usted?

—¿Y cómo yo podría demostrarle mi amor si no sé decírselo?

—Solo déjese amar, Agatha...

Agatha lo observó colocarse sobre ella para adueñarse no solo de sus labios sino de su voluntad.

Dejó que la besara, la apresara y le quitara las prendas con simplicidad. Se dejaba acariciar por sus manos que no conocían de calma o descanso. Su piel se juntó con la suya para convertirse en una sola. El vaivén de sensaciones y dolor que la consumían era el anuncio de que había cometido una brutalidad al quedarse con él y por sobre todo, abrir las piernas con tanta libertad, pero no se arrepentía. El hombre sí era buen domador.

Duncan rodeó el cuello de Agatha con sus besos cuando ella estaba recostada en su brazo, reparando en leña que crepitaba en el fuego. No hablaba solo observaba.

—¿Le preocupa algo? —preguntó haciendo que ella lo mirara.

—No tengo reputación ¿Lo sabe?

—Cumpliré mi palabra y me casaré con usted. No la abandonaré y menos sabiendo que me ama tan intensamente.

—No sea abusivo —replicó avergonzada por como dijo esas palabras.

—No le hacen falta palabras, solo gestos y caricias...

—¡Suficiente! Lléveme a mi casa, no tardará en amanecer...

—¿Le molesta que la lleve en ropa de cama?

—Lo he visto desnudo, no me molesta que me acompañe con un poco de tela —alegó roja de la vergüenza.

Salieron juntos de la residencia, ella con la capa puesta como había llegado al igual que él se colocó una para no ser reconocido.

Antes de que ella bajara apresurada del carruaje, él la tomó de la mano.

—La veré pronto, señorita Millford.

—¡No es momento de ponerse romántico, milord, no quiero que me vean en la calle!

—Un beso más, Agatha...

—¡Qué suplicio! —exclamó dejándole un beso para echarse a correr hacia el portón de su

casa.

Ella le dedicó una última mirada antes de dirigirse a la puerta trasera.

Durmió lo que quedaba de la noche como no descansaba hacía meses. Si su solución para dormir era un sí, lo hubiera hecho antes.

En el almuerzo se la pasó bostezando de sueño. Ava la miraba con picardía, queriendo saber lo que tenía entre manos después de salir por la madrugada.

No había dicho una sola palabra de lo acontecido, le respondía a su hermana con monosílabos para que dejara de preguntar, pero nada funcionaba.

Durante el té solo estuvieron ellas y Ava continuaba con sus preguntas repetidas.

—¿Te casarás? Dime que sí y, también que estaremos como familia...

—Ava, sí, me casaré con él.

—¡Soy tan feliz, Agatha! —expresó su hermana, abrazándola.

—¡Basta, Ava! —mandó queriendo alejarla, más estaba igual de contenta que ella.

—Agatha, tienes una visita... —mencionó su madre.

Agatha pensando que se trataba de Duncan, se alisó la falda y se arregló el cabello.

Cuando llegó al salón solo vio el rostro pétreo de la marquesa de Alisa.

—Señoría —pronunció para saludarla.

—Señorita Millford, espero que me permita cruzar con usted unas palabras...

Capítulo 31

Agatha la invitó a sentarse en el salón, que la marquesa observó con interés.

—La escucho, milady —pronunció para que la marquesa hablara.

—Señorita Millford, han pasado muchos años desde la última vez que la vi. Está más hermosa que antes...

—Se lo agradezco... —pronunció desconcertada por el halago.

—Lo que me trae aquí son los intereses de Emma. Usted está interfiriendo en ellos, señorita Millford.

Ella estaba estupefacta. ¿A qué se estaba refiriendo? No era la que interería en sus intereses, sino Emma estaba metida en los suyos.

—No comprendo en qué momento he interferido en las cosas de su hija.

—No de manera directa, señorita Millford. Ella está interesada en el conde de Sussex y usted está distrayendo su atención.

—Con firmeza, pienso que debo aclararle algo, milady. El conde de Sussex lleva meses cortejándome. Es su hija quien cree que puede venir y desaparecer el interés que él siente por mí.

—¿Por qué razón se ofrecería a enseñarle a montar y acompañarla una noche completa, señorita Millford? Le diré cuál es. Está cansado de usted y de su prepotencia. Emma es una muchacha dulce y justa. ¿Será tan egoísta para entrometerse entre ambos?

—Usted no me está escuchando, señoría. El conde está prendado de mí y es lo que incumbe.

—¿Prendado de usted? ¿De una muchacha sin fortuna y sin dote que aportar a un matrimonio? La buena sociedad conoce lo que ocurre en su casa, señorita Millford. Le ofrezco dinero a su familia para que puedan empezar de nuevo como comerciantes. Piense en ese beneficio, señorita, lo único que debe hacer es alejar al conde de usted.

Agatha se levantó del sillón donde estaba sentada. Se sentía insultada por las palabras de la marquesa.

—Si no lo sabe, él fue un domador de caballos, no un hombre quebrado. ¿Piensa que le importa mi falta de fortuna? Lo sabe y aún sigue pidiéndome que sea su esposa, milady. Si quiero dinero para sacar a mi familia de este apuro, él me lo puede dar si yo se lo pidiera. No tengo nada que envidiarle a su hija, soy hermosa, inteligente y he conseguido un buen partido.

—Una muchacha sin fortuna es más fácil de convencer que una que sí la tiene, señorita Millford. Puede decirle lo que quiera para tan solo aprovecharse de usted.

—Sus palabras están sobrando a mí entender. La invito a que se retire y me disculpe si le he parecido grosera.

—Mis palabras siguen en pie. Quiero la felicidad de Emma y, ese conde la hace feliz. Quisiera que lo pensara un poco y no se cierre a la idea.

—No lo voy a pensar...

—Qué tenga buena tarde, señorita Millford —se despidió la marquesa, profundamente enojada con Agatha.

Pensó que sería más fácil de convencer por lo que había visto la noche anterior. No quedaban más opciones que convencer al caballero para que se afectara por Emma. Quería cumplirle sus deseos, pues su tiempo era muy precario.

Ella se sentó después de que su indeseada visita se fuera.

—Esto no estaría ocurriendo si le hubieras dicho que sí hace tiempo —masculló su hermana sentándose a su lado.

—¿Dónde iba a saber que lady Emma iba a estar detrás de él? Me ha dicho que me ama y que quiere casarse conmigo. Es nuestra felicidad. No la voy a sacrificar por Emma, somos más los que podríamos sufrir que una sola.

—Antes no lo hubieras hecho. ¿Qué ha cambiado en ti?

—Nada. Aún sigo pensando que es un sucio peón, pero que sabe domar a las damas —rio con picardía.

Ava y ella rieron hasta que se cansaron de lo que dijo Agatha. Después de aquello, subió a su habitación para recordar la conversación que tuvo con la elegante mujer.

Nunca pensó que iba a discutirle a una marquesa y menos por un caballero al que rechazó desde un principio.

Con el tiempo sus sentimientos hacia él habían madurado. Le costaba aceptarlos, pero esa madrugada se convenció de su amor. Aún le quedaban las sensaciones de sus besos y sus caricias. La había adorado y halagado en aquella alfombra.

Tenía que confiar en él, le había demostrado que sus intenciones eran reales, aunque sus rechazos lo habían orillado a un problema difícil de resolver.

Debía persuadirlo de que olvidara darle aquellas lecciones a Emma y no bailara con ella.

Horas después de la visita de la marquesa, fue Duncan el que había llegado para verla. Se retrasó más de lo debido, pues tenía que buscar más formas de halagarla. Pensó en vestidos, joyas e incluso un caballo. Tenía un caballero desesperado por venderle sus equipos y él iba a pagar buen dinero por ellos. Los había visto y aquel se dedicaba a la cría de los mismos.

Cuando se decidió por un fino vestido, se le había hecho muy tarde. Tuvo que confiar en las palabras de la modista para decidirse por uno.

Al tocar la puerta, le abrió la cocinera y muy amablemente lo hizo pasar al salón.

—¡Agatha no tarda en venir! —exclamó Ava, colocándose frente a él para mirarlo hasta llegar a incomodarlo.

—Gracias, señorita Millford...

—Como seremos cuñados, yo viviré con ustedes. —anunció excitada la muchacha—. ¿Es un vestido para ella? Le aseguro que estará encantada de recibirlo.

Rio nervioso ante la amenaza de aquella. Pero si tendría a lady Sophia viviendo con ellos, no habría motivos para rechazar a la pequeña culebra de la familia Millford.

—No incomodes a milord, Ava —mandó su padre que salía del pasillo que llevaba a su despacho—. Escuché tu grito hasta con la puerta cerrada. Sea bienvenido, milord...

—Gracias, señor Millford.

—Nos complacería que se quede para la cena, milord —mencionó el dueño de casa.

—Eso dependerá de los ánimos de la señorita Millford.

—¡Sé que aceptara encantada! —interfirió Ava.

Agatha escuchó como su hermana la estaba avergonzando. Podía jurar que la vendía al mejor postor. Su madre le ayudó con su cabello para que se viera mejor, más no se logró el objetivo, siempre se veía bien.

Cuando bajó al salón, lo vio atosigado por la exaltada presencia de su hermana mostrándole su bordado.

—Yo le enseñaría a bordar como nadie y usted me mostrará para que monte en los caballos

¿No le parece que es una buena idea? —indagó Ava dirigiéndole sus desteñidos ojos a los de él.

—Siempre me ha interesado bordar —replicó condescendiente, mientras el señor Millford tenía un libro en su mano.

—Buenas tardes, milord. El jardín tiene buena sombra todavía —mencionó Agatha para salvarlo de su hermana.

—Estaré encantado de conocer el jardín, con permiso, señorita Millford, señor Millford... — se despidió, colocándose junto a Agatha, quien le tomó del brazo.

Ella abrió la puerta que los sacaba al jardín y comenzaron su recorrido.

—Es extraño ser bien recibido por usted, señorita Millford... —declaró sin perderla de vista, mientras ella miraba su camino.

—Ava fue quien lo recibió.

—Su hermana es un calvario. Se ha invitado a vivir con nosotros cuando nos casemos.

Agatha lo observó y le entregó una sonrisa.

—Llevo doce años soportándola ¿Qué serían para nosotros unos seis años?

—Suenan a una eternidad... —dijo riendo.

Lo llevó hasta la sombra de un árbol para que pudieran conversar.

—Son pocos años comparados con la pésima noticia que le daré: piensa quedarse soltera.

—¿Dios nos libre de aquello!

Ambos rieron hasta que se les acabó el aliento. Él tomó su mano y dejó un beso en ella.

—Se ve hermosa esta tarde, Agatha. Disculpe que haya olvidado su presente en el salón.

—Ava debió revisarlo mientras usted me estaba mirando.

—¿Cómo no podría perderme en su belleza y en su amabilidad?

—Se me ha puesto romántico otra vez —musitó ella fingiendo estar molesta.

—Le agrada, no mienta ¿Qué dama no desea escuchar un halago?

—Adoro los halagos, pese que han venido de un caballero que me ha metido en serios problemas.

—¿Problemas?

—Sí. Me ha seducido.

—Ese no es un inconveniente. ¿Le preocupa que pueda comer y volar?

—¿A quién no le preocuparía? No le he dicho nada a mis padres sobre que acepté su propuesta de matrimonio. Esperaba que usted la volviera a reiterar frente a ellos.

—Tengo mucho tiempo. Su padre me pidió que me quedara a cenar.

—Entonces también me sobra para conversar sobre alguien...

Duncan suponía que aquel tono y la suspicacia solo podían referir a una persona.

—Sobre lady Emma, supongo —mencionó, a lo que ella asintió.

—He recibido la visita de la marquesa de Alisa, pidiendo encarecidamente que me aleje de los intereses de su hija...

—No comprendo qué intereses.

—No se haga del tonto, que no le queda. Usted es el problema. Le ha dado alas a la familia de lady Emma...

—Me temía que eso pudiera ser cierto, pero si no lo hacía, no hubiera conseguido la atención de quien me importaba.

—No es momento de buscar culpables. —dijo Agatha, sonrojada. Sabía que también ese problema era por su causa. Si hubiera dicho que sí cuando se lo pidió, nada de eso estaría pasando—. Le pido que no le dé la instrucción a la muchacha y que deje de bailar con ella.

—Me he comprometido con la enseñanza.

—Pues descomprométase —gruñó con los dientes apretados.

—No quiero pensar que sigue dudando de mí.

—No dudo de eso, sino de ellos, aunque en parte también de usted. Es muy fácil de convencer.

—Admito que tengo una debilidad de carácter con eso, me es difícil decir que no —contó avergonzado.

—¿Usted cree que tengo problemas de carácter, milord?

—Por supuesto, es la negativa con un vestido...

—¡No me refiero a eso! Le diré lo que tiene que decir. No confíe en la familia del marqués de Alisa...

Duncan escuchó atentamente las indicaciones de Agatha. Algo dentro de él, le decía que estaba en un serio problema en el que se metió a causa de la misma Agatha.

En la cena, la familia Millford festejó el compromiso con mucha alegría. Más que un matrimonio, celebraban que Agatha hubiera entrado en razón, aunque el señor Millford no daba su brazo a torcer para ir a las colonias y hacerse de fortuna por su cuenta. No quería deberle ni siquiera a su yerno. Tiempo atrás aceptaría encantado que le dieran el dinero, sin embargo, volvería a empezar con la misma inteligencia con la que una vez hizo su primer negocio.

A medida que los días pasaban, la relación entre Agatha y Duncan se afianzaba con más fuerza y eso comenzaba a molestarle a la familia de Emma, que parecía más enferma que de costumbre y, no podían hacer más que intervenir para que su hija disfrutara de su vida.

Duncan se vio obligado a recibir al marqués, aunque tenía en la lengua lo que iba a decirle por sugerencia de Agatha. Tenía razón en que no debería seguir alentando una ilusión para la muchacha.

—Señoría, sea bienvenido —saludó Duncan para recibirlo.

—Milord, espero no importunarle en esta ocasión, pero lo que me trae hasta aquí es mi hija Emma y mi preocupación por su salud.

—¿Le ocurre algo?

—Emma no quería que dijéramos nada y su hermano nos lo ha prohibido para que respetemos sus deseos. Pero no puedo permanecer indiferente a su sufrimiento. La señorita Brown no es una doncella ni una dama de compañía es una enfermera que cuida de ella todo el tiempo. Tuvimos que irnos de Inglaterra buscando una cura a su rara enfermedad, pero no la hemos conseguido. Los días de Emma están contados, nunca sabemos qué día será en el que sus ojos no volverán a abrirse...

Duncan permaneció en silencio, afectado por aquella declaración del marqués que con esa mirada le demostraba el temor de un padre al perder a su amada hija.

—¿Qué puedo hacer yo por ustedes? Sabe que estoy comprometido con la señorita Millford...

—Intentamos convencer a la señorita Millford, pero no ha funcionado. Solo nos queda acudir a usted para que sea generoso con Emma y se ofrezca a casarse con ella. La ha deslumbrado y pese a los dolores que la aquejan desea cabalgar con usted...

Tragó saliva, pensando en que no podía decirle que se fuera al infierno con las finas palabras de Agatha. Tenía su palabra y sus sentimientos comprometidos con ella y no deseaba abandonarla. Sin embargo, en sus manos estaba hacer que una muerte no fuera tan dolorosa.

Capítulo 32

Después del silencio que se hizo casi palpable entre ellos, Duncan dijo:

—He comprometido mi palabra con la señorita Millford y con su familia. Durante meses esperé a conseguir su aceptación. Siento mucho lo que ocurre con lady Emma, me ofrezco a cumplir con instruírla en el caballo.

El marqués parecía muy disconforme con aquella respuesta, pero no lo objetó en el instante.

—Esperemos que eso sea suficiente para ella. Quizás si la señorita Millford no estuviera todo sería diferente...

—Sin dudas accedería. En fin, lo que buscaba era una esposa. Iré para visitar a lady Emma mañana y si está predispuesta, puede salir a dar un paseo conmigo en un caballo.

—Le estaríamos agradecidos de que lo hiciera. Ella lo apreciará.

Cuando su visita se hubo ido, sintió un poco de paz, aunque sabía que terminaría cuando Agatha supiera que se había comprometido para al menos cumplirle un deseo a Emma.

Cuando el marqués subió a su carruaje, lo hizo furibundo.

—¿Qué te ha dicho? —incredó la marquesa con ansiedad.

—No dejará a la señorita Millford.

—¿Qué haremos ahora, Erick?

—La señorita es un problema para la felicidad de Emma. Debemos desaparecerla...

—¿Hablas de matarla?

—De qué más hablaría. Por Emma soy capaz de lo que sea.

—Ella no debe saber que este hombre no la quiere, le romperíamos el corazón.

—No le diremos nada. He logrado que la visite mañana, será en parte suficiente para que la señorita Millford comience a desconfiar de él y sembrar la cizaña entre ellos.

—¿Pero igual desaparecerá?

—Sin dudas. Solo hay que esperar una oportunidad...

Con la torpe escritura que tenía se decidió a escribir una carta para Agatha, o más bien dicho, unas cortas palabras, que sabía que recibiría con un gran disgusto. Lo último que quería era que lo privara de verla por no haber escuchado su dictamen, pero él era una persona amable y solidaria, y más con una moribunda.

Sentía el pecho afligido por lo que ocurría con ella, pero no podía hacer algo diferente a lo que aceptó en un momento. Él y Agatha se amaban. Había derramado más que sudor y lágrimas para conseguirla, y no la dejaría ir. El tiempo de vida de Emma era incierto y él no se atrevería a probar cuánto iba a vivir. Quería ser feliz con Agatha.

Priorizó su felicidad por encima de la de otra persona. Se sentía egoísta, pero nadie tenía el derecho de colocarlo contra la espada y la pared para escoger lo que haría hasta su muerte.

En la residencia Millford ella arrugó la misiva con molestia y la arrojó al fuego.

—¿Qué tan malo era? —curioseó Ava.

—Pésimo como el contenido lleno de errores, pero se entiende. Cuando me case, lo primero que haré antes de dormir con él, es enseñarle a escribir —gruñó.

—¿Vendrá mañana para verte?

—Estará ocupado con asuntos que requieren su atención. —respondió sin querer decir en

realidad lo que comunicaba su mensaje—. Ah, y recuerda, viene a verme y no a verte.

—¿Qué insinúas?

—Que hagas oficial tu amistad con el duque y dejes de molestar a mi prometido.

—No puedes acapararlo todo el tiempo.

—No es esa mi intención, es solo salvarlo de ti. No quiero que esté escuchando que piensas irte con nosotros cuando nos casemos.

—¡Pero si es la verdad!

—Es tu verdad, no la nuestra. Puedo definirte hoy como lo que eres: una problemática.

—Y tú una envidiosa que no puede compartir la atención de su caballero con otras damas. Por ejemplo, lady Emma o yo... —provocó Ava, antes de echarse a correr, al momento que vio un jarrón partir hacia ella.

Cuando se quedó sola, pensó solo en lo que hacía en aquel papel. Se sentía tentada a ir con él a la casa de Emma. La marquesa había sido convincente con sus amenazas y no quería desconfiar de Duncan. Pero no dudaba de él, sino de la familia de Emma. Quizás ella no hiciera nada, y ellos fueran los encargados de meter a su prometido, corazón de alcachofa, en algún inconveniente que les impidiera casarse.

Odiaba a Duncan por haberse encariñado con él, era un tonto imposible de no querer.

Al día siguiente, Duncan fue recibido en la residencia de Emma con la presencia de lady Sophia. Podía ser alguien sin carácter, mas, no tan tonto como para dejarse enrollar en alguna cosa rara. Su tutora lo había hecho entrar en razón mil veces con la simple y sencilla frase: «No te fíes de cualquiera y menos de una matrona desesperada». Estaba en casa de una familia en esa situación y por caridad había ido.

—¡Ha venido a verla el conde, lady Emma! —anunció la señorita Brown a Emma que se había preparado para recibirlo.

Sus padres le dijeron que recibieron una nota diciéndole que él iría para que pasearan.

—Espero que hoy pueda respirar mucho mejor... ¡Estoy tan feliz!

—Yo estaré cerca de usted para mirarla y prevenirla de cualquier esfuerzo.

—Se lo agradezco, señorita Brown. Sin usted ya estaría muerta.

—No se va a morir, lady Emma, no piense en eso.

—Soy tan optimista como todos los que no saben lo que tengo. Algún día espero morir mientras duermo, así no tengo temor de que me espera...

—Basta de esas cosas, milady. Baje con cuidado y yo llevaré su sombrero y su sombrilla.

La señorita Brown después de verla irse, se limpió las lágrimas. No sabría qué hacer sin lady Emma. Eran amigas y cómplices. No quería desalentarse pensando que viviría poco. Deseaba verla feliz y vigorosa como las veces que vio al conde.

—Ya te he dicho que es mejor que te cases con esta niña, mírala qué bonita es... —opinó lady Sophia al advertir que Emma se acercaba graciosa.

—Agatha es más hermosa y tiene mi corazón...

—Paparruchadas... —masculló la anciana.

—Buen día, es un placer verlo, milord —saludó con una reverencia que encantó a lady Sophia.

—El placer es mío, milady. Déjeme presentarle a lady Sophia, la condesa viuda, es mi prima...

—Estoy verdaderamente encantada de conocer a la familia de milord.

—¡Ves que es un encanto, Duncan!

Él estaba apenado hasta las botas por como lady Sophia no hacía más que causarle vergüenza ajena.

—Por supuesto que lady Emma es encantadora —culminó para seguirle el juego a la condesa viuda.

Los padres de Emma notaron una aliada potencial en la mujer de edad que lo acompañaba. Sin dudas la acapararían para que los apoyara a que el conde dejara a Agatha.

La invitaron a tomar el té con ellos, a la par que los jóvenes iban a las caballerizas.

—Hermosos ejemplares. Este me recuerda a uno que se llama Ross que es propiedad de la marquesa de Dorset —comentó mirando al animal color caramelo.

—Vino de Francia, quizás sea de la misma raza. Dicen que mi hermano pago una fortuna para regalármelo.

—Yo se lo compraría por una fortuna...

—Es un regalo, no puedo venderlo.

—Es una pena, solo que dudo que usted pueda montar a este caballo.

—¿No es usted el que doma caballos? Ese será su trabajo. Yo quiero subir a este caballo que me regaló mi hermano, en este quiero dar un paseo.

—Puede llevar meses que este caballo siga una sola orden si es como Ross.

—Seamos optimistas. ¿Qué le parece si lo prueba?

—Debo decir no vengo preparado para la ocasión, pero moriría si no lo hago.

Él le entregó su levita para poder subir sin inconvenientes. Era un caballo tan majestuoso como Ross, aunque mucho más dócil, pero poco apto para una dama.

Bajó del equino con el pelo alborotado.

—Es un caballo listo. Lo han alimentado muy bien, aunque mi sugerencia sigue siendo que no suba a él.

—Quiero hacerlo. Usted lo sostendrá y yo subiré a su lomo. Pasearemos solo por aquí... —indicó mirando el pequeño lugar.

—Lo hará muy feliz. Si me responsabilizo de usted, debe prometer que seguirá todas mis indicaciones.

Emma asintió con vehemencia y se acercó para acariciar al caballo.

Duncan la ayudó a montar y se sostuvo con fuerza y de la forma en que él le dijo.

Él caminó junto al caballo y ella montado en su lomo. Los lacayos de la residencia le abrieron los portones para que salir a dar una vuelta por los alrededores. Emma se veía radiante pese a su palidez. Extasiada por subir sin que un caballo intentara matarla.

Lo malo de aquello era la exhibición que había hecho Duncan al salir con ella con tanto cuidado como lo haría un caballero prendado de una dama.

Cuando volvieron a la residencia, la señorita Brown fue la primera en casi desfallecer al verla sobre el caballo.

—¡He podido dar una vuelta sin que me tire! —expresó mirando a todos los que se veían muy asustados.

—Nos alegramos, cariño. Baja de ahí y vengán al salón... —pidió su padre.

—No quiero estar dentro de la casa, siempre estoy ahí.

Duncan se sintió culpable de mostrarle algo a lo que no estaba acostumbrada. Pero ellos se lo habían pedido.

Emma con el rostro molesto, bajó del animal.

—Es mejor que no vuelva a subirse a un caballo. Sus padres se preocupan por usted...

—No sé qué les preocupa más, que me muera hoy o que me muera mañana. No les haga caso. Sé que me quieren mucho, pero deben acatar mis deseos y uno de ellos es que este caballo me respete y lo pueda montar sin ayuda. Mi instructor anterior no podía hacer nada porque ellos se lo impedían, son la razón por la que soy una inútil. No quiero que me tengan de esta forma, quiero mi libertad.

—No hay cosa que dé más libertad que romper el viento del lomo de uno de estos...

—Usted me comprende.

Luego de aquel día, Duncan fue más veces para ayudarla a alcanzar su libertad. Ella no pedía demasiado, sino ser libre de la prisión de su familia.

Los padres de Emma quedaron muy entusiasmados con el resultado en el ánimo de su hija y estaban dispuestos a todos por una sonrisa más que decidieron acabar con el problema que les acaecía: Agatha Millford.

Agatha estaba agobiada por los cotilleos sobre su prometido. No habían cesado desde que comenzó a visitarla a Emma por primera vez.

En venganza decidió no acudir a una velada a la que acordaron asistir juntos. No estaba del todo conforme con esa idea, por lo que se quedó vestida y el carruaje tenía la instrucción de estar listo por si se decidía.

Unos hombres entraron por una de las ventanas a la casa para cumplir su cometido. Sin embargo, escucharon ruidos y se escondieron. No vieron de quién se trabaja, solo esperarían a que los ruidos cesaran.

Agatha les anunció a sus padres que saldría en el carruaje. Ellos insistieron en acompañarla para que no hiciera una tontería con su prometido por lo que escuchaba de la gente.

Los infiltrados no se habían dado cuenta de que su objetivo salió de la casa.

Al llegar a la fiesta, Agatha observó a su prometido que conversaba con el duque Sutherland y Frances. Quería interrumpirlo, aunque no lo haría, solo esperaba a que el pecador se diera cuenta de su pecado.

Duncan al verla, se despidió de sus amigos y corrió junto a ella.

—Pensé que no vendría, Agatha. ¿Aún sigue enojada?

—Si hablaran de mí con Sutherland ¿Usted cómo estaría?

—Está bien, pero no hay motivos para enojarse, estamos a meses de la boda. Trae el vestido que le regalé...

—Sí, era muy bonito para ponerlo al fuego junto a sus misivas. Tampoco soy tonta.

—Señorita Millford, me muero por besarla. ¿No quiere ir a mí carruaje?

—No. Quiero que baile conmigo y le deje claro a toda esta gente que usted no está interesado en Emma. Sabía que tenía una alcachofa en lugar de corazón. Y ni hablemos de lady Sophia, ella es quien ha esparcido el retorcido cotilleo.

—Lady Sophia solo ve defectos en usted, pero aceptó mi decisión de desposarla, Agatha — pronunció antes de pasarle la mano para que fueran a bailar.

Danzaron durante gran parte de la noche y lucieron orgullosos el uno del otro.

Emma no salía en demasía, pero sus padres sí, confeccionando los rumores y utilizando a lady Sophia como señuelo.

Duncan acercó a Agatha y a su familia hasta su carruaje para luego ir hasta el suyo. Los seguiría para verla bajar y luego se iría.

Yendo hacia su casa vieron una gran cantidad de humo que salía de la calle donde vivían. Pidieron al cochero que fuera más rápido para asegurarse de que no fuera en la residencia

Millford.

Por las ventanas del piso inferior se veían las llamas salir con fuerza.

—¡Ava! —exclamó la señora Millford al percatarse de que su casa ardía y que se su hija había quedado adentro.

Agatha bajó con desesperación del carruaje. Su mente no podía concebir muerta a su hermana. Corrió sin dilación hacia la puerta para buscar a su hermana. Todo el piso inferior estaba en llamas, se sentía asfixiada por el humo, pero debía llegar hasta donde estaba Ava.

Corrió por los ardientes escalones hasta la segunda planta donde su hermana dormía aún o quizás estaba muerta por inhalar el humo.

—¡Ava, Ava! —zarandeó a su hermana, que somnolienta la miró.

—¿Qué sucede? ¿Qué es ese olor?

—¡Vámonos, la casa se está quemando!

Ava pegó un saltó de la cama y se colocó un zapato para salir. Corrieron por los pasillos tomadas de la mano y también vieron correr a la servidumbre que quedaba en la casa.

—¡Mis cartas de Frances! —expresó al haberlas olvidado en la habitación.

—¡No es el momento, puede escribirte otras!

—Vete, sé por dónde salir...

Su hermana a la que había ido a salvar, prefería salvar unas cartas. Pero ella también recordó que tenía cosas que quería salvar. Se acercó a su habitación y tomó la gargantilla que Duncan le obsequió.

Salió corriendo y vio a Ava hacer lo mismo con unas hojas y libros, la vio pasar la puerta, pero ella no llegó, uno de los adornos que ardía, la golpeó en la cabeza dejándola inconsciente.

Duncan llegó a la casa y advirtió que se estaba quemando.

—¡Y Agatha! —incredó su madre a Ava.

—¡Venía detrás de mí! —replicó asustada.

Él no dudó en correr a aquel lugar consumido por el fuego para buscar a Agatha, solo que lo que encontró al cruzar las llamas le quitó el aliento.

Capítulo 33

Duncan se quitó la levita y con ella golpeó el vestido de Agatha que estaba ardiendo en partes. La tomó en brazos y la llevó hasta afuera. Advirtió que parte de su rostro y su cabello, habían ardido por unos minutos, al igual que el hombro de su vestido en el lado izquierdo.

—¡Agatha! —exclamó su madre al verla inconsciente y con heridas.

Ava no podía dejar de llorar para acercarse a ella. Era su culpa que su hermana probablemente estuviese muerta.

Él miró a todas partes, no sabía qué hacer con ella, solo suponía una cosa, que debían socorrerla inmediatamente.

Mary Anne y su madre tenían su residencia en la misma cuadra unas calles más arriba y se percataron de lo ocurrido. Se ofrecieron a llevarla a su residencia y él debía ir por un médico. El doctor Mortimer era el único que conocía en Londres, distinguido por la familia de la familia de Thomas y alguien de su plena confianza.

Fue con su carruaje para buscarlo. El doctor Mortimer era un caballero de mediana edad, un tanto perezoso, pero gozaba de mucho prestigio.

Aquella noche había sido muy larga para todos. La familia Millford lo había perdido absolutamente todo.

Duncan le quitó de la mano a Agatha la gargantilla que le había dado. No podía creer que hubiese ido a recuperarla.

—Agatha está así por mi causa. —confesó Ava con lágrimas—. Le dije que iría por mis cartas y ella me dijo que habría tiempo para que me escribieran más, pero no le hice caso.

—Hizo lo mismo que usted, señorita Millford, fue por esta joya —indicó Duncan, mostrándoles.

—Sí, no dejaría a lo que ella le diera un valor real. No lo hizo por la fortuna que vale la joya, sino imagino que fue para no perderla dos veces y defraudarlo a usted... —concluyó Ava.

El señor Millford no decía una sola palabra. Le preocupaba cómo estaba Agatha, que no despertaba y era mejor que no lo hiciera.

—Doctor Mortimer —dijo Duncan, colocándose frente al hombre—. ¿Cómo está la señorita Millford?

—No se preocupen, vivirá. —anunció con una sonrisa—. Por el momento solo pueden darle láudano para las quemaduras, pues el dolor le resultará insoportable por los primeros días. Les recomiendo mantenerla dormida, conociendo a la señorita en cuestión, no soportará verse en un espejo y con su perspicacia, estarán todos en un problema.

—¿Ha quedado muy mal? —indagó la madre.

—Nada que un sombrero y un abrigo no puedan solucionar con el tiempo. Los ungüentos serán un buen remedio para ella...

El sol estaba en lo alto y Duncan no se había retirado de la residencia de Mary Anne, quien con amabilidad le ofreció una habitación.

Louisa se hizo presente para indagar sobre cómo se encontraba Agatha y la dejaron pasar. Era otra víctima de las lágrimas al observar a la convaleciente muchacha.

Él temía por lo que podía encontrar, sin embargo, no le importaba que Agatha no tuviera esa

belleza que en algún momento lo encandiló y lo llevó hasta ella. Cuando lo dejaron pasar, tenía la cabeza envuelta en varias telas, al igual que el cuello y hombro izquierdo. Para él no había perdido el encanto que la rodeaba.

—Señorita Millford, mi yegua indomable, no me separaré de usted. Aquí me tendrá, amándola y cuidando de usted. —declaró tomando la mano para colocarle la gargantilla y también para besarla.

Al regresar a su casa, no concebía otra idea más que el dolor por el que debía estar atravesando su amada en la buena obra de salvar a su hermana. El corazón de Agatha Millford era más que egoísmo y amor a sí misma. Lo que le mostraba al resto estaba lejos de ser la realidad que le dejó conocer de su mano.

Para cualquiera era la diabólica. Sin embargo, sus convicciones estaban primero que nada. Amaba su forma de actuar y su completa falta de romance. Sus respuestas sutiles y su lógica perversa eran grandes atractivos para él. No podía imaginarla dulce y mansa. Dios lo liberara de aquello. Si alguna vez deseó que se pareciera a Emma, pidió perdón por haberlo pensado, la amaba tal y cual era.

Después de unos días, Agatha quedaba despierta con mayor frecuencia, ese día tenía que tener la visita de Duncan, según le anunciaron. Estaba escéptica con respecto a su aspecto. No quería acercarse a un espejo porque aún tenía vendajes por la cabeza y una parte del rostro, además del hombro. Era doloroso, pero lo soportaba con láudano.

Cuando se abrió la puerta para recibir al que creía ser Duncan, se sorprendió de ver a la marquesa de Alisa.

—Buenas tardes, señorita Millford... —saludó ingresando a la habitación.

—¿Quién la dejó entrar?

—La señora Walton es mi vecina desde hace demasiados años...

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—He venido a reiterarle mi propuesta. La libertad del conde a cambio de mucho dinero para ustedes. Lo han perdido todo y usted no solo se quedó sin dinero, sino sin su atractivo. ¿Sabe que ha quedado desfigurada, señorita Millford?

Agatha tragó saliva y evitó mostrarse débil frente a esa probable verdad.

—Emma es hermosa ¿Qué caballero permanecería con usted solo por obligación? Perderá su vida social porque no podrán sacarla a las fiestas, y será hasta poco atractiva para dar herederos... —continuó con la cizaña—. ¿No es mejor dejarlo con una mujer que conserva su belleza? Haga algo bueno de su egoísta vida, señorita Millford y, deje libre al conde para que se case con mi hija. Están a un paso de consolidar su relación. Sé que ha oído cómo son felices los dos. Usted está sobrando, es un peso muerto en los hombros de él...

Convaleciente, hizo un esfuerzo para levantarse de la cama y le abrió la puerta con rapidez.

—Adiós...

—¿Aún se da el privilegio de echarme?

—Y lo haré las veces que sean necesarias.

—El conde no la ama, solo le gustaba como se veía.

Cuando se fue, Agatha cerró la puerta y buscó el espejo de mano en la habitación para quitarse todos aquellos trapos del lado izquierdo de la cara y de la cabeza.

Al verse, se sintió desfallecer. Su cabello rubio estaba quemado, parte de su ceja se había ido, y sobre su ojo no se comprendía qué ocurría, parecía derretida.

Se volvió a colocar el vendaje antes de sollozar y arrojar el espejo al suelo. Mary Anne abrió

la puerta al escuchar el estruendo.

—¿Agatha, estás bien? —indagó su amiga.

—Necesito escribir. Cuando el conde venga, solo quiero que le entreguen ese mensaje, que no pase a verme. Por favor, Mary Anne, acércame lo que te pido.

Ella así lo hizo y le ayudó a llegar al escritorio. Cuando le pidió que la dejara sola, no puedo dejar de preocuparse y pedirle a su familia que estuvieran al pendiente de ella.

Antes de escribir, recordó todas las palabras de amor que había recibido de Duncan. Todos esos halagos, que se esfumaban de su mente y que la realidad acababa con gran celeridad. No era la beldad a la que persiguió durante meses, de ella solo quedaba un recuerdo en su mente y así también podía rememorar su amor desde las colonias. Su libertad se la agradecería y con su buen relacionamiento con Emma, nada podía salir mal.

El domador de caballos, tan atractivo, no podía estar con un pedazo de carne quemado a las brasas. Los rulos de estatua de Emma eran ideales para el liso y alargado caballero de Duncan.

Sonrió al recordar cómo lo había rechazado la primera vez, y la tonta excusa que ella le dio.

Era el momento de escribir el adiós que los separaría para siempre.

Al llegar Duncan a la residencia de Mary Anne, ella le entregó un sobre firmado con la letra de Agatha.

—¿Podría ver a Agatha? —indagó al tomar la carta.

—Ella no desea recibirlo...

—¿Por qué?

—No lo sé. Después de que la marquesa de Alisa la visitara, ella se negó a querer saber de usted.

Duncan supuso que la familia de Emma estaba jugando a torturar a las dos puntas de esa relación. ¿Cómo se atrevió aquella dama a involucrar de nuevo a Agatha en su condición?

—Quiero verla igual...

—¿Por qué no lee la carta y luego decide qué hacer?

Duncan salió de la casa con aquella carta que en su estado nervioso no alcanzaba a entender.

Duncan Noland conde de Sussex,

A usted me dirijo para hacerle conocer una decisión que he tomado en base a la condición que me acontece. Le ruego que intente comprender el mensaje que deseo darle.

Sé que no escribe de buena manera y lo imagino leyendo como si se tratara de una catástrofe. En mi mente, alguna vez estuvo la intención de sentarlo en una silla y enseñarle a leer y escribir, pero esa imagen se desvaneció.

El espejo no miente, y de la Agatha Millford que usted conoció, no queda nada. No someteré a su amor a una prueba que con seguridad no pasará. No puedo olvidar sus halagos a mi belleza, ni sus caricias a mi tersa piel.

No quería enamorarme de usted, nunca quise, pero ocurrió. Su persecución dio sus frutos de tener a la beldad de Londres no solo en sus brazos, sino en su cama. Ansío que guarde un recuerdo grato de lo que fui y, que olvide todas mis groserías.

Le deseo un excelente porvenir y que continúe con sus estudios. Lady Emma será una compañera ideal para un caballero de su crecimiento. Tenga en cuenta de que no es el hombre que le dije que era. Usted no es un simple domador de caballos, ni un peón, ni un mozo de cuadra. Todas aquellas eran las imágenes de mi mente para rechazarlo, aunque al final terminaron haciendo que lo amara.

Mi decisión de dejarlo en libertad, no se trata simplemente de amor o desamor; sino de razón. Su progreso es floreciente y una mujer de mi condición, sin belleza ni fortuna, no contribuirá en su crecimiento.

No podré caminar por Londres sin que se hable de mí, por eso he decidido seguir a mis padres en su viaje a las colonias, donde nadie me conocerá, ni se burlará de mis maldades en Almack's. La vida es dura cuando no se ha hecho el bien, sino el mal. Dejarlo libre, quizás la única cosa buena que puedo hacer en la vida.

Atentamente,

Señorita Agatha Millford.

Él arrugó la carta de ella, sin comprender la mitad de cosas que le quiso decir, solo entendió que la marquesa cumplió el cometido que no pudo lograr el marqués, que era separarlos.

Le importó muy poco lo que decía, se colocó frente a Mary Anne y luego la hizo a un lado para pasar a la habitación.

Agatha estaba sentada de costado, mirando hacia una ventana que estaba cerca del escritorio.

—No entendí la carta, Agatha —reclamó—. No creas en el juego de la marquesa. Comprendo que pueda llegar a ser difícil la noticia sobre la inminente muerte de lady Emma, pero eso no les da derecho a separarnos, no es un deseo de ella, sino de su familia creyendo que lo que necesita es un esposo, siendo que de lo único que precisa es de su libertad.

—¿Se está muriendo y nadie me lo dijo?

—¿Con qué te ha convencido de que me dejes?

Ella se quitó las vendas frente a él y le enseñó su rostro.

—Esto me convenció. Váyase...

—No me importa el rostro.

—La persistencia acabará y me dejará por su propio pie. Seré peor que antes, más insoportable...

—¿Con eso piensa que me iré?

—Si no es con eso, es con mi negativa a casarme con usted. No apareceré el día de la boda, me iré sin decirle nada. Por favor, váyase y tome a una mujer que lo ame y acepte, yo no soy esa persona...

—No me casaré con otra, quiero hacerlo contigo.

—Adiós —pronunció invitándolo a salir.

Con un gruñido salió con premura de la habitación, enojado con Agatha por tomar aquella decisión por él. No había forma, ni lástima que lo hiciera casarse con Emma porque él amaba Agatha.

Intentando verlo estuvo durante más de un mes, aunque sin conseguirlo. Estaba enfrascada en su idea de que se fuera con otra.

Los días de Duncan estaban ocupados con Emma, enseñándole lo que deseaba y la presión de lady Sophia porque se casara con ella.

—¿Qué le ocurre, milord? —preguntó Emma al notar lo ausente con los días.

—A medida que pasa el tiempo, mi corazón se ve más desalentado y desorientado. Me temo que estoy orillado a una única decisión...

—¿A cuál decisión?

—A la de casarme con usted, lady Emma. Ya no pueden dolerme los rechazos de la señorita Millford. Lady Sophia me ha dicho que la olvide y usted es mi solución.

—Yo encantada sería lo que necesita...

—Sus padres me dijeron que le agrada el campo. Hay una propiedad donde quisiera ir a vivir junto a los caballos...

—Mi caballo estará muy feliz en sus establos, al igual que yo.

—Entonces, cátese conmigo...

Emma asintió ante su proposición. Cuando se lo contó a sus padres estaban extasiados y deseosos de que el enlace se llevara al poco tiempo. La muchacha supuso que Duncan olvidaría con el tiempo a Agatha y le entregaría su corazón. Ella quería entregarle la misma libertad amistosa que él le habría brindado, pese a pensar que cualquier posibilidad con él estaba perdida.

La familia Millford vivía de la caridad de los Walton. Agatha usaba los vestidos de Mary Anne y Ava tenía que hacer malabares para entrar en uno.

Agatha pasaba sus días mirando por la ventana, esperando irse a las colonias. En cuarenta y cinco días salía un barco rumbo a Boston. Con dinero prestado iban adquiriendo lo necesario para el viaje. Poco y nada pudo salvarse en el incendio.

No volvió a ver a Duncan. Estaba desolada, pero conforme con haber hecho lo correcto.

Ava se sentó al lado de su hermana con uno de sus libros.

—Voy a escribir un diario hablando de las fragilidades del amor... —indicó la muchacha.

—Parece ser un tema de interés.

—¿Cuán frágil es una promesa de amor?

—Muy frágil...

—Tan frágil, que se casara con lady Emma en pocas semanas, Agatha. Me iré a Francia en menos tiempo del que esperaba.

—Lo siento mucho, Ava. Las cosas están donde siempre debieron. Un noble con otra noble, hermosa y dulce.

—Odio lo dulce. Los desprecio a todos, lo odio a él...

—Yo le dije que se fuera. Hace una buena obra. Además, quizás adore a Emma el tiempo que le quede. Mírame, Ava, ya no hay esperanza para mí.

—¿Qué no era ciego el amor?

—El amor por los demás quizás, pero no el de uno mismo.

Ava dejó de hablarle sobre aquello y se centró en la lectura hacia su hermana que esperaba resignada las sobras que la vida le ofrecía.

Nadie conocía de sus secretos y su consuelo por la noche. Las lágrimas eran su calmante para no salir corriendo con su egoísmo para llevarla hasta él. El amor hacía ir a las personas por caminos insospechados y a tomar decisiones absurdas, de desdichas innecesarias y maldades inexcusables.

El día en que se pactó el matrimonio de Duncan y Emma, ella pidió al cochero que la llevara cerca de la abadía. Quería ver por sus propios ojos que debía olvidarlo.

Lo observó cuando llegó en su carruaje y bajó del brazo de lady Sophia que le colocó correctamente su pañuelo.

Se veía tan galante con sus finas prendas y su cabello recortado. No notaba esa sonrisa pícaro que por lo general lucía. Advirtió de la llegada del carruaje de la familia del marqués, quizás del hermano de Emma y, Agatha supo que aquel era el final de su historia de desamor.

—Hasta siempre, domador de lo imposible... —mencionó antes de pedirle al cochero que la llevara de regreso a donde debía estar.

Epílogo

Cuando Agatha le pidió al cochero que regresara, volvió a decirle que se quedara. Bajó del coche y cruzó la calle hacia la abadía. Tenía un sombrero con un pequeño velo que cubría la parte más indeseable de su rostro y un chal para ocultar sus quemaduras en el hombro y cuello.

Quería ser partícipe del matrimonio de Duncan, por lo que ingresó a una iglesia vacía. No había gente que presenciara su matrimonio. Parecía que solo se haría una celebración convencional. Nada tenía sentido en aquel momento.

—Despierte, señorita Millford. Ni si me expulsa de su lado me iré —dijo Duncan arrodillado al costado de su lecho.

—¿Qué? ¿Cómo está aquí?

—Señorita Millford, me apena lo que han hecho mis padres. Disculpe si molestamos su sueño, pero el conde me ha pedido de favor que le aclare que no nos casaremos. Usted le entregó una carta que lo dejó desolado.

—Pero usted...

—Mi hermano no tarda en venir para llevarme con él. Desde un principio me advirtió del cariño enfermo que tenían mis padres. La señorita Brown y yo, escuchamos que mi madre vino a decirle que deje libre al conde para casarse conmigo. Lo que mis padres no entienden es que lo que necesito, es ser libre de ellos y de mi encierro. No quiero pasar mis últimos días en las cuatro paredes de la habitación rogando porque no me tome otra enfermedad que agrave mi situación. El conde ha sido amable y paciente al enseñarme la libertad que buscaba.

—Pero si iban a casarse... —mencionó confundida.

—No. ¿Por qué dice eso, Agatha? Bien me ha tenido un mes intentando entrar y rechazándome. No hay cicatriz que haga que mis sentimientos cambien...

Agatha miró la habitación y concluyó que tuvo una terrible pesadilla con las cosas que la aquejaban. Menos mal había sido un sueño, de lo contrario, era probable que hubiese impedido el matrimonio por sus celos que siempre sentía.

El relinchar de unos caballos hizo que Emma se acercara a la ventana. Era un carruaje de cuatro tiros. Aquel era su hermano con todas sus pertenencias y la señorita Brown.

—Siga mi consejo, señorita Millford, busque su felicidad y espero que sea con tan amable caballero. —musitó tomando la mano de Agatha—. Quizás no volvamos a encontrarnos, por eso me despedido...

—Lo tomaré en cuenta, lady Emma.

—Milord, le agradezco por mostrarme el camino. Mi hermano estará muy contento con mi progreso. Le escribiré cartas...

—Estaré esperándolas ansioso. Mis más sinceros deseos para usted —se despidió cogiendo la mano de ella para dejarle un beso.

Emma les dio una última mirada y suspiró antes de irse con lentitud por el pasillo.

—Eres un conde con corazón de alcachofa... —murmuró Agatha, acongojada.

—Mi corazón de alcachofa no fue tanto para casarme con ella. En el fondo, soy tan egoísta como la mujer que escogí. Los marqueses tendrán un castigo ejemplar ahora que su hija los abandonó para siempre, se perderán de su corta vida.

—Debió hacerme caso y casarse con ella —gruñó cruzando los brazos bajo el pecho.

—Mi indomable, señorita Millford ¿Dejará de negarse a nuestro amor de una vez por todas?

—¿Podría pasarme el espejo?

Duncan se lo acercó para que se observara en él.

—No tengo cabello, mis cejas se han quemado, mi piel está casi derretida y...

—¿Y eso? Agatha, deje de pensar por mí. Yo no he visto que haya perdido absolutamente nada. Espero que siga siendo la mujer altanera a la que conocí. Me moriría sabiéndola amable y sacrificada...

Agatha se carcajeó de lo que le había dicho.

—¿Sabe que no me molestan las vacas en el jardín?

—¿Dónde desea vivir?

—Por el momento quisiera vivir en el campo, con sus caballos, pero quiero fresas para cosechar —comentó extendiendo su extremidad para que Duncan la tomara.

—Cumpliré todos los deseos de mi condesa. Estaré aquí esperando que se decida a casarse conmigo.

—El inconveniente no es aceptar la propuesta, es el tiempo que me llevará aceptarme. Mi amor propio está muy golpeado para levantarse y prosperar.

—Si usted moría aquel día, yo me hubiera quedado con usted para arder juntos —declaró dejando un beso en su mano.

—Si me hubiese perseguido al infierno no sé qué sería de mí, pensé que la persecución era en vida y no en la muerte.

—Se nota que le falta mucho por conocerme.

—¿Agatha, Agatha! —exclamó su hermana entrando a la habitación—. ¡Amo al conde! Ha aceptado que viva con ustedes para no ir a Francia.

—¿No me diga que lo ha hecho?

—La enviaré a una escuela de señoritas. Lo tengo todo planeado.

—No necesito ser educada solo necesito amistad. ¿Cree que Frances comprará una propiedad junto a la suya? ¡Lo voy a convencer! —expresó sentándose junto a su hermana.

—No vivirás con nosotros. No hay necesidad de que nuestros padres se vayan de Inglaterra...

—No convencerás a nuestro padre. El barco que zarpa en poco más de un mes es su única esperanza. Está en deuda con la familia Walton por atendernos y desea devolver todo lo que han hecho por nosotros.

—Milord... —dijo Agatha para que él interfiera en la decisión de su padre.

—No pude lograrlo. De algún lugar tuvieron que salir caprichosas las señoritas Millford. No aceptó mi ayuda para ofrecerles mi casa como su nueva residencia.

Ava miró a su hermana haciendo una mueca de resignación.

Después de que los señores Millford partieran hacia las colonias, Ava y Agatha quedaron al resguardo la señora Walton hasta esperar que contrajera matrimonio con Duncan.

Agatha tuvo que aceptar que mucho de lo que había sido no regresaría. Seguía siendo bonita pese a sus marcas. Los sombreros y otras prendas que no mostraban demasiada piel, le ayudaron a tomar la decisión de casarse apenas iniciara la nueva temporada.

Duncan no solo esperó meses para conquistarla, aguardó más tiempo para casarse hasta que Agatha estuviera segura de que no la abonaría. Quedó firme cada día a la puerta de la casa Walton y al final de toda su paciencia había obtenido su premio.

Lady Sophia seguía lamentando que él no la escuchara, por lo que decidió mudarse para

acompañar a lady Beatrice. El pobre Frances, no solo debía soportar a su abuela, sino también a lady Sophia y a Winston.

Al tiempo de casarse, Agatha con orgullo entró a la abadía para casarse con Duncan. Estaba quemada, pero no había perdido las actitudes que atrajeron a su prometido hacia ella. No importaba lo que dijera el resto, Duncan era quien la sufriría y la soportaría hasta un tiempo muy largo.

La amistad entre Ava y Frances saltó a la luz al poco tiempo. Lady Beatrice estaba en contra de Ava Millford por ser igual de engreída que su hermana. Lamentaba que Duncan se casara y que Frances fuera dominado por la otra alimaña Millford.

Tres años después...

La vida en el campo era tranquila para Agatha y sus hijos, Sebastian y Felicity.

Desde que nació Sebastian, lady Sophia se mudó con ellos para ver crecer lo que ella le había exigido a Duncan. Desde un principio él debía casarse y tener un heredero.

Sin dudas, lady Sophia estaba orgullosa de Sebastian, un pequeño niño rubio de ojos verdes como su madre. Felicity casi tenía sus cabellos blancos, pero no alcanzaba a la condición de su altanera tía Ava.

Duncan y Agatha compartían su casa con lady Sophia y Ava. Habían aprendido a llevar un matrimonio paciente con sus visitantes permanentes. Cuando nació Felicity recibieron a alguien más en su casa. La señorita Brown y al caballo *Brave* que perteneció a Emma.

La casa siempre estaba llena de personas y los establos con cada vez más caballos. Duncan no se atrevió a cumplir las predicciones de Agatha con respecto a los animales pastando en su jardín, en realidad, intentaba evitarlo.

—Milady ¿No es esa una vaca en su jardín? —curioseó Duncan, mientras tenía su libro en la mano, pues Agatha era exigente con su educación.

—¿Dónde? —increpó molesta, descuidándose de sus fresas, momento en que una oca tomó una de ellas antes de echarse a correr.

—Era un chasco.

—¡Por supuesto! Esa oca miserable que se cree dueña del estanque vino a robarme con tu apoyo. Cuando la cocinemos su carne será roja—expresó arrojándole una piedra al animal que aprovechaba para comerse sus fresas.

—Agatha... —refirió tomándola de la cintura para acercarla a su cuerpo—.¿No quieres regresar a Londres?

—No. Cuando Ava decida librarnos de su presencia lo haré y solo para festejar que se va.

—Pensé que extrañarías la ciudad.

—Quizás extrañe a mis padres. Mary Anne y Louise me visitan con frecuencia.

Duncan quitó una carta del bolsillo de su levita y se la enseñó.

—He recibido noticia de tus padres. Han vuelto a Londres y quieren que conozcas la nueva casa que compraron.

Agatha sollozó y tuvo una sonrisa genuina en el rostro. No podía creer en tanta suerte y bendición.

—¿Sabes lo que significa eso? —inquirió esperanzada.

—Que volverás a ver a tus padres después de mucho...

—¡No! ¡Nos vamos a deshacer de Ava! —replicó con una carcajada que lo contagió al momento.

—¡No había pensado en tan buena idea! —expresó golpeando su frente, antes de besar a su

esposa—. Amo tus soluciones, Agatha.

—Y yo amaría que me apoyaras un poco más, querido. ¿Qué te parece si atrapas a la oca y me la sirves?

Duncan asintió y, se llevó un beso antes de correr para tomar al animal que su esposa le había pedido.

Ella no se imaginaba que iba a tener un esposo que fuera su cómplice y que pensara igual que ella. Hubiera sido un desperdicio dejarlo ir. No hizo más que amarla y consentirla, y con el tiempo, Agatha pudo aprender a devolver y amar con la misma intensidad.

Fin...

Acerca del autor

Laura A. López



Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, tengo 31 años, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoría en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón por que más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre Un romance real, y otra para novela histórica: Tan perversa como inocente.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: Una perfecta señorita y La ventana de los amantes. Todas de romance histórico.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: Los mandatos de rey, que es un cuento corto y Una dama infortunada.

Las Elegidas

Una dama infortunada

Lady Poppy, mejor conocida como lady Calamidad o calamidad con piernas, no se destacaba exclusivamente por su belleza, sino por su poca gracia para los caballeros. Siendo la hija de un duque, no faltaban aspirantes a su dote, pero sí a su corazón. Entre los aspirantes quebrados, se encontraba Laurence O'Dunne marqués de Salisbury, quien tenía ocupado el corazón por otra dama, pero él con solo una sonrisa logró enamorarla. Otro aspirante al corazón de Poppy era Arthur Chastain, conde de Lincoln, quien conquista la amistad de la muchacha con las mejores intenciones, de carácter tranquilo y paciente se ve envuelto en confidencias de Poppy que lastiman su corazón y restringen su confesión hacia ella. Lady Poppy deberá escoger entre los sueños de su mente y la realidad que ignora, entre un amor comprado y uno sincero. Entre dos caballeros, solo uno será el dueño de su amor.

Una heredera obstinada

"Melissa terminó salvando a Thomas de un matrimonio no deseado para entrar en uno que menos deseó, pero con ella"

Melissa Ross, hija de uno de los magnates burgueses más influyentes de Londres, optó por convertirse en religiosa, debido a que no encontró ningún pretendiente que deseara desposarla. La llamaban el desperdicio, pues su gran dote que se perdería por falta de un esposo. Sin embargo, Melissa no esperaba que la invitaran al compromiso de su hermana menor, era un hecho que no deseaba ir y muy a su pesar tuvo que hacerlo, tan solo para que su vida diera un estrepitoso vuelco.

Thomas Sackville marqués de Dorset invitado a la fiesta de compromiso, era uno de los incansables solteros de Londres, aunque resultó víctima de una de las caprichosas damas casaderas. Un mal plan, una buena samaritana y un matrimonio indeseado serían los resultados de aquella invitación

Libros de este autor

[Corazón de Invierno](#)

[Una perfecta señorita](#)

[La ventana de los amantes](#)

[Tan perversa como inocente](#)

[Un romance real](#)

[Rescatando tu alma perdida](#)

[Belleza y venganza](#)

[Amor y dolor](#)

[Entre las sombras](#)

[Obligándote a amar](#)

[Te deseo para mí](#)

[Desavenencias del amor](#)

[Nuestro tiempo perfecto](#)

[Mi gran sueño londinense](#)